
Vuélveme a Querer
ARYAM SHIELDS

Vuélveme a Querer

Aryam Shields

©Aryam Shields
Vuélveme a Querer.
Registro de la obra 1-2025-27268
Oficina de registro de autor. Ministerio de Justicia, Colombia
ISBN:
Editado por: Lily Perozo – Johanna Wedheking.
Diseño de portada: Aryam Shields
Primera Edición: abril 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

El amor verdadero no tiene prisa: se sienta en la orilla del alma y espera, con la fe callada de quien sabe que el tiempo no destruye lo que nace de la verdad. Confía en que el corazón herido, algún día, volverá a latir al compás del suyo.

A mi Scannie y mi Skye, si pudiera pedir un deseo, sería que ustedes vivieran tanto como yo.

Agradecimiento especial a mi ARC:

Sabrina, Yensi, María, Isa, Lucia, Andrea, Anto, Marian, Paola y Esther.

Nota del Autor

Como escritora, soy plenamente consciente de que, en ocasiones, ciertas historias nos marcan tan profundamente que terminan inspirando nuestras propias palabras. Después de un largo bloqueo creativo que se extendió por más de un año, me senté frente al ordenador…para terminar una novela que me la ha puesto difícil… y entonces apareció Gabriel.

Él me habló de su amor, de su lucha interna, de esa fortaleza que mostraba al mundo mientras por dentro se derrumbaba. Con el tiempo, Elizabeth se unió a él, y juntos comenzaron a contarme su historia. Al principio tuve miedo, lo admito. Su relación guarda similitudes con una de mis películas favoritas y quizás por eso les resulte familiar.

Pero lo que comenzó como una chispa de inspiración terminó tomando vida propia. Esta es una historia que empezó a tejerse en torno a las emociones, que esa película movió en mi interior, devolviéndome las ganas de escribir a estos personajes que decidieron hablar cuando más los necesitaba.

Deseo que les den una oportunidad, que se permitan conocer a Gabriel y Elizabeth, y descubran con ellos que el amor verdadero se lucha contra todo pronóstico.

Con cariño,
Aryam Shields

Contenido

Nota del Autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Capítulo 1

La noche en que la vida cambió

«La vida es aquello que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes».
John Lennon.

Gabriel

Las calles estaban solas a pesar de ser la noche de San Valentín. Pequeños copos de nieve caían sobre el pavimento, y la nieve empezaba a acumularse en las terrazas. Era un poco tarde, pero nunca una fiesta de Theo, mi mejor amigo, se había terminado temprano. Me comporté como un buen marido y, a pesar de que la tentación fue dura, no tomé una sola gota de alcohol.

Detuve el auto en cuanto el semáforo cambió de naranja a rojo.

—Entonces, cariño, ¿cómo lo vamos a llamar? —preguntó Elizabeth, mi esposa.

Estiré mi mano y acaricié la pancita que salvaguardaba lo más importante para los dos. Una patadita de mi bebé hizo que una sonrisa tirara de mis labios.

—¿Nombres? Pensé que elegirías uno…

—¿Podemos llamarlo Gabriel? Como su papi —dijo con voz dulce y cariñosa, mientras yo negaba con la cabeza.

—Otra generación de Gabriel Lautner, haría muy feliz a mi padre, pero definitivamente no a mí. Creo que cada niño debe tener su propio nombre, su identidad.

—Pues es nuestro trabajo, elegir cómo se llamará.

—Podríamos dejarlo decidir su propio nombre.

Lizzy soltó una risita y alzó una ceja.

—Sí sabes que no hablará hasta que tenga un año o más, ¿verdad?

—Lo sé, pero he visto en TikTok videos de padres que colocan objetos con nombres sobre una alfombra y dejan que el bebé gatee

hasta ellos.

—No gateará hasta los ocho meses, cariño. ¿Cómo lo llamaremos mientras?

—¿Maní? —dije encogiéndome de hombros. Después de todo, Lizzy había desarrollado un amor repentino hacia el cacahuate.

Ella resopló.

—No puedo creer que no tengamos un nombre para nuestro bebé. Solo faltan dos meses para que esté aquí. —Hizo un mohín—. ¿Qué tal Brad?

Negué con la cabeza. No me veía alentando a mi hijo en el fútbol con ese nombre.

—Ethan, Robert. —Ella empezó a dar opciones. Hice una mueca —, Peter —siguió, pero yo negué—, Oliver… —dijo con desgano. Hice una señal con la mano para que siguiera—. Guillermo, Enrique, Luca, Matthew…

Ella hizo una pausa.

—Matthew es lindo. —Sacó su celular y buscó rápidamente—. Significa «regalo de Dios». —Me miró expectante.

—Matthew es lindo —repetí sus palabras—. Si te gusta, no tengo ninguna objeción.

—¿Es en serio? —preguntó, colocando su mano sobre la mía.

Asentí, mostrándome convencido.

—Tenemos un nombre para ti, campeón —susurró, acariciando su vientre—. ¡Auch! Está pateando.

—Ese es mi futbolista.

Sonreí; en ese momento la luz del semáforo cambió, permitiéndome continuar, y en el auto se instauró un silencio agradable. Pensé que Lizzy se había quedado dormida, pero ella suspiro sonoramente.

—¿Todo bien, nena? ¿Necesitas que te lleve al hospital?

—No, estamos bien… muy bien, de hecho. Estoy feliz. Te tengo y tenemos a bebé Matthew… Nos casaremos por la iglesia cuando nazca nuestro bebé. Nunca pensé que estaría tan feliz.

—Sé de algo que te haría mucho más feliz.

—Ah, ¿sí? —Su voz salió más ronca de lo que esperaba.

—Te lo demostraré cuando lleguemos a casa… —Mi mano derecha soltó el volante y se posó sobre su muslo, deslizándola hacia mi lugar feliz.

—¡Manos al volante! —chilló ella, entre risas, esa risa nerviosa que yo amaba.

Humedeció sus labios, y seguí cada movimiento con la mirada. Por unos segundos, el camino a casa se sintió demasiado largo.

En un instante, estaba viendo a mi esposa y, en el siguiente, un destello nos alcanzó. Intenté reaccionar, pero no fui lo suficientemente rápido. Algo nos golpeó desde el lado derecho del coche, haciendo que el auto diera un vuelco. El sonido del metal contra metal resonó como un trueno mientras caíamos y derrapábamos unos metros antes de detenernos abruptamente.

Y entonces, el silencio. Pesado, antinatural. Solo mi respiración entrecortada y el sabor metálico en mi boca... y ella, inmóvil a mi lado.

Capítulo 2

Esperanza

«La esperanza es el sueño del hombre despierto». Aristóteles.

Gabriel

Peiné, con mis dedos temblorosos, mi cabello hacia atrás, desesperado por tener noticias. Se la habían llevado hacía horas y nadie venía a decirnos nada. Presioné el puente de mi nariz, imitando el estúpido gesto que hacía mi hermano para mantener la compostura.

—Intenta tranquilizarte, cariño —dijo mi madre, tomando mi mano—. Ellos estarán bien.

—¿Tranquilizarme, madre? ¡Hace horas que se la llevaron! ¡Horas! Y nadie viene a decir nada.

—¿Quieres que vaya y pregunte de nuevo? —se ofreció papá, dejando su revista a un lado de la silla donde estaba sentado.

—Sí, por…

La puerta doble del pabellón se abrió y dos camilleros entraron empujando la cama de Lizzy. Prácticamente corrí hacia ella.

—¿Cómo está ella? ¿Cómo está el bebé? —pregunté rápidamente.

—El doctor Callahan, vendrá a hablar con usted, señor Lautner —dijo una enfermera que ni siquiera vi entrar.

Tomé su mano entre las mías. Ella seguía inconsciente, lo que me engañó un poco. Me había aferrado a la idea de que sucediera algo en el quirófano, algo que la hiciera despertar.

Dos semanas desde que un maldito alcohólico se pasó el alto y nos chocó.

Dos semanas desde que mi vida se puso de cabeza.

A pesar de que el accidente fue aparatoso, solo tuve golpes y algunos cortes, estaba perfectamente, a diferencia de Lizzy, que recibió gran parte del impacto.

Los doctores la intervinieron rápidamente, tratando de mantener a nuestro bebé en su vientre mientras maduraban sus pulmones. A pesar de sus esfuerzos, tuvieron que practicarle una cesárea de emergencia, esta mañana, justo en la semana treinta y dos.

Toque su mejilla, suave y cálida. Su pecho subía y bajaba, su corazón seguía latiendo, aunque fuese conectado a las máquinas.

Ella estaba aquí conmigo.

La puerta se abrió suavemente y el doctor Callahan entró con un semblante serio.

—Señor Lautner, ¿podemos hablar un momento?

Mamá tocó mi brazo diciéndome con una mirada que ella entraría a la habitación con Lizzy. Mi corazón latía como si estuviera en una carrera sin final mientras observaba al camillero ingresarla a la habitación que estaba ocupando desde el día del accidente.

—¿Qué sucedió, doctor Callahan? Ella, anoche estaba bien. ¿Está bien? ¿Y el bebé? —lo bombardeé a preguntas.

—Como sabe, su esposa se encuentra en estado de coma desde hace dos semanas, y se había mantenido relativamente estable, pero en las últimas horas su presión arterial aumentó bruscamente y luego descendió a niveles peligrosos. Notamos rápidamente signos de sufrimiento fetal.

—¿Sufrimiento fetal?

—Su bebé comenzó a mostrar cambios en la frecuencia cardíaca. Sospechamos que la placenta estaba comenzando a deteriorarse debido al estado de su esposa. En estos casos, esperar más tiempo hubiera representado un riesgo enorme para el bebé.

—Matthew —lo interrumpí—. Se llama Matthew.

—El pronóstico de Matthew es reservado. Es un bebé prematuro por eso estará en la unidad de cuidados intensivos neonatales. Pesó un kilo ochocientos gramos. Sus pulmones aún son inmaduros, por lo que lo hemos dejado en una incubadora, donde estará recibiendo oxígeno y supervisión constante.

—¿Y ella? —mi voz era apenas un susurro—. Mi esposa… ¿sigue…?

—Desafortunadamente, su esposa sigue en estado de coma, pero está estable. La cirugía no afectó su estado, pero tampoco ha

mostrado signos de conciencia

—Doctor, sea sincero conmigo. Ella… ¿va a despertar?

—Eso depende de su cuerpo... y de su cerebro. —Hizo una pausa breve —. Como sabe, hemos hecho todo lo clínicamente posible. Ahora... lo único que podemos hacer es esperar.

Esperar. Odiaba la maldita palabra. Era cruel. Vacía.

—Hay otro asunto que debemos tratar —añadió, su voz apenas un poco más firme.

Lo miré, sintiendo cómo el miedo me anudaba el estómago.

—Se trata de la atrofia muscular que sufren los pacientes en el estado de su esposa —explicó, despacio, como midiendo cada término—. La inmovilización prolongada debilita los músculos. Ya han pasado dos semanas desde el ingreso de Elizabeth y para proteger su recuperación, he ordenado iniciar un tratamiento de rehabilitación física: ejercicios específicos y el uso de electrodos en sus brazos y piernas. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran en el aire. — Todo esto tiene un solo objetivo: que, cuando despierte, pueda volver a moverse, a caminar... a vivir su vida.

Sentí que todo dentro de mí se tensaba.

—Sé que es mucho que asimilar —dijo, con amabilidad—, pero quiero que sepa que estamos luchando junto a ustedes. Su hijo es fuerte. Está peleando... igual que su madre. Podrá verlo en dos horas, durante el horario de visita. En cuanto a Elizabeth, vamos a continuar monitoreándola de cerca —me informó con un tono que me pedía entereza.—. Si tiene alguna duda, estoy aquí para responder las preguntas que tenga.

—Gracias, doctor. —Le di un fuerte apretón de manos y observé a Lizzy desde el cristal. Que permitía una vista panorámica a su habitación. Mamá estaba junto a la cama acomodando el cabello su cabello, había bajado de peso en la última semana, habían cambiado sus sondas, tantos cables, tantas maquinas.

Me mataba un poco el alma cada día que la veía así.

Mamá salió de la habitación encontrándome en el pasillo.

—¿Qué te dijo el doctor? —preguntó, alzando la mirada.

—Ella está bien, Matthew, también. Lo tendrán en una incubadora mientras terminan de madurar sus pulmones. Podré verlo en dos horas… El doctor ha recomendado terapia física para Lizzy… para evitar que sus músculos se atrofien… —mi voz se quebró y mamá dejó a Lizzy para abrazarme.

Intentaba mantenerme fuerte, pero en momentos como este sentía que me estaba rompiendo a pedazos.

—¿Dónde está papá? —pregunté, después de unos minutos. Limpié mis mejillas y me acerqué a la cama de mi esposa, tomando su mano entre las mías.

—Sabes que no puede haber más de una persona en la habitación, dijo que me esperaría en la cafetería… ¿Quieres que te traiga algo de comer? —Preguntó con ternura. Negué con la cabeza y ella se acercó dejando un beso en mi mejilla—. Si necesitas algo solo llama, estaremos aquí tan pronto como sea posible.

Mamá tomó sus cosas y dejó un beso en mi mejilla. Una vez estuve solo, entre a la habitación colocándome la indumentaria protocolaria y caminé hacia mi esposa apretando su mano con suavidad.

—Nuestro bebé está bien, nena —mi voz se quebró—. El doctor dice que es pequeño, pero un luchador… como tú.

No podía permitirme caer. Elizabeth y Matthew me necesitaban.

Capítulo 3

El pasar de los días

«Cuando el silencio se llena de esperanza, cada latido se convierte en un grito de vida». Anónimo.

Gabriel

Los días transcurrirían lentamente en el hospital; a pesar de eso, las semanas se deslizaban como agua entre mis dedos. Después de dos semanas Elizabeth fue trasladada a una habitación fuera de UCI. Pasaba tanto tiempo en el hospital que había empezado a perderme a mí mismo.

Un par de días antes, papá me obligó a ir a casa dándome uno de esos sermones que no me daba desde que era un adolescente.

«—No puedes seguir así, hijo. Necesitas descansar…

—Papá…

—Ve a casa, date una ducha, rasúrate. No querrás que Elizabeth se despierte y descubra que su esposo parece un hombre sin hogar. Ya es suficiente con que Matthew lo crea.

—Tu madre y yo nos quedaremos aquí hasta que vuelvas por la noche.»

Miré el rostro inmóvil y tranquilo de Lizzy. Cada vez que estábamos solos, deseaba poder colarme en su memoria y gritarle que Matthew y yo la necesitábamos.

La puerta se abrió detrás de mí, y la voz de mi hermana se escuchó.

—Gab ¿Puedes salir?

Dejé un beso en la palma de la mano de mi esposa.

—Volveré pronto —prometí. Le habían retirado algunos monitores y aunque seguía bajando de peso, la terapia física estaba funcionando. Caminé fuera de la habitación. En la sala de espera mi

hermana observaba con severidad, Melanie era la mayor de los tres y siempre sentí una especie de respeto por ella.

—¿Ya fuiste a ver a Matty?

Matty.

Las primeras semanas de su vida había sido dura: apartado de su familia, sin poder sentir el calor de su mami.

Últimamente, yo tampoco lo sentía.

—Necesitas ir Gabriel —continuó Mel preocupada—. El pediatra me dijo que nadie había estado ahí hoy. Él también te necesita, daran la orden para que salga de la incubadora. Sus pulmones están evolucionando según lo previsto. Si sigue así, en un par de semanas podrás llevarlo a casa…

A casa. Sin Lizzy.

—No te quedes ahí parado. ¡Ve a visitar a tu hijo, yo me quedo con Lizzy! —me instó antes de darme un empujón.

Caminé en modo automático por los pasillos del hospital hasta llegar al área de cuidados intensivos neonatales.

Una de las enfermeras salió del pabellón, sorprendiéndose al verme llegar

—¿Señor Lautner? —Quería cerciorarse de que era a quien esperaba. Asentí—. Iba a ir a su habitación. El doctor Hoffman tuvo que salir a revisar a un paciente en urgencias. Pero necesita hablar con usted, puede pasar y sostener a su bebé mientras lo espera.

—¿Puedo? —Mi voz no sonaba como mi voz. Hasta ese momento solo había podido ver a mi hijo a través de un cristal.

—Solo tenemos que prepararlo. Acompáñeme.

Seguí a la enfermera hasta una pequeña habitación donde me lavé las manos y me coloqué una bata, una cofia y una mascarilla.

Volvimos al pabellón de UCIN[1]. Las incubadoras estaban alineadas. Algunas mujeres estaban sentadas en sofás sosteniendo a sus pequeños bebés en brazos, y no pude evitar sentir un vuelco en el corazón.

Mathew estaba casi al final del pasillo. Ya habían desconectado la mayoría de los monitores, pero seguía conectado a una sonda.

—Hola, campeón —susurré, con lágrimas en los ojos.

—¿Listo para sostenerlo? —preguntó la enfermera.

Asentí sin poder articular palabra.

—Siéntese en la butaca. —Me indició con un ademán. Obedecí inmediatamente—. Bien, vamos a practicar el método canguro. ¿Lo conoce? —Me preguntó con esa paciencia que caracteriza a las enfermeras. Negué con la cabeza—. Debe bajar la bata y despejar su pecho, así el bebé tendrá contacto directo con su piel. Esto lo ayudará a regular su temperatura, su respiración y a fortalecer su sistema inmunológico.

Mis manos temblaban mientras desabrochaba la camisa, dejando mi pecho desnudo. La enfermera sacó al bebé de la incubadora, asegurándose de no maltratar la sonda.

—Sostenga sus brazos así… —Me mostró cómo hacerlo. Una vez más obedecí—. Muy bien, bebé, ¿listo para pasar tiempo con papá? —Ella hablaba con infinita ternura, lo que me hizo darme cuenta de que amaba lo que hacía. Tragué el nudo en mi garganta, los ojitos de mi hijo estaban abiertos observando a su alrededor con atención —. Ahora lo pondré sobre su pecho.

Sentí el diminuto peso de mi hijo contra mi piel. Era tan pequeño, tan frágil. Su cuerpecito cálido se acomodó rápidamente contra mí, había venido un par de veces, pero solo podía verlo a través del vidrio, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi pecho se contrajo, fue como si alguien me hubiese estrujado el corazón. Miré a mi hijo tan pequeño y frágil, pero sus ojos tan vivaces como los de su madre.

—Solo relájese y disfrute el momento. Su hijo está donde debe estar.

Matty movió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Te amo, Matthew —susurré, dejando caer las lágrimas mientras dejaba un beso en su cabeza y la enfermera nos cubría con una manta—. Tu mami va a despertar pronto —dije con una sonrisa tenue—. Solo necesita un poco más de tiempo.

No sabía si se lo decía a él o a mí, porque el peso de la incertidumbre me aplastaba desde que había hablado con el doctor.

¿Qué pasaría si no despertaba?

¿Y si solo quedábamos Matthew y yo?

Cerré los ojos por un instante, sintiendo el pequeño latido de mi bebé contra mi piel.

No, íbamos a estar bien, Lizzy despertaría y esto solo sería una horrible pesadilla.

Volví a la habitación de Lizzy después de dejar a Mathew. Mamá había llegado y Mi hermana ya no estaba. Tan pronto entré, mamá se levantó de la silla y caminó hacia mí, dándome uno de esos abrazos que rompían todos mis muros. Protegido por ella me derrumbé completamente agotado, aunque rebosante de alegría por haber sostenido a Matthew unos minutos.

—Todo estará bien, cariño —dijo, rompiendo el abrazo.

—Lo sé. ¿Me dejas a solas con ella?

Mamá asintió.

—Voy por un café, ¿quieres uno para ti?

Afirmé y ella salió rápidamente de la habitación.

Caminé hacia la cama sentándome en la silla al lado de Lizzy. Su rostro tranquilo, ceniciento, inmóvil, hacía que mi interior ardiera de rabia.

Rabia por el hijo de puta que nos puso en esta situación.

Rabia por mi hijo que aún no conocía a su madre.

Rabia por no ser yo quien estuviese en su lugar.

Tomé su mano entre las mías, anudando nuestros dedos y dejando un beso sobre su piel.

—Amor… pude sostener a Mathew —murmuré con la voz rota, rompiendo el silencio de la habitación—. Es increíble lo fuerte que es. Los médicos dicen que está respondiendo bien a sus tratamientos. Cada vez necesita menos oxígeno y pronto va a comenzar a alimentarse directamente.

Hice una pausa, como si mis palabras pudieran atravesar la barrera del coma y traerla de regreso a mí.

—Podrían darle de alta en un par de semanas. —Apreté su mano, descansando mi frente en nuestras manos unidas—. Te necesito, nena. —Me quebré—. Mathew también te necesita… Tienes que buscar la manera de volver a nosotros, porque no sé si podré hacer esto solo.

Capítulo 4

Sueños rotos

«¡Me has dejado con un caleidoscopio de sonrisas rotas y sueños destrozados!»
Karen Quan.

Gabriel

Me detuve en el marco de la puerta, observando todo a mi alrededor. El sol de la tarde se filtraba por las persianas de la ventana que daba hacia el patio trasero de la casa. La habitación estaba lista desde hacía meses; habíamos pintado las paredes de un color azul suave, pero la mayoría de los muebles eran blancos.

Una ovejita astronauta estaba en medio de la habitación. Mis ojos escocieron al recordar a Lizzy delineando cada detalle; la expresión de su rostro mientras daba la última pincelada.

Tan feliz, tan emocionada por lo que nos depararía el futuro.

Abajo, la casa era un bullicio. Mis padres, mis hermanos, y algunos amigos estaban aquí. La casa estaba llena de cuchicheos y risas, tal como Elizabeth imaginaba este día. Todos estaban aquí.

Todos menos ella.

—Hijo… —la voz de mamá me hizo girar rápidamente.

Matthew yacía dormido en sus brazos, cubierto con la cobija azul de pececitos que mi esposa había elegido para este día.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede esta noche?

Negué con la cabeza. La enfermera me había explicado cómo alimentarlo, cómo calmarlo si lloraba y cómo reconocer cualquier señal de alarma. Además, necesitaba esto: estar a solas con él. Sin enfermeras, sin doctores, sin personas pululando a nuestro alrededor.

Tomé al pequeño de sus brazos y lo acuné entre los míos con suavidad. Hizo un ruidito y estiró sus bracitos, pero no se despertó.

—Sabes que estoy a la distancia de una llamada telefónica, ¿verdad? —me recordó con una sonrisa de consuelo.

Sonreí, intentando transmitirle a mi madre una calma que no sentía, a pesar de que la tristeza me estaba consumiendo poco a poco.

Ella debería estar aquí, con Mathew, conmigo.

—Estaré bien, mamá. —Dejé un beso en su frente y caminé hacia el interior de la habitación, dejando con cuidado a Matthew sobre el suave colchón de su cuna. Abrió los ojos, pero rápidamente se quedó dormido.

—Bienvenido a casa, campeón —mi voz se quebró un poco al decirlo.

Encendí el monitor de bebé y acompañé a mamá abajo, donde todos empezaban a irse.

—Ya le he dado de comer. Tendrás que volver a hacerlo en tres horas —me aconsejó, producto de su experiencia. Le asentí—. Insisto que es mejor si me quedo.

Negué.

—Karen, déjalo —dijo papá y palmeó mi pecho—. Como las madres, los padres también tenemos ese botón de encendido cuando nacen nuestros hijos. Y te lo digo yo, que tuve tres.

—Estaré aquí a las ocho treinta, para que puedas ir al trabajo.

Asentí.

—Kim se quedará esta noche con Lizzy.

Kim era la prometida de mi hermano; ella y Elizabeth eran muy buenas amigas.

—Jadeen irá a reemplazarla, así puedes ir tranquilo a la oficina.

Odiaba tener que ir, pero ya había estado fuera mes y medio.

Acompañé a mis padres hasta el auto y esperé a que se perdiera calle. Luego entré a casa, ahora que estaba solo, el silencio se hizo denso.

Había soñado esta primera noche tantas veces… Pero ni en mis más remotas pesadillas pensé que estaría sin ella.

Un pequeño quejido desde el monitor hizo que mis pensamientos deprimentes se esfumaran. Tenía que estar aquí, para él, como Lizzy lo hubiese querido.

Matthew estaba llorando cuando entré en la habitación. Lo alcé de la cuna, sosteniéndolo contra mi pecho y acunándolo despacio

como me habían indicado.

—¿Qué sucede, campeón? ¿Tienes el pañal húmedo? ¿Estabas fingiendo que dormías mientras la abuela se iba?

Le cambié el pañal y lo recosté nuevamente en su cuna, mamá había dicho que debía darle de comer en tres horas, sin embargo, estaba chupando sus manitas como si necesitara alimento. Mi celular vibró y lo saqué de mi bolsillo.

SMS: Comida en tres horas, no antes, así se esté devorando las manos.

Sonreí porque mamá tenía un don que siempre daba en el clavo. Apagué la luz, dejando encendida solo la lámpara en forma de cohete que habíamos comprado en una venta de garaje. Luego caminé hacia la mecedora y me dejé caer sobre ella, sin dejar de mirar a Matthew.

Apunté el celular hacia la cuna, ya había dejado de chupar sus manitas, quería grabar cada pequeño sonido que hacía, cada movimiento, para que Lizzy pudiera verlo cuando volviera a casa. Sabía que se sentiría mal por haberse perdido estos momentos.

¡Joder!

Si cerraba los ojos, casi podía imaginarla allí, inclinándose sobre la cuna y susurrando una canción para que él durmiera. Una mezcla de rabia y dolor explotó en mi interior. Habían pasado seis semanas desde el accidente.

Seis semanas en las que mi esposa seguía atrapada en un limbo impenetrable. Y, aunque Mathew estaba en casa, nada se sentía completo.

Capítulo 5

Justicia o venganza

«Puedes tener justicia o puedes tener venganza.
Pero no ambas cosas».
Devin Grayson.

Gabriel

No supe en qué momento me quedé dormido, pero desperté con el teléfono vibrando en mi bolsillo. Lo saqué rápidamente y vi el nombre de Theo en la pantalla. Esperé a que la llamada se fuera al buzón de voz. Matthew seguía dormido. Miré la hora, solo para darme cuenta de que casi era su hora de comer.

El celular vibró de nuevo y me apresuré a contestar.

—*Lautner* —la voz de Theo, sonó seria—. *Ethan Cors, salió de prisión hoy.*

Maldita sea.

—*Su abogado pago la fianza y estará recluido en su casa bajo libertad condicional hasta el día de la audiencia.*

El nudo en mi estómago, que estaba ahí desde que desperté, viéndome solo con moretones mientras mi bebé y mi mujer estaban en riesgo, se tensionó.

—Dame la dirección donde estará —ordené en tono frío, mi cuerpo empezó a llenarse de un tipo de adrenalina que no sentía hacía mucho tiempo.

—*Gabs, no es buena idea...*

—Dámela, Theo. ¿Qué harías si fuese tu esposa…?

La línea quedó en silencio por un par de minutos, y luego, a regañadientes, Theo accedió.

Bajé a la cocina y preparé el biberón de Mathew. A pesar de que aún dormía, intenté dárselo como me había dicho la enfermera, Jane, pero no despertó. Busqué otra cobija, lo cubrí y lo coloqué delicadamente en la silla para bebés. Tomé las llaves del auto y salí de la casa sin saber bien qué iba a hacer.

***

El camino hacia la casa del hombre fue un torbellino de pensamientos oscuros. Los detalles del accidente hacían eco en mi memoria.

Era poco más de medianoche cuando llegué a una calle tranquila en un barrio modesto. Observé el mensaje que Theo me había enviado, confirmando que estaba en el lugar correcto. Apagué el coche justo en el momento en que el maldito hijo de puta salía de una casa. Llevaba una bolsa de basura y una cerveza en la mano.

Como podía seguir bebiendo después de lo que hizo… Apreté el volante con fuerza, mi corazón latía con fiereza y la ira burbujeaba en mi sangre. Mi primer pensamiento fue pisar el acelerador a fondo y dejar que sintiera el dolor físico que me había causado. Estuve a punto de hacerlo de no ser por la mujer que salió unos minutos después de él. Era baja, menuda, como mi Lizzy, y tenía en sus brazos un bebé envuelto en una mantita rosa.

La imagen me tocó como si Theo me hubiera dado un puñetazo en el pecho. Miré por el retrovisor a Mathew, dormido en su sillita. Era su primer día en casa y lo había sacado casi a medianoche para… ¿qué?

Lizzy seguía en el hospital, sin signos de mejora, y nada pasaría. Aunque ese hijo de puta sintiera mi dolor, nada cambiaría. O si algo le pasaba, terminaría detenido por intento de homicidio, y mi hijo estaría sin su madre y sin su padre.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo, y me recosté en el asiento, queriendo devolver el tiempo, el hombre entró en la casa junto a la mujer y me tomó un gran lapso de tiempo antes de encender el motor y volver a casa. Dejaría que las autoridades se encargaran de él.

Capítulo 6

La promesa

«Prometemos según nuestras esperanzas y cumplimos según nuestros temores».
François de La Rochefoucauld.

Gabriel.

De regreso a casa, conduje en silencio, con las manos firmemente sujetas al volante. Con cada kilómetro que me alejaba de esa casa, el deseo de volver se elevaba, pero solo tenía que mirar a Matthew por el retrovisor para que la ira se evaporara.

Cuando finalmente estacioné frente a la casa, me sentía completamente agotado, apagué el motor y me quedé en el coche por unos minutos, antes de sacar la sillita de mi hijo y entrar. Subí las escaleras hasta la habitación del bebé, le cambié los pañales. Él estaba despierto, observando curioso a su alrededor.

Me recosté en la mecedora y lo acuné en brazos mientras le daba de comer. Se bebió toda la fórmula y luego le saqué los gases, tal como mamá me había explicado. Mientras lo hacía, mi mente solo podía recordarme lo fácil que fue para ese hombre pagar una fianza y volver a su vida de vicios y alcohol sin importarle su familia… mientras yo enfrentaba mi realidad solo, cuidando a mi bebé, que aún no entendía cuánto había perdido por sus excesos.

—Te prometo que voy a ser fuerte por ti… —mi voz se cortó—. Voy a hacer todo lo que pueda para que no sientas estos días sin mamá.

Le di un beso en su cabecita. El rostro de Lizzy seguía presente en mi mente, junto con la esperanza de que despertara pronto, de que abriera los ojos y volviera a nosotros. Pero, por ahora, solo tenía la promesa de un mañana incierto

El llanto de Matthew me despertó. Abrí los ojos, recordando de inmediato dónde estaba. No sabía a qué hora me había quedado

dormido tras dejarlo en su cuna. No quise ir a mi habitación; en lugar de eso, me quedé en la mecedora. Me incorporé con lentitud y caminé hacia la cuna. Mi bebé estaba rojo, con los puñitos cerrados, tirando de su propio cabello.

—¡Ey, campeón! Todo está bien. Papá está aquí —mi voz estaba ronca.

Lo levanté de la cuna y lo recosté sobre el cambiador, intentando que se soltara el pelo. Un olor desagradable salía de su pañal; una vez estuvo limpio y su cabello a salvo, bajamos hasta la cocina para calentar su leche.

Estaba perdido en la imagen de mi hijo succionando su biberón cuando la puerta se abrió y mamá entró con dos bolsas.

—Ahí está mi niñito —murmuró, acercándose y me lo quitó de los brazos—. Ve a bañarte, traje el desayuno.

—Yo también te amo, mamá —dije, pero ella me ignoró completamente, perdida en su nieto.

Me di un baño rápido y me vestí para ir a la oficina. El traje se sintió extraño en mi cuerpo y, cuando me detuve frente al espejo para anudar mi corbata, una imagen de Elizabeth haciéndome el nudo la mañana del accidente me tocó como si un misil me impactara en el pecho.

Me senté sobre la cama, un día más, uno más sin ella.

—Se te hará tarde… —La voz de mamá desde el primer piso me hizo respirar profundo y ponerme de pie. Bajé las escaleras con mi maletín y encontré a mi madre calentando una nueva porción de formula.

—¿No es cada tres horas? —La miré con una ceja alzada.

—No deja de chuparse las manos y gimotear, no voy a hacer que pasé hambre —farfulló presuntuosa. Dejé un beso en su cabeza antes de tomar mi taza de café—. ¿Quién estará con Lizzy en el hospital? Hoy tiene terapia física.

—Jadeen, estará hasta el mediodía, luego tu padre se quedará con ella y…

Negué con la cabeza interrumpiéndola.

—Matthew y yo iremos. —Bebí un sorbo de café

—¿Crees que es buena idea? Es muy pequeño, solo ayer salió del hospital.

—Lo hablé con el pediatra, Lizzy está fuera de UCI, en una habitación, mamá. Por lo que es seguro. Lo abrigaré bien. —Trataba de convencerla, pero ella negó con la cabeza—. Quizás estar cerca de él, le haga salir de ese letargo que no la deja despertar. Él la necesita —mi voz se quebró—. Yo también la necesito… —Mi madre bajo la cabeza unos segundos, los suficientes para que pudiera reponerme. —Tengo que irme.

Le dediqué una última mirada a mi hijo antes de salir de casa. Caminé unos pasos con el teléfono en la mano, dispuesto a llamar a la oficina… pero lo dudé. Mejor hablaría directamente con mi jefe. Quería explicarle que aún no me sentía listo para volver, aunque sabía que ya llevaba varias semanas fuera y que eso podía costarme el empleo.

En ese momento, mi cabeza estaba en otro lugar.

*

*

*

Llegué a casa poco después de mediodía. Durante las horas que estuve en la oficina, pero no logré concentrarme. Mi mente estaba dividida entre el hospital y la casa; tecleaba sin sentido, atrapado en pensamientos que me llevaban lejos de ahí. Afortunadamente Thomas observó desde su oficina, notando mi estado. Por lo que, tras una breve charla, llegamos a un acuerdo: trabajaría medio día en la oficina, para no volverme loco y adelantar el trabajo que se había acumulado desde el accidente.

Mamá tenía a Matthew perfectamente vestido. Cuando bajé las escaleras luego de un baño rápido, me entregó la pañalera y una cobija extra por si la necesitaba. Ella seguía sin estar de acuerdo de que lo llevara al hospital, pero respetaba mi decisión.

Una vez en el hospital, caminé con pasos decididos y firmes hacia la habitación de Elizabeth, con Mathew dormido en su silla portátil. Apretaba fuertemente el asa y respiraba profundamente, preparándome para entrar. Verla en la cama, quieta, sin saber

cuándo despertaría, era algo que me hacía sentir frustrado, era como si tuviese las manos atadas.

Jadeen saltó de la silla tan pronto me vio, dejando caer su celular al suelo estrepitosamente. Lizzy, seguía viéndose pálida y frágil, como una flor que empezaba a marchitarse, lejos estaba la mujer vibrante que tanto amaba.

Dejé la sillita con mi hijo sobre la cama y Jadeen inmediatamente lo tomó, acunándolo en sus brazos.

Caminé hacia mi mujer y dejé un beso en sus labios, estaban secos, por lo que busqué en la mesita que estaba a un lado de su cama, el bálsamo de labios.

—Hola, mi amor —murmuré, aplicándole el bálsamo e intentando que mi voz no flaqueara—. Afuera aún hace frío —dije lo primero que pensé—. Te estás perdiendo el final del invierno. —Tragué el nudo en mi garganta—. Traje a Matthew. —Mi hermano se apresuró a pasarme al bebé—. Está bien abrigado, no te preocupes. Mamá le colocó el enterizo de ositos que compraron juntas y que tanto te gustó.

Dejé a Matthew boca abajo sobre su pecho, y sequé las lágrimas de mis mejillas

—Él, se parece a ti, tiene tus ojos y… —Aunque abrí la boca, no pude decir una palabra. Jadeen presionó mi hombro, dándome su apoyo silencioso. Inhale profundamente para continuar—: Es un poco pequeño, pero el doctor dijo que está bien. Pasamos una noche grandiosa, pero nos hiciste falta. —Apreté su mano con suavidad—. Por favor, amor. Por favor, si puedes escucharme, tienes que volver con nosotros.

El sonido de un suspiro profundo me distrajo, miré hacia abajo y vi a Matthew estirarse hasta adoptar una mejor posición.

—Él lo sabe, amor. Sabe que tú eres su mami. —Subí las barandas de la cama, dejando a Mathew sobre Lizzy

Jadeen se despidió un par de minutos después y yo arrastré la silla hasta el lado de la cama. Me quedé ahí sentado por el resto de la tarde, observando a los amores de mi vida. Me negaba a perder la esperanza, pero deseaba con todo mi ser que cada pequeño sonido

que nuestro hijo hacía, provocara algo en su interior… algo que hiciera *«click»* y la trajera de vuelta.

Capítulo 7

Tiempo al tiempo

«El presente no existe, es un punto entre la ilusión y la añoranza».
Llorenç Villalonga.

Gabriel

Dos semanas más…

Los médicos insistían en que su estado era estable. La palabra «estable» había comenzado a sentirse como un sinónimo de inmóvil, como si todo estuviera suspendido en una especie de limbo interminable del cual estaba agotado.

Pasé la sillita a mi otro brazo mientras saludaba a una de las enfermeras. Matthew empezaba a acaparar miradas tan pronto pisábamos el hospital. A pesar de ser prematuro, su desarrollo era consecuente para un bebé de casi dos meses. Dividía mi tiempo entre estar con él, acompañar a Lizzy en el hospital y trabajar medio tiempo. Cada día colocaba a nuestro hijo dormido a su lado y esperaba un milagro, uno que no llegaba.

Cada día era más difícil irme a casa sin ella.

«Tiempo al tiempo», decía mi padre, pero estaba harto.

—¿Qué tal si hacemos algo de ruido hoy? —Le sugerí. Matthew era un bebé muy quieto, casi nunca lloraba como otros bebés en el hospital. Se quejaba si tenía hambre o estaba mojado. Su rostro se ponía del color de los arándanos cuando el pañal tenía una sorpresa extra—. Quizás mamá te escuche y eso le recuerde que tiene una razón para regresar con nosotros —murmuré mientras salía del ascensor y caminaba hacia la habitación de Lizzy.

La voz de Mel podía escucharse a pesar de la puerta cerrada.

«…él, jadeó. Aproveché su distracción para apoderarme de su lengua, asaltándola de la misma manera en que él había hecho con la mía. Dominé el beso por cortos y escasos segundos, los

suficientes para que Max pegase su erección más a mi cuerpo, gimiendo antes de…»

Abrí sin golpear, encontrando a mi hermana con un libro en la mano.

—¡Mierda! —Mel que estaba sentada apoyándose de las dos patas traseras de la silla, perdió el equilibrio y soltó el libro—. ¿Mamá y papá no te enseñaron a tocar?

—¡Joder! ¿Qué demonios le estás leyendo?

Mi hermana se levantó de la silla y caminó hacia nosotros sacando a Matty de su sillita.

—¿Cómo está mi príncipe precioso? —preguntó, tronándole un par de besos en sus mejillas regordetas.

—Perfecto, venimos del pediatra y todo está en orden, está ganando peso. —Tomé el libro viendo la portada—. ¿Estabas leyéndole porno a mi esposa?

—No es porno, es un libro erótico. Lizzy corrigió la primera parte y lo recomendó tanto que tuve que comprarlo tan pronto salió, esta es la segunda parte, salió hace dos días y pensé que quizá podría escucharlo y…

—¿Y despertar? —Negué con la cabeza. Mel se encogió de hombros. Acaricié la cabeza de mi esposa y dejé un beso sobre sus labios, su rostro lucía tranquilo.

—Hola, nena. Ya estamos aquí.

Mel me entregó a Matthew e inmediatamente lo coloqué a su lado.

—Tengo que irme, o Nico tendrá que esperarme en la escuela más tiempo —me dijo mientras me daba una mansa caricia en la espalda.

Asentí a mi hermana. Ella hacía los turnos de mañana porque Nicolás, mi sobrino de seis años, estaba en la escuela.

Jadeen, papá e incluso Kim hacían los turnos nocturnos para que yo estuviera con mi hijo.

Elizabeth no tenía más familia que su abuela, que vivía en Texas.

Tomé su mano sentándome en la silla al lado de la cama, una vez estuvimos los tres solos. Su tacto seguía siendo cálido a pesar de las

circunstancias y me aferraba a esa calidez y aunque los días se sentían cada vez más largos, los prefería a llegar solo a una casa vacía con un bebé que necesitaba a su madre.

Había noches en las que el peso de la soledad se volvía insoportable.

Matthew empezó a moverse a su lado, buscando su calor.

—Matty está creciendo, amor. Se ha convertido en el pilar que me sostiene, bebé. —Subí mi mano por su rostro, acariciando su mejilla con suavidad—. A veces, cuando estoy con él, siento que tengo un pedazo de ti conmigo.

Cerré los ojos y guardé silencio por unos segundos antes de que Mathew empezara a quejarse. Tenía las mejillas rojas y los puños apretados. Un olor intenso salía de su pañal.

—Sshh, campeón, tranquilo. Cambiaré tu pañal inmediatamente. —Lo llevé hasta el baño, evitando contaminar la habitación. Hice el cambio lo más rápido que pude, pero Matthew seguía llorando.

Intenté darle el biberón, pero no lo quería, era una rabieta y nunca antes lo había hecho.

—¿Qué sucede, bebé? —susurré con él en brazos mientras intentaba calmarlo.

Por un instante, entre la frustración y la desesperación, mi mirada se cruzó con Lizzy. Algo en su expresión lucía diferente. Mi corazón latió con fuerza mientras arrullaba a Matthew y me acercaba a la cama.

—¿Amor?

Los párpados de Elizabeth temblaron ligeramente, mientras Matty lloraba desconsolado.

—Lizzy…

Acuné a mi hijo esperando algo más, esperando ver sus ojos abrirse, pero los segundos pasaron y no hubo respuesta. Miré a mi bebé, e intenté una vez más darle su biberón, aunque no lo tomó en un primer intento terminó accediendo y con ello su llanto empezó a cesar.

Tragué el nudo en mi garganta procesando lo que acababa de suceder.

¿Había sido mi imaginación?

Negué con la cabeza antes de dejarme caer en la silla con Matty entre mis brazos, que succionaba el chupón de su botella y mi mirada pasó de él al rostro de mi esposa.

Matthew tomó mi dedo entre su manita rolliza, haciendo que mi mirada cambiara de dirección. Sus ojitos, enrojecidos por su pequeña rabieta, se encontraron con los míos.

Estiré mi mano libre hasta tomar la de mi esposa y di un profundo respiro.

—Matthew y yo vamos a seguir viniendo, ¿de acuerdo? No importa cuánto tiempo te tome. Estaremos aquí, esperándote cuando estés lista, amor.

Papá llegó poco antes de las cinco. Mi hijo dormía en su sillita y yo estaba contestando un par de correos de la empresa. Hablamos por algunos minutos, pero no fui capaz de contarle lo sucedido. Insistiría en que había sido mi imaginación, como habían dicho las enfermeras al revisar a Lizzy y no notar ningún cambio significativo. Pero yo sabía que no era así, ella reaccionó al llanto desesperado de su bebé.

¿Acaso ella estaba peleando por nosotros, buscando el camino a su conciencia?

Antes de irme, me acerqué a su cuerpo inmóvil y susurré en su oído cuánto la amaba. A pesar de no recibir ningún estímulo, salí de la habitación con la promesa de regresar al día siguiente.

Solo había que darle tiempo al tiempo, y el día menos pensado, la cercanía de nuestros corazones la traería de vuelta.

Capítulo 8

Ecos del corazón

«La paciencia no es la capacidad de esperar, sino de mantener una buena actitud mientras esperas».
Joyce Meyer.

Gabriel

Era fin de semana y Matthew había pasado una noche terrible. No dormí bien y desperté tarde, lo que me tenía de muy mal humor. Eso, sin contar que el día anterior fue la audiencia preliminar del hijo de puta que nos había chocado y por declararse culpable podía verse beneficiado con una rebaja en su condena.

Entré al hospital sin decir una sola palabra, presionando los botones del ascensor una y otra vez, como si eso lo hiciera bajar más rápido.

Matthew estaba descansando como si no hubiese estado tan irritable toda la noche, sin embargo, no podía molestarme con él, su sonrisa pequeña e inocente era un recordatorio constante de que, aunque el mundo a mi alrededor se había desmoronado, algo brillaba en medio de la oscuridad. Afortunadamente, el elevador estaba vacío cuando se abrieron las puertas. Lo último que necesitaba era ser amable cuando no tenía ganas de serlo.

Mi vida se había convertido en una rutina completamente diferente a la que un día soñé. Despertaba, iba a la oficina, trabajaba, iba por Matty a la casa y veníamos al hospital todos los días, durante las últimas diez semanas.

Había perdido la cuenta de cuantas veces había subido a este elevador, deteniéndome en el mismo piso, caminando los mismos pasos que hacían eco en mi corazón, hasta llegar a la habitación.

Una vez que las puertas se abrieron en el décimo piso, salí del ascensor y saqué mi celular del bolsillo, simulando que revisaba algo importante mientras sostenía la silla de Matty con mi otra mano,

para que nadie me detuviera. Empujé la puerta de la habitación de Lizzy, encontrando a Kim con la cabeza recostada en la cama de Elizabeth.

—¡Kimberly, despierta! —murmuré de muy mal humor.

Ella despertó sobresaltada.

—¡Jesús, vas a matarme de un puto susto! —dijo, llevándose la mano al pecho.

La ignoré y caminé hacia mi esposa.

—Hola, amor. —Dejé un beso en su frente antes de colocar la silla de Matthew en la cama y desabrochar las correas, dejándolo a su costado. Seguía esperando que el contacto con nuestro bebé despertara algo en ella. A veces me preguntaba si podía sentirlo, si en algún rincón de su mente sabía que estábamos ahí, esperando a que despertara.

—¿Algún cambio durante la noche?

—No que yo haya visto.

—No creo que puedas ver mucho si te quedas dormida… —dije con desdén.

—Entiendo que estés molesto por algo. Pero no dormí mucho la noche anterior estudiando para un examen y salí de la universidad directo al hospital. Perdóname por estar cansada —reviró, molesta.

Respiré profundamente, todos hacían lo posible para ayudarme y no podía ser desagradecido por muy molesto que aún me sintiera.

—Kim, lo siento… Solo estoy agotado. De verdad, agradezco tu ayuda, solo que, no sé cuánto tiempo más pueda soportar esto —mi voz se escuchó derrotada.

Kim colocó su mano en mi hombro ofreciéndome consuelo.

—Sé que no es fácil, pero debes ser paciente.

—Setenta días, Kim. Hace setenta días que un hijo de puta al que le pareció bien beber y conducir nos chocó. Hace setenta días que no escucho la voz de mi esposa, que no veo sus ojos abiertos, y ayer en la audiencia el imbécil se declaró culpable solo para que lo beneficiaran con una rebaja en su condena.

—Lo sé, es una jodida putada, era completamente consiente que conducir bajo los efectos de alcohol era peligroso, no solo para él, sino para las demás personas. Sin embargo, Dios…

—¿Dios? —la interrumpí—. ¿El Dios que permite que mi hijo crezca sin su mamá? —reviré, frustrado, con lágrimas en los ojos—. ¿Ese Dios?

La habitación se sumió en silencio.

—Sé que Elizabeth va a despertar, solo tienes que tener fe… —Kim, siguió dándome palabras de aliento. No sabía qué decir, todos decían que debía estar agradecido, que Lizzy aún estaba viva, pero yo la quería conmigo en casa, con nuestro bebé—. Tengo que irme. ¿Estarás bien?

Asentí, limpiando mis lágrimas, pero no dije nada hasta que la puerta se cerró. Subí la baranda de la cama asegurándolos y caminé hacia la ventana.

—¿Te parece si abrimos la ventana hoy, cariño?

Matthew comenzó a balbucear, sus pequeñas manos se movían en el aire como si intentara llamar mi atención. El llanto no se hizo esperar, por lo que solo pude abrir las persianas parcialmente. La luz del sol iluminó el pecho y los brazos de Lizzy.

Tomé a mi hijo, sosteniéndolo entre mis brazos.

—Tranquilo, campeón —murmuré, acunándolo contra mi pecho—. Mamá te dará muchos besos y abrazos cuando esté con nosotros.

Sonreí y alcé la mirada hacia Lizzy justo en el momento en que una ligera contracción sacudía sus dedos. Pensé que era una ilusión, que mi mente me estaba jugando una broma cruel, pero luego lo vi nuevamente, claro como el día: sus dedos se movieron.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Amor? —pregunté con la voz rota, acercándome a ella con Matthew. Mis ojos recorrieron su rostro en busca de algún signo de que lo sucedido no fue producto de mi desesperación o mi impaciencia. Su mano seguía inmóvil, como siempre, pero yo estaba jodidamente seguro de lo que había visto.

Fue un movimiento, una contracción leve, pero era real.

Mi corazón comenzó a latir desbocado. Toqué el botón de emergencia llamando a las enfermeras, no era mi imaginación, estaba seguro de ello, el doctor encargado de Elizabeth, llegó rápidamente junto a una enfermera.

—Movió la mano. Estoy seguro de que movió la mano —mi voz era un cúmulo de ansiedad y esperanza.

El médico ajustó sus gafas y caminó hacia la cama. Su rostro era neutro, pero sus movimientos rápidos delataban cierta urgencia.

—Tranquilo, vamos a revisarla. A veces este tipo de movimientos pueden ser reflejos involuntarios… pero también podrían indicar actividad neurológica.

Sus palabras eran medidas, casi cuidadosas, como si no quisiera crear en mí falsas ilusiones. Aun así, yo me aferré a la última parte: «Podrían indicar actividad neurológica.»

Capítulo 9

Una luz entre las sombras

Gabriel

Con una linterna pequeña, el médico inspeccionó sus pupilas, verificó sus reflejos y registró sus signos vitales. Mientras trabajaba, la enfermera revisaba el monitor que marcaba su frecuencia cardíaca.

—¿Qué significa? —pregunté cuando vi que el médico fruncía ligeramente el ceño.

—Los signos vitales de su esposa están estables, como siempre. Y su respuesta pupilar sigue siendo normal, lo cual es positivo. También podría ser una señal de que su sistema nervioso está empezando a responder.

—Ella… ¿va a despertar, doctor…? —mi voz se escuchó llena de esperanza, y el doctor Callahan me observó con una mezcla de empatía y tranquilidad.

—Realizaremos más pruebas para medir su actividad cerebral. También vamos a monitorearla más de cerca durante las próximas horas. Si hay algún cambio importante, lo sabremos.

Asentí. Aunque quería respuestas más específicas y certeras, mi rostro debió reflejar algo, porque el doctor dio un suspiro entrecortado.

—Entiendo que quiera aferrarse a cualquier señal. Es posible que algo esté cambiando, pero también es importante mantener la calma. Hay que darle tiempo.

Tiempo. El tiempo se había convertido en mi enemigo.

Una enfermera me pidió que saliera de la habitación mientras le realizaban otras pruebas, y aunque odiaba apartarme de su lado, lo hice.

Me quedé en el pasillo, caminando de un lado a otro, con Matthew dormido entre mis brazos, afortunadamente ajeno a la ansiedad que me consumía.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando el médico salió, prácticamente salté sobre él.

—¿Cómo está ella? —pregunté con desesperación.

—Hay actividad cerebral —dijo con expresión neutra. Mi corazón se aceleró—. Aún está en un estado mínimo de conciencia, pero hay respuestas. Es un buen signo.

Respiré profundamente, una parte de la carga de mis hombros cayó al suelo y me apoyé contra la pared.

—Esto indica que su cerebro sigue funcionando y que existe la posibilidad de recuperación. Seguiremos monitoreándola.

—¿Puedo pasar a verla?

—Sí, claro. Cualquier señal, por favor, presione el botón de aviso a las enfermeras.

Regresé a la habitación y me acerqué a su cama, tomando su mano entre las mías con más fuerza que antes.

—Si esto fue una señal, por favor, no te detengas, amor. Sigue luchando. Estoy aquí. Matthew está aquí y estamos esperando por ti —susurré, mientras mi pulgar acariciaba su piel.

Mi bebé empezó a moverse en mis brazos, lanzando pequeños quejidos que interrumpieron el silencio. Lo acomodé en su sillita, dejándolo al lado de la cama, y mientras lo veía, sentí que debía seguir manteniéndome fuerte por él y por Lizzy.

—No importa cuánto tiempo tome, solo regresa.

Pasé el resto del día junto a ella, acompañándola mientras le hacían terapia, hablándole como si estuviera despierta, como si pudiera escuchar cada palabra, decidido a no perder la esperanza.

Cuando llegó la noche, papá vino a relevarme. Me despedí de mi esposa con un beso en la frente y salí del hospital, sintiendo algo diferente en el aire.

Era una sensación débil, casi imperceptible, pero estaba ahí: un rayo de luz entre las sombras.

Esa fue la primera noche, en mucho tiempo, en la que dormí con una pizca de paz en el pecho. Una paz que, aunque frágil, me recordaba que estábamos más cerca del día en que finalmente abriría los ojos.

Capítulo 10

Un nuevo amanecer

«Nunca hubo una noche o un problema que pudiera vencer al amanecer o la esperanza».
Bernard William.

Gabriel

Miré la hora en mi celular. Matthew se había despertado por su comida de las cinco. Aún me quedaba una hora de sueño; sin embargo, no podía dormir. Giré hacia mi costado, observando el lado vacío de Lizzy, y respiré profundamente, intentando calmar el dolor pulsante en mi pecho cada vez que pensaba en ella.

¿Y si nunca despertaba? ¿Y si quedaba atrapada en su memoria para siempre?

Nuevamente habíamos caído en ese limbo en el que ella no mostraba avances, y me aterraba la idea de que su lado de la cama estuviese vacío para siempre.

Negando con la cabeza, tomé mi celular y abrí la aplicación de la cámara en el cuarto de mi hijo. Él dormía; siempre lo dejaba boca arriba, pero buscaba la manera de quedar de costado, con una mano bajo la cabeza y la otra cubriendo su rostro, igual que ella.

Deslicé el dedo por la pantalla, agrandando la imagen, justo cuando una llamada de papá entró en el teléfono.

Papá estaba con Elizabeth.

Mi corazón se aceleró y mis manos temblaron mientras contestaba la llamada.

—¿Papá? —mi voz se escuchó temblorosa, cargada de miedo.

—Ella despertó.

Mi respiración se detuvo.

—Gabriel… ¿Me escuchaste hijo? ¡Ella está despierta! —dijo mi padre con evidente felicidad—. Me sacaron de la habitación, pero abrió los ojos. Incluso intentó hablar conmigo.

Salté de la cama inmediatamente. Mi padre hablaba, pero no lo escuchaba. Era como si todo en mi vida hubiese dado un vuelco.

Busqué en mi clóset unos vaqueros y una camisa.

—¿Gabriel?

—Iré para allá —solté con gran emoción

Sonreí y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, pero esta vez era diferente. Eran lágrimas de felicidad.

—¡Ella está despierta, hijo! —dijo mi papá eufórico.

Colgué la llamada y corrí hacia la habitación de Matthew, metiendo pañales, ropa y la fórmula dentro de la pañalera. Busqué la silla de mi hijo y tomé la cobija más gruesa para abrigarlo. Dejándolo en su silla, tomé el asa y bajé las escaleras rápidamente, buscando un biberón.

Cubrí el rostro de mi pequeño mientras salíamos de la casa y, tras asegurar su silla en el auto, cerré la puerta y me detuve un instante, intentando calmarme. Respiré profundamente, dejando mi mente en blanco antes de subirme al auto.

Las carreteras estaban desiertas, pero aun así fui precavido, mi corazón latía frenético. Llegué al hospital en la mitad del tiempo que generalmente me tomaba. Entré rápidamente, mientras mi mano apretaba el asa de la silla con fuerza. Anita, una de las enfermeras, me saludó cuando pasé a su lado, pero ni siquiera devolví el saludo.

Divisé a mi padre sentado en una de las sillas fuera de la habitación.

—Papá.

Mi padre se levantó rápidamente. Dejé la silla de Mathew en el suelo y lo abracé.

Solo Dios sabía cuánto necesitaba ese abrazo.

—Los médicos están con ella. Necesitan hacerle una serie de exámenes, hijo, pero ella está bien. Está despierta.

Me dejé caer en una de las sillas del pasillo, con las piernas temblorosas y las manos en la cabeza mientras me derrumbaba por completo. Papá no dijo nada, y no tenía que hacerlo. Se sentó a mi lado, dándome su compañía silenciosa, dejando que semanas de frustración salieran de mi cuerpo.

Mi padre tenía a Matthew dormido en sus brazos, mientras los minutos pasaban, la ansiedad empezó a consumirme, me levanté de la silla y caminé por el pasillo, sintiendo que en cualquier momento

mis emociones se desbordarían. No supe exactamente cuánto tiempo pasó, pero amanecía sin tener ninguna noticia, en un arranque de desesperación, empujé la puerta de la habitación sorprendiendo al personal médico. Entonces la mirada de Elizabeth se cruzó con la mía y sonreí cuando su mirada azul cielo se fijó en mí.

—Lizzy… —musité con voz suave, acercándome a la cama.

Su ceño se frunció ligeramente, sus labios se entreabrieron y su voz, ronca por la falta de uso, escapó en un susurro:

—¿Quién eres?

Fue como si el aire me abandonara por completo.

Dejándome sin palabras.

Capítulo 11

Perdido

«Debemos estar dispuestos a dejar ir la vida que hemos planeado, para tener la vida que nos espera».
Joseph Campbell.

Su reacción me sacudió, como si alguien me hubiese sacudido el mundo. Esperé su sonrisa, esperé el alivio en su rostro al verme, esperé que sus brazos se abrieran e intentaran alcanzarme, que sus labios dijeran mi nombre con amor, como la última vez antes de que empezara esta pesadilla… pero solo encontré frío, miedo y desconcierto.

Mi mirada se dirigió al doctor Callahan, quien había estado a cargo del caso de Elizabeth desde que ingresó al hospital.

—¿Doctor Callahan?

—Señor Lautner, ¿podríamos hablar un momento, por favor?

Seguí al médico fuera de la habitación. Su expresión neutra fue una sutil alerta de que no tenía buenas noticias.

—¿Qué sucede? ¿Ella está bien? ¿Por qué no me recuerda? —lo bombardeé con preguntas.

—Señor Lautner… Como ha visto, su esposa ha despertado. Está consciente y, aunque hay que realizarle algunas pruebas, podemos decir que es un excelente signo de recuperación.

—Pero… —interrumpí, deseando que me dijera qué demonios estaba sucediendo. ¿Por qué mi esposa me miraba como si fuese un maldito extraño?

—Pero, por lo que hemos podido evaluar hasta ahora, parece que sus recuerdos recientes han sido afectados. Sospechamos que está presentando un cuadro de amnesia retrógrada. —El doctor pasó su peso de un pie a otro—. Según lo que nos dijo, su última memoria consciente es de hace aproximadamente tres años.

Mis piernas tambalearon, y tuve que apoyarme en la pared.

Tres años… Negué con la cabeza… Tres años…

—La última fecha que recuerda es el 20 de agosto de 2021.

Sentí un puñal enterrándose en mi pecho.

Conocí a Lizzy en una fiesta de Halloween el 31 de octubre de 2021.

Por un segundo, ninguno de los dos dijo nada.

Mis ojos vagaron hacia mi padre, que estaba atento a la conversación con mi hijo en brazos.

Matthew.

Su madre no me recordaba. No lo recordaba…

—Esto… —Llevé la mano a mi cabello tirando de un par de mechones—… ¿Esto es permanente? —pregunté, aterrorizado.

El doctor Callahan sacudió la cabeza con calma.

—No podemos asegurarlo. La memoria es compleja, y su cerebro ha estado inactivo por mucho tiempo. En algunos casos, los recuerdos regresan poco a poco, con estímulos adecuados. En otros, tardan más… Tengo que ser completamente sincero contigo, Gabriel: en algunos casos, lamentablemente, nunca vuelven por completo.

Me llevé las manos al rostro, intentando procesar todo lo que estaba ocurriendo, esto tenía que ser un error, una maldita pesadilla, metida en otra.

—Aún tenemos que hacerle unas pruebas y estamos monitoreando su respuesta neurológica.

—¿Puedo estar con ella?

Necesitaba estar con ella.

—Por supuesto, pero debe ser paciente. —Había esperado tanto… y ahora me pedían paciencia—. Es preferible que no la presione. Para ella, usted es un desconocido.

Un desconocido.

Las putas palabras me golpearon como una tormenta.

El doctor Callaham regresó a la habitación y yo me dejé caer en una silla al lado de mi padre.

—Respira, Gabriel. —La mano de él subía y bajaba por mi espalda—. Respira, hijo… Esto es temporal. Ella va a recordar, ustedes se aman, has esperado mucho, puedes hacerlo. Ahora está despierta y te necesita.

Era cierto, estaba viva, despierta y desorientada, ahora más que nunca ella me necesitaba, me levanté de la silla y empujé la puerta de la habitación. Sus ojos inmediatamente se enfocaron en mí.

Tragué el nudo que tenía en mi garganta y caminé con suavidad hacia ella, tomando la silla para colocarla cerca de su cama. Intenté tomar su mano, pero ella la retiró. El rechazo fue un puñal directo a mi corazón, pero me obligué a sonreír, a no dejar que el dolor se filtrara en mi voz.

—Hola, Lizzy —susurré su nombre con ternura. El doctor Callaham observaba la escena como un espectador. Le di una mirada, y él me alentó a continuar—: Sé que debes estar confundida. Mi nombre es Gabriel… Gabriel Lautner. —Hice una pausa—. Yo soy tu esposo.

Ella negó con la cabeza. Sus ojos reflejaban lo confundida que estaba.

—Eso es imposible, yo nunca me casaré.

—Sí. —Bajé la mirada y uní mis manos—. Eso decías cuando nos conocimos —sonreí—, pero nos casamos hace menos de un año.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué día es hoy?

Miré de nuevo al doctor que asintió.

—27 de agosto… de 2024. —Su respiración se aceleró y el monitor conectado a su cuerpo mostró un aumento en su frecuencia cardiaca; además de algunos ruidos intermitentes.

—Está bien, Lizzy. No pasa nada, estoy aquí.

—¿Se supone que eso debería tranquilizarme? —increpó, hiperventilando—. ¡No sé quién rayos eres tú! ¿¡Dos mil veinticuatro!?

Como si pudiera sentir el desasosiego de su madre, Matthew empezó a llorar fuera de la habitación.

—Esto es una puta broma? —preguntó con irritación.

—Elizabeth.

—¿Dónde está mi novio, Erick…? —Como si el día no me hubiese dado suficientes golpes, ella tenía que recordar justo a ese hijo de puta y la mención de su nombre me dejó sin palabras.

En ese momento, sentí que todo el esfuerzo, todo el amor, todo lo que habíamos construido… había desaparecido en el olvido.

Capítulo 12

Momentos de impacto.

«Yo también tengo una teoría, es acerca de momentos, momentos de impacto… Mi teoría es que estos momentos de impacto, estos destellos intensos que cambian la vida para siempre, acaban definiéndolos».
Leo: Votos de amor.

Gabriel

—Yo… no lo sé. —Aunque lo intenté, la derrota y el dolor se filtraron en mi tono de voz—. Ustedes terminaron las cosas antes de que nos conociéramos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lizzy con voz trémula.

Miró alrededor, como si apenas se diera cuenta de que estaba en una habitación de hospital.

—Señora Lautner… —dijo el doctor Callaham con suavidad. Ella arqueó una ceja—. Elizabeth, tuvo un accidente hace once semanas y, a raíz de eso, sufre de una especie de amnesia retrógrada.

Ella lo miró sin entender.

—Su cerebro está tratando de llenar los vacíos con los recuerdos más sólidos que tiene. Es posible que, por ello, su última memoria consciente sea de hace varios años. El señor Lautner tiene razón, realmente estamos en el año dos mil veinticuatro.

Matthew seguía llorando afuera de la habitación. Una parte de mí quería correr con él; la otra estaba fuertemente arraigada al suelo, renuente a irse.

Ella escuchó en silencio, pero su expresión no cambió. Seguía mirándome con la misma jodida incertidumbre con la que miraría a cualquier extraño con el que se cruzara en la calle.

—Realizaremos más pruebas y verificaremos que todo esté en orden —anunció el doctor.

La puerta se abrió. Kim y Jadeen entraron en la habitación, seguidos de mi padre, que traía a Matthew muy enojado. La mirada

de Elizabeth cambió cuando Kim entró en su periferia.

Ambas se fundieron en un abrazo que envidié, pero también me alegré de que, en medio de toda la confusión, Kimberly fuese una cara conocida para ella.

—Si me disculpan, iré a ordenar los exámenes pendientes. —El doctor Callaham abandonó la habitación y yo tomé a Matty de los brazos de papá, junto con la pañalera, y caminé hacia el baño. Conocía casi todos sus gestos, y ese en específico significaba que quería hacer caca y no podía.

No sabía si estaba huyendo de la situación, pero, una vez que la puerta del baño se cerró, besé la cabeza de mi hijo, agradeciendo el escape.

«Estamos bien, bebé. Mamá estará bien. Todos estaremos bien.»

Podía escuchar la conversación de Lizzy y Kimberly. Incluso en algunas ocasiones a Jadeen. Papá, al parecer, había salido de la habitación, pues no percibía su voz.

Realmente no supe cuánto tiempo pasó, pero, cuando salí del baño con Matthew recostado en mi hombro, la mirada de Elizabeth se enfocó en mí, confusa y expectante al mismo tiempo.

—Bien… entonces Kim dice que es cierto —dijo Lizzy. Miré a Kim —. Tú eres mi esposo.

Tragué el nudo en mi garganta y asentí.

—Así es, Lizzy, soy Gabriel, nos conocimos en Halloween de 2021.

—Eres hermano de Jadeen…

—Sí, exactamente.

Ella pestañeó varias veces. Finalmente, su vista cayó en su mano, en el anillo que le puse en su dedo cuando la trasladaron a esta habitación. Lo giró un par de veces, como si intentara reconocerlo. Podía ver la extrañeza en sus ojos, como si realmente no le perteneciera a ella, como si estuviese en otra dimensión y todo lo dicho fuese una locura.

Apreté a Matthew contra mi cuerpo, aferrándome a él como a un salvavidas ante las emociones que me asaltaban.

—Nos casamos el primero de noviembre del año pasado.

Ella asintió lentamente, como si repitiera la información una y otra vez en su mente, como si pudiera recordarlo si se esforzaba.

—Lo siento —murmuró, y su voz se quebró—. No puedo recordarte.

Me acerqué a ella queriendo consolarla, queriendo protegerla en un abrazo apretado y salvarla incluso de ella misma. Ni siquiera me di cuenta en qué momento Kim abandonó la habitación, dejándonos a los tres solos.

—Tranquila, todo estará bien —murmuré con suavidad—. No intentes forzar los recuerdos. No tienes que disculparte por nada.

Me acerqué un poco más hasta sentarme en la parte baja de la cama.

—Ese bebé…

—Es nuestro Matthew.

—No recuerdo estar embarazada —exhaló con ansiedad—. No recuerdo haberme casado… Soy un caso perdido.

Estaba empezando a hiperventilar de nuevo.

—Calma —la interrumpí—. Te hicieron una cesárea de emergencia, cariño. Nació antes de tiempo, pero es un niño fuerte, ¿cierto, campeón?

Matthew gimoteó, como si estuviera presentándose.

Esperaba que algo se reflejara en sus ojos: una sonrisa titubeante, un instinto maternal brotando de la nada. Pero nada pasó.

El dolor me atravesó aún más fuerte que cuando no me reconoció. Saber que Matty no solo llegó a este mundo antes de lo previsto, pasando las primeras semanas de vida sin su mamá, sino que también tenía que enfrentarse a una Elizabeth indiferente.

Una enfermera entró a la habitación, rompiendo el silencio que se había instalado entre los dos.

—Tengo que llevarme a Elizabeth, le realizaremos algunas pruebas.

Ella la miró como si fuese una enviada del cielo, como si necesitara urgentemente salir de ahí. Huir de nosotros.

Le di una sonrisa vacilante mientras la enfermera quitaba los seguros de la camilla y un par de camilleros empezaban a empujarla.

Ella forzó una sonrisa, pero noté que ella no era mi esposa. Era mi Lizzy pero a la vez no era la misma.

Y me daba terror de que nunca volviera a serlo.

Capítulo 13

Un reflejo desconocido

«***No hay nada más aterrador que despertar en una vida que no recuerdas.»***

Elizabeth

Parpadeé lentamente, sintiendo el peso en mis párpados, se sentía como si llevara mucho tiempo dormida. El techo blanco, las luces frías… un hospital… ¿Qué hacía en un hospital? Lo último que recordaba era salir de casa luego de una discusión con Erick.

Traté de mover los dedos y sentí una punzada de alivio cuando respondieron. Me sentía débil, como si cada músculo hubiera olvidado cómo funcionar. Respiré hondo, llenando mis pulmones de aire, y me obligué a girar la cabeza.

Había flores en la mesita de noche. Un ramo de lirios blancos y una caja de pañuelos. Pero lo que más me desconcertó fue el marco con una fotografía.

Era yo… sonriendo.

Una puerta se abrió y un hombre de edad avanzada salió secándose las manos.

—Y entonces, querida Lizzy, tengo que decirlo: el muchacho lo está haciendo bien.

—Quién… —mi voz no se escuchó como mi voz, mi garganta ardía, era casi como si hubiese estado mucho tiempo sin hablar, aun así, me las arreglé para preguntar—. ¿Quién es usted? —El rostro del hombre perdió color, como si acabara de ver a un puto fantasma.

—¿Elizabeth? —Se acercó a la cama sujetando mi muñeca, como si estuviera tomándome el pulso—. Dios mío. —Su mirada volvió a mí—. Llamaré al doctor, no te duermas… —dijo antes de salir de la habitación como alma que lleva el diablo.

De ahí en adelante, todo había sido una sucesión de eventos que parecía una jodida película de terror. Un hombre que nunca había

visto en mi vida se hacía llamar mi esposo. Además, decía que teníamos un bebé.

Siempre tuve claro que no quería tener hijos, era una responsabilidad muy grande, y somos mortales, nada garantizaba que yo iba estar siempre para ese bebé, tal como mi madre que me abandonó cuando apenas dejaba el pañal.

Los niños no eran para mí.

Nada me haría cambiar de opinión.

Todo era absurdo, era como si me hubiera despertado en una dimensión diferente. Afortunadamente, cuando estaba a punto de enloquecer el rostro de Kim apareció en la habitación, arropándome en su abrazo, también vi a Jadeen, su nuevo novio.

El hombre que decía ser mi esposo desapareció y Kim se sentó a mi lado.

«—Gabriel es tu esposo, lo amas con locura, Matthew es tu bebé. Él no te miente, Gabriel y tú se conocieron en la fiesta de Halloween del 2021, él y Jadeen son hermanos, había llegado de Londres y tenía el corazón roto como tú, tuvieron buena química esa noche y fueron buenos amigos hasta hace un año que aceptaste ser su novia, dos meses después, ya vivían juntos. Un condón roto los hizo casarse.

—¿Casarnos por un condón roto?

—Lo amas, Lizzy, uno hace locuras como esa cuando está enamorado.»

El hombre salió con el bebé de lo que creía era el baño, lo miré, pero no sentí nada diferente por ese niño que por cualquier otro en especial.

Él se presentó de nuevo, volvió a decir que éramos esposos y trató de tranquilizarme cuando empecé a hiperventilar. No pude evitar sentir alivio cuando la enfermera entró en la habitación diciendo que tenía que llevarme. Agradecí a Dios que hubiera escuchado mis plegarias y me sacara de ese maldito manicomio.

—Hola, mi nombre es Elizabeth —dije sin saber cómo comenzar la conversación.

—Lo sé, señora Lautner.

—Oh, no, por favor, Soy Lizzy. Así me llaman mis amigos.

—Su esposo también la llama así. Es un buen hombre, estuvo todo el tiempo a su lado. Solo se separó de usted cuando le entregaron al bebé.

Saber que él había cuidado de mí y que yo no supiera quién era me hacía sentir culpable.

—No recuerdo haberme casado o enamorado de él.

—Su mente ha bloqueado ciertos recuerdos debido al trauma del accidente, pero con el tiempo y terapia podrá recuperarlos… —dijo con voz tranquila.

—¿Puedes decirme en qué año estamos? —pregunté con un nudo en la garganta. Se lo había preguntado a Kim, pero ella solía hacerme bromas, así que no estaba del todo convencida.

—Estamos en el dos mil veinticuatro.

¡Mierda, era cierto!

Inhalé con fuerza cuando entramos a una habitación.

—Necesito que se quede muy quieta. Vamos a tomar un par de imágenes. Luego la llevaré de vuelta a su habitación.

No supe cuánto tiempo duraron los exámenes. Pero Mientras la enfermera empujaba la camilla de regreso, solo podía observar las luces del techo, deseando poder cerrar los ojos y huir… A donde fuese, pero no ahí, con personas que no conocía.

Un gran alivio me invadió cuando entramos a la habitación y Kim estaba ahí. Me dio una gran sonrisa y esperó pacientemente a que colocaran la camilla en su lugar y la enfermera saliera, antes de venir y sentarse a un costado de la cama.

—Gabriel acaba de irse. Al parecer, no trajeron pañales suficientes y Matthew necesitaba un cambio. Dijo que volverá mañana. —Kim trataba de explicarme lo que pasó en mi ausencia. Suspiré—. Él también está afectado, creo que quería darte un poco de tiempo para que asimiles todo y…

—Kim —detuve su diatriba—, ¿puedes prestarme tu teléfono, por favor?

—¿Mi teléfono?

—Sí, tu teléfono.

Ella lo sacó de su bolsillo y me lo dio rápidamente. No pude evitar mirar la fecha y la hora.

—Dos mil veinticuatro.

—Sí, dos mil veinticuatro —su voz se me hizo lejana mientras marcaba los números que me sabía de memoria.

Un pitido… dos pitidos…

"Hola, soy Erick. Si no te respondo, puede ser que esté ocupado. Déjame tu número y te marco tan pronto como me sea posible…"

—Erick, soy…

Kim me quitó el teléfono de un zarpazo, dejándome un poco atontada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Se levantó de la cama y dio unos pasos, peinándose el cabello con las manos—. ¿Erick, Elizabeth? ¿El jodido Erick Wolf?

—Es mi novio… yo…

—¡Es tu exnovio, Lizzy! Han pasado tres malditos años. ¡Tienes un esposo que te ama!

—¡Un esposo que no recuerdo! ¡Un bebé que no reconozco como mío! Esta no es mi vida, Kimberly… —La desesperación en mi voz hizo que gruesas lagrimas corrieran por mis mejillas—. Quiero mi vida de regreso.

Capítulo 14

Recuerdos robados

«A veces no conoces el verdadero valor de un momento hasta que se convierte en memoria».
Dr. Seuss.

Gabriel.

Estábamos a punto de salir del estacionamiento cuando Matthew empezó a llorar. Mi madre intentó calmarlo, pero fue en vano.

—Ya, campeón, llegaremos pronto a casa y podrás dormir la siesta en tu cuna —dije, mirando a mi madre arrullarlo—. Ma, busca al Señor Bee.

El Señor Bee, era una ovejita de peluche que Lizzy compró luego de decirme del embarazo. La había dejado en su cuna desde que llegó a casa; misteriosamente, esa oveja lo calmaba. Quizás por eso lo agarró esta mañana junto con la cobija, porque yo necesitaba tranquilizarme también.

—No está aquí, hijo.

—¿Todo en orden? —Mi padre detuvo su auto justo al lado del mío.

—¿Sacaste la ovejita de la pañalera cuando estábamos en el hospital?

—Creo que sí, hijo.

Dios mío…

—Tenemos que volver al hospital —dije, virando el volante hasta llegar a donde había dejado el auto estacionado—. Ya regreso.

Prácticamente corrí de vuelta a la habitación. La puerta estaba cerrada, y escuché la voz de Lizzy desde el interior.

—Es mi novio…

—¡Es tu exnovio, Elizabeth! Han pasado tres malditos años. Tienes un esposo que te ama.

Esperé una respuesta, una palabra, una duda… pero lo que escuché a continuación me partió en dos.

—¡Un esposo que no recuerdo! ¡Un bebé que no reconozco como mío! Esta no es mi vida Kimberly… Quiero mi vida de regreso

Si alguien me hubiera sacado el corazón y le hubiera clavado un puñal, me habría dolido menos. Elizabeth no me recordaba, no recordaba nuestro amor, nuestra historia, nuestra vida juntos. No recordaba haber llevado a nuestro hijo en su vientre.

Ella había vuelto al pasado. Un pasado donde ni Matthew ni yo existíamos.

Me recosté sobre la pared, respirando profundamente, aferrándome a los recuerdos felices para intentar adormecer las palabras dichas sin una pizca de compasión.

Ahora más que nunca tenía que ser fuerte.

No podía rendirme.

No ahora.

No cuando ella me necesitaba, aunque no lo supiera.

Pero, joder, dolía, dolía tanto que me sentía ardiendo en carne viva.

Volví al auto en una especie de trance, sintiéndome frío por dentro, aunque por fuera me estaba quemando.

—¿Y la oveja? —preguntó mi madre cuando me subí al asiento del piloto.

—Mamá… —Tragué el nudo en mi garganta—. Tenías razón, yo no estoy bien. ¿Pueden tú y papá llevarse a Matthew a casa por unas horas?

—¿Adónde vas, Gabs? —dijo mi madre, arrullando entre sus brazos a un Matthew sollozante—. Le diré a Jadeen que busque la oveja.

—Yo necesito unos minutos solo. Lejos del hospital, lejos de Matthew. Necesito organizar mi cabeza… Solo serán unas horas.

Ella asintió bajándose del coche.

Conduje como un maniático, las duras palabras de Lizzy mezclándose con los recuerdos que habíamos construido: el día en que nos conocimos… Teníamos disfraces a juego sin siquiera conocernos, «era el destino», había dicho Mel cuando nos vio disfrazados, yo era el Joker y ella la hermosa Harley Queen.

Detuve el auto en Carson Beach y caminé hasta la arena, sentándome de manera que pudiera ver el horizonte y el atardecer. Intenté palear el dolor, sacudiéndolo con los buenos recuerdos. Pensé en el día en que nos conocimos, en su risa espontánea, en la forma en que su cabello se movía con el viento. Pensé en las noches en las que nos quedamos despiertos hablando de todo y de nada.

Recordé la primera vez que la vi reír de verdad. No la risa superficial que solía mostrar en público, sino una genuina, con los ojos entrecerrados y la cabeza echada hacia atrás. Fue en una playa como esta, después de que la convenciera de mojarse los pies. Ella detestaba la arena, pero esa vez no le importó.

Recordé el momento en que me dijo «te amo» por primera vez, sin darme cuenta de lo mucho que esas palabras significaban para mí.

Y ahora… Ahora era una extraña para mí.

O peor aún, yo era un extraño para ella.

El cielo comenzaba a oscurecerse, anunciando el atardecer. Me dejé caer hacia atrás, sintiendo la arena fría bajo mis dedos.

Cerré los ojos y me permití sentir una fuerza que no sabía que tenía. Recostado en la playa, me perdí entre los recuerdos hasta que se hizo de noche. Quizás ella no me recordaba, pero yo recordaba cada maldito instante junto a ella. Y no pensaba rendirme sin luchar.

Con esa nueva resolución, me levanté de la playa y conduje de vuelta a casa de mis padres. Pasé la noche con ellos y con Jadeen.

Mel se tuvo que ir temprano porque necesitaba cenar con su esposo e hijos. Kim se ofreció a quedarse con Elizabeth esa noche y era lo mejor para ella estar con una persona en la que confiara. Mamá se quedaría con Matthew hasta que saliera del trabajo. Entonces iríamos al hospital a recuperar a la mujer que amábamos.

Capítulo 15

Un llanto desconocido

«A veces, el amor de tu vida llega después del error de tu vida».
Pablo Neruda.

Elizabeth.

—Mi nombre es Elizabeth Hoffman, tengo treinta años. Estamos en dos mil veinticuatro, no en dos mil veintiunos —repetí en voz baja. Alcé la cabeza y miré a Kimberly, que estaba de pie frente a mí.

—Mi esposo se llama Gabriel Lautner. Nos casamos por lo civil hace varios meses, cuando supimos que estaba embarazada; la boda por la iglesia está planeada para dentro de cuatro meses. El bebé se llama Matthew.

»Gabriel es hermano de Jadeen y de Melanie, sus padres son Gabriel Senior y Karen… —Respiré profundamente en un intento de calmar mis latidos—. Nos conocimos en la fiesta de brujas que la fraternidad de Jadeen organizó para recaudar fondos. Yo no quería ir, pero me obligaste porque Erick y yo habíamos terminado hacía unos meses, ya que él jamás dejó de salir con chicas que contactaba por Tinder.

—Exactamente. Repite conmigo: Erick es un conocido, pero no sé a cuántas les ha metido el pito —dijo Kim, haciéndome carcajear.

La puerta se abrió y el hombre de ayer, Gabriel, entró con una sillita de bebé.

—Hola —dijo con discreción.

Giré el rostro lentamente, evaluándolo. Era guapísimo: tenía el cabello castaño, los ojos azules, casi grises; era alto, tenía un cuerpo ejercitado y la sombra de barba lo hacía ver increíblemente sexi.

«Un punto extra para la Lizzy del futuro», digo para mí.

—Hola —le respondí con timidez.

—Bueno, creo que debería ir a casa a bañarme y comer. Las barritas de granola de la máquina expendedora no son suficientes.

Quise decirle a Kim que no me dejara, pero quería recuperar mi vida y la mejor manera era haciendo cosas que normalmente hacía, se suponía que este hombre era mi esposo. Yo había estado casi dos años con él antes de darle el «sí» lo que significaba que vivíamos juntos, en cuanto más rápido me acostumbrara a mi rutina sería mejor.

Al menos lo intentaría.

Él avanzó con cautela, dejó una pañalera sobre una mesa y luego se sentó en la silla.

—¿Cómo estás? —preguntó, rompiendo el hielo.

—No sé cómo responder a esa pregunta. —Peiné mi cabello hacia atrás.

Dejó la sillita en el suelo, al lado de la silla, y no pude evitar que mi mirada cayera en el bebé, que dormía tranquilamente. Tenía un pequeño puchero y las manos cerradas en puño.

—Entiendo… No debe ser sencillo para ti —dijo, moviendo las manos nerviosamente—. Pero voy a ser paciente, si eso es lo que tú quieres…

—El médico vino hoy —hice una pausa y mi mirada se posó en él —. Dijo que, con terapia, quizás recupere mis recuerdos.

—Eso es bueno…

El bebé gimió; sus bracitos se removieron mientras se reacomodaba. Nuevamente mi mirada cayó sobre él cuando Gabriel lo sacó de la sillita para acunarlo entre sus brazos.

—Tranquilo, campeón, papá está aquí —murmuró, arrullándolo. Nuestras miradas se encontraron unos segundos antes de que el hablara—. ¿Quieres… cargarlo? —preguntó, acercándose un poco más.

—No —mi respuesta fue inmediata, como si me hubiera dicho que sostuviera una granada sin espoleta.

—¿Por qué no? —No había reproche en su voz, pero sí una gran decepción.

—Porque no lo sé…

Cerró los ojos un segundo y respiró profundamente.

—No quiero presionarte, pero Matty… es tu hijo, Lizzy. Necesita a su mamá.

—Lo sé —contesté rápidamente, con la voz temblorosa—. Sé que es mío. Me lo han dicho una y otra vez. Pero… ¿Cómo puede serlo si no lo recuerdo? —Mi respiración se aceleró; las palabras comenzaron a atropellarse en mi boca mientras mis ojos se llenaban de lágrimas —. No recuerdo haber estado embarazada… ni siquiera recuerdo haber querido tener hijos. —Un sollozo se escapó de mis labios—. Y ahora todos esperan que lo mire y sienta… algo. Que lo cargue y, como por arte de magia, me convierta en su madre. —Mi voz se quebró por completo—. Pero, Gabriel… yo no sé cómo hacerlo. Estoy haciendo un intento, pero no sé cómo ser la persona que todos esperan que sea. No sé cómo ser la Elizabeth con la que tú te casaste… y yo… yo ni siquiera sé quién soy ahora.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, él se apresuró a acercarse. No dudó ni un segundo en tirar de mí, envolverme con uno de sus brazos fuertes, presionando mi rostro contra su pecho como si quisiera protegerme, como si pudiera evitar que toda la situación me rompiera en pedazos.

Y yo lo dejé.

Me dejé sostener, mientras él susurraba que sería paciente, que estaría para mí y que me protegería, que no estaba sola, y le creí, no supe por qué, pero lo hice, quizá era mi desesperación, quizá que la vida que recordaba ya no estaba, quizá porque sentía que mi vida se escapaba de mis manos y necesitaba sentirme aferrada a algo.

Capítulo 16

Una vida nueva

«No es la carne y la sangre, sino el corazón,
lo que nos hace padres e hijos».
Schiller.

Gabriel

—No sé si puedo ser madre —murmuró Elizabeth, después de unos minutos en silencio.

A pesar de lo mucho que me dolía su declaración la entendía. Miré a mi hijo dormido entre mis brazos, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo. Le había dicho la verdad a Lizzy, sería paciente, por ella, por él, aunque mi corazón se fracturara cada día, no la abandonaría.

—No tienes que forzarte —dije finalmente, separándome—. Nadie espera que lo hagas de inmediato.

—Tú sí lo esperas —masculló contra mi ropa.

—Espero que me dejes ayudarte, que me dejes estar ahí para ti.

Ella se separó de mí y mi mano acarició su mejilla y no pude evitar sentirme feliz cuando no me rechazó. Para mí, era un avance.

—Matthew es tu bebé. Estuvo dentro de ti, le cantaste cada noche, lo amaste desde que era un conjunto de células. Lo amas, solo que no puedes recordar ese amor.

—¿Y si no lo recuerdo nunca…?

El miedo latió en mi interior. Dejé caer la mano de su mejilla, mis ojos se empañaron, pero me negaba a llorar. Tenía que ser fuerte.

—Si nunca vuelves a ser la misma… —Mi voz se cortó y tragué el nudo que obstaculizaba mi garganta—. Entonces aprenderé a amarte cómo eres ahora.

Una lágrima recorrió su pómulo y la atrapé justo antes de que cayera.

—Y juntos encontraremos una forma de ser padres… No es como si tuvieras que hacerlo de inmediato. Nadie sabe cómo ser padres al principio. Yo tampoco sabía cómo serlo, cómo cuidar de él.

—¿En serio? —preguntó, sorprendida.

—Pensé que, si lo cargaba mal, se iba a romper…

Ella tragó saliva y miró a nuestro hijo de nuevo.

—Yo… sé que debería amarlo.

—No —la interrumpí con suavidad—. No es algo que «debas» hacer. Los sentimientos no funcionan así. Pero puedes darle una oportunidad, conocerlo, conocernos. Mientras recuerdas lo que éramos.

Ella se quedó en silencio. Su mano intentó tocarlo, pero se arrepintió antes de hacerlo.

—Tengo miedo… —murmuró, apretando su mano en un puño.

—Yo estoy aquí, a tu lado. Llenaré los vacíos si así lo quieres. Te contaré nuestra historia si me das la oportunidad.

Ella asintió, con su mirada fija en nuestro bebé.

—Él parece frágil.

—Lo es. Aunque aquí donde lo ves, Matthew es todo un guerrero. Nació ocho semanas antes de lo previsto, pero se aferró a la vida como un luchador… como tú lo hiciste.

—No me siento como una guerrera. Me siento más bien como si una tormenta hubiera pasado sobre mí. —Ambos sonreímos—. ¿Qué nos pasó?

—Un irresponsable nos chocó hace un par de meses. Tú llevaste la peor parte de todo esto, pero el hijo de puta ya está en prisión y espero que su tiempo encerrado le haga reflexionar.

Ella pareció pensativa durante un pequeño lapso de tiempo

—Creo que los dos llevamos la misma parte. —Estiró la mano de nuevo, rozando con la yema de los dedos la piernita de Matthew. Contuve la respiración, sin querer interrumpir su momento—. Tú también sufriste, mientras yo dormía… —Hizo una pausa sin dejar de acariciar al bebé—. Voy a sostenerlo. No hoy, ni mañana… pero lo haré. Es un bebé precioso, y tienes razón en algo: estuvo dentro de mí y lo amé.

No intenté convencerla. No la presioné. Solo asentí, respetando su ritmo, porque esto no era algo que pudiera forzarse.

—No hay prisa… Cuando estés lista, estaremos aquí.

Un paso a la vez.

Capítulo 17

Un paso a la vez

«No es necesario que veas la escalera completa, solo da el primer paso».
M. Luther King.

Elizabeth

Los días siguieron su curso. Mel, la hermana de Gabriel, me acompañaba por las mañanas; aprovechaba que su hijo iba al colegio. Ella era divertida, simpática y me caía muy bien, podía ver que realmente éramos amigas, ya que teníamos muchas cosas en común. Kim, Jadeen o el señor Lautner se turnaban para estar conmigo por la noche, mientras que Gabriel y Matthew me hacían compañía por la tarde.

A pesar de las pruebas médicas, las sesiones con los especialistas, la terapia física para que mis músculos agarrotados recuperaran flexibilidad y las preguntas constantes de las enfermeras, mi mente estaba atrapada en un limbo. No recordaba a Gabriel ni a Matthew, pero tampoco podía negar que había algo en ellos que me inquietaba… que me hacía querer intentarlo.

Seguía sin cargar al bebé. Cada día que pasaba, veía cómo Gabriel lo adoraba: atendía todas sus necesidades, cambiaba pañales sucios, preparaba biberones y lo arrullaba hasta que se quedaba dormido. Matthew era un bebé silencioso, casi no lloraba y dormía casi toda la tarde.

Llamé a Erick una noche en que le rogué a Kim por un poco de café y salió de la habitación dejando su celular cargando. Me contestó una chica, Emily. Me dijo que ella y Erick llevaban seis meses juntos. Colgué.

Fue el día en que me di cuenta de que la vida que yo recordaba ya no era la mía.

Todos habíamos seguido un camino diferente.

El día que me dieron de alta, Kim llegó por la mañana. Conocí a Kim en el trabajo e hicimos *clic* desde el comienzo. Gabriel llegó al medio día, trayendo con él una maleta llena de ropa.

Reconocí un par de camisas, pero lo demás me era completamente ajeno a mí. Sin embargo, escogí un bonito vestido y Kim trenzó mi cabello. Cuando me giré, vi la mueca de preocupación en su rostro.

—Estoy bien, Kim —dije, tomando su mano.

—¿Estás segura de ir con Gabs? Digo, es tu esposo y sé que te ama, pero quiero que estés bien. Puedes quedarte unos días en mi casa hasta que estés lista.

—El doctor Callaham dice que, entre más rápido vuelva a la rutina, mis recuerdos volverán.

Gabriel estaba en la puerta de la habitación. Aunque parecía estar revisando algo en su celular, era consciente de que estaba escuchando nuestra conversación. Cuando el doctor Callaham me dijo que me darían de alta, pensé mucho si ir con él o no hacerlo. A pesar de que estaba en la habitación, no dijo ni una sola palabra. Solo estaba ahí, con la misma mirada paciente con la que me había observado las últimas dos semanas.

Fue una de las razones por las que decidí ir con él: enfrentarme al miedo que me producía salir de estas paredes hacia una vida que no reconocía.

—Esa es mi amiga valiente. —Kim me dio un abrazo fuerte.

De reojo, vi a Gabriel soltar un suspiro. Esta vez Matthew no estaba con él.

Y era la primera vez que lo veía sin el bebé.

—Estoy lista —dije, mirándolo.

Me dio una sonrisa suave y asintió antes de entrar a la habitación. Tomó la maleta con las cosas que había acumulado en los casi tres meses que estuve en el hospital.

Me despedí de Kim y tomé la mano que Gabriel me estaba ofreciendo. Su tacto era cálido y tierno; mi cuerpo vibró cuando entrelazó nuestros dedos, apretando mi mano.

El viaje hasta la casa de Gabriel transcurrió en silencio. No sabía qué decir y él tampoco parecía querer forzar una conversación. Se detuvo frente a una bonita casa de dos plantas, pintada de blanco, con cerca de madera y un columpio en el porche.

—Bienvenida… —Se bajó del coche y rodeó el auto para abrirme la puerta. Tomó la maleta y caminó hacia la casa—. Matthew está en casa de mis padres, van a traerlo más tarde. Pensé que querrías estar sola, al menos unas horas.

No sé qué esperaba del hogar que compartíamos, pero la casa era acogedora. Cada cosa parecía estar en su lugar. Miré alrededor, tratando de encontrar algo que despertara algún recuerdo.

Nada.

—Puedes tomarte tu tiempo —dijo Gabriel, como si leyera mis pensamientos.

Me giré hacia él.

—¿Cómo era yo antes del accidente? —Había querido hacer esa pregunta desde hacía días, pero siempre me arrepentía.

—Eras fuerte. Decidida. Un poco terca a veces… —le enumeré, y una sonrisa apareció en su rostro—, pero siempre apasionada con lo que hacías. Ven, déjame mostrarte la casa.

Hicimos un pequeño recorrido por la planta baja: una cocina bien equipada, un baño social y la sala. Luego subimos al segundo piso.

—Esta es nuestra habitación —murmuró con voz contrita.

No pude evitar tensarme al ver la cama doble.

—Me quedaré en la habitación de huéspedes —dijo, y creo que pudo ver el alivio en mi rostro—. Vamos, te enseño la habitación de Matthew.

La habitación del bebé estaba al lado de la mía.

—Tú decoraste cada rincón de este cuarto.

Paseé por toda la habitación, viendo los murales en las paredes y repasando con las yemas de mis dedos cada rincón.

—Lo siento… —susurré, con un nudo en la garganta—. Nada de esto me resulta familiar.

Gabriel volvió a sonreír, una sonrisa triste.

—No tienes que forzarte —dijo con suavidad—. No esperaba que recordaras todo al llegar, como por arte de magia. —Colocó su mano

en mi hombro—. Bajemos.

Lo acompañé hasta el primer piso. La casa estaba limpia, impoluta. Recorrí cada espacio en la sala, notando cosas que no había visto en la excursión anterior: una vela con olor a lavanda, que era mi aroma favorito. Estaba a medio usar porque tenía la mala costumbre de dejar de encenderlas cuando estaban a punto de acabarse.

Caminé hacia una pared donde había muchas fotos colgadas. En todas me veía feliz. La última foto era una ecografía; el marco tenía una leyenda y reconocí mi letra rápidamente: *"**Te esperamos, pastelito**"*.

La manta que mi abuela me había regalado cuando me fui a la universidad, aquella que había pasado varias noches tejiendo, y con la que me gustaba envolverme cuando hacía frío, estaba doblada con cuidado en el brazo del sofá.

Quería recordar. Pero, aparte de esas dos cosas, nada me parecía familiar hasta el momento.

Capítulo 18

Casa u hogar

«No existe una casa tan mala que no pueda convertirse en algo que merezca la pena».
Elsie de Wolfe.

Gabriel

La observé desde la cocina, intentando de que no se diese cuenta de que estaba al tanto de cada uno de sus movimientos. Tomó la vela de la mesa de centro, se la llevó a su nariz y sonriendo inhaló el aroma a lavanda. Pensé en comprar una nueva para cuando ella llegara, pero recordé que amaba dejarlas a medio usar.

Dejó la vela en su lugar y caminó hacia la mesa, la pared de fotos a un costado, había sido su idea que la hiciéramos, la primera foto era del día que nos conocimos, ambos vestidos del Joker y su novia, la siguiente había sido de nuestro primer viaje juntos a Florida. El cielo detrás de nosotros se difuminaba en tonos rojizos mientras atardecía, estábamos en la playa, con amplias sonrisas y lentes de sol.

Llevó la mano hacia la foto y tocó su cabello. Antes de pasar a la siguiente. Nuestra boda.

Había sido totalmente improvisada, una ceremonia en el jardín en la casa de mis padres, muy pequeña, porque nos casaríamos por la iglesia después de que naciera el bebé. Haríamos una boda grande e invitaríamos a toda mi familia, mis primos y tíos Vivian en chicago, no sabía si esa boda aun sucedería.

La siguiente no era una fotografía como tal, era una de las primeras ecografías de Matthew.

El resto de fotos eran de ella o mías haciendo tontadas.

«Recuerda algo, por favor…», supliqué mentalmente.

Sus ojos se abrieron al ver la manta de su abuela sobre el sofá.

Tomé la botella de agua con gas del refrigerador y caminé de vuelta a la sala, Elizabeth se había sentado sobre el sofá y tenía la

cobija en sus piernas. Le tendí la botella y ella la miró con una sonrisa.

—Esta es mi favorita, como…

—Estamos casados, antes de eso vivimos juntos un par de meses, sé que te gusta y que no, así que intenté que hubiese todo lo que te gusta. —Destapó la botella y se la llevó a la boca para tomar el primer sorbo.

La imité con mi botella de cerveza.

—Gabriel, ¿si te hago preguntas de mi vida, me contestarás con toda la verdad, aunque te perjudique?

—Lo haré, puedes confiar en ello.

—¿Cómo éramos nosotros? ¿Cómo éramos aquí?

—Nosotros éramos felices, teníamos una rutina. Siempre bromeaba con que éramos como dos piezas de rompecabezas, encajábamos bien.

—¿Me embaracé para atraparte?

Negué con una sonrisa.

—No, para nada, eso fue más bien mi culpa, fuimos a una fiesta y estábamos completamente ebrios, cuando llegamos a la casa, estábamos desesperados por llegar a la alcoba. Rasgué el condón mientras lo abría, pero no me di cuenta si no hasta el día siguiente.

—¿No me puse como loca? ¿Digo, no salí corriendo a comprar una pastilla para el día después? Estábamos a tiempo no.

—¿Y matar a nuestro hijo? —mi voz fue más hostil de lo que pretendía.

—Yo no quiero hijos… No quería hijos. —indicó a la defensiva.

Respiré profundamente intentando entender su arrebato. —Lo sé. Tu deseo no era tener hijos, pero no querías que nuestro muriera.

Ella guardó silencio por un par de minutos.

—¿Y cómo pareja? ¿Cómo éramos como pareja?

Estaba a punto de contestarle cuando la puerta se abrió y mamá entró con Matthew en brazos.

—Ya están aquí —dijo mi madre mirando a papá.

El cuerpo de Lizzy se puso tan tenso como las cuerdas de un violín.

—Oh, cariño, bienvenida a casa —dijo mi madre con calidez.

Matthew dormía plácidamente en su pecho.

—¿Quieres alzarlo unos minutos? —preguntó mamá.

El ambiente en la sala se congeló, la mirada de Elizabeth recorrió la sala antes bajarla a sus pies.

«Vamos amor, cárgalo, es nuestro bebé»

Al final negó con la cabeza.

—Lo siento… me duele la cabeza…

Cerré los ojos sintiendo la desilusión recorrer mi cuerpo.

—Necesito ir a mi habitación. ¿Les molesta si los dejo solos? —dijo ella levantándose del sofá.

—¿Te acompaño? —pregunté, dejando mi cerveza en la mesa auxiliar.

—Yo puedo sola.

La vi subir las escaleras con lentitud y no pude evitar dejar escapar un poco de la frustración que me carcomía por dentro. Afortunadamente la terapia diaria había logrado su objetivo y era por ello que Elizabeth estaba caminando. Aun así, Llevé las manos a mis cabellos, estaba demasiado cansado con toda la situación.

—Tienes que darle tiempo… y espacio, hijo. Ella volverá a ti —declaró mi padre, una vez estuvimos solos.

Lo único que me mantenía conectado a la tierra, era saber que ella recuperaría sus recuerdos tarde o temprano.

Capítulo 19

Empezar desde cero

«La vida es una especie de bicicleta. Si quieres mantener el equilibrio, pedalea hacia delante».
Albert Einstein.

Elizabeth

Los días empezaron a transcurrir rápidamente, pasaba horas en la mañana eligiendo la ropa que me pondría, sin reconocerme en ninguna. Una fisioterapeuta venia día de por medio para continuar con mis terapias. Gabriel estaba en casa, se hacía cargo del bebé y de algunas cosas. Karen nos mandaba la cena. Kim había traído algunos libros, pero mis favoritos estaban en la oficina del que supuestamente era mi esposo.

Pasaba la mayor parte del día en la habitación, leyendo sentada en el alféizar de la ventana, mirando hacia afuera. Cuando no iba al hospital a mi consulta con la psicóloga, cerraba los ojos intentando recordar, aunque fuese algo minúsculo, algo que me hiciera sentir en casa.

Pero el día se hacía noche y la noche se hacía día, y yo seguía en blanco sobre los últimos tres años de mi vida.

Cuando el bebé no lo ocupaba y no estaba trabajando, Gabriel intentaba que viera fotos y videos con la esperanza de que algo me resultara familiar. Los primeros días acepté, podía verme en cada fotografía, podía verme feliz a su lado, pero no podía sentirlo. O, más bien, no podía sentirla a ella, a la Elizabeth que había sido, a la Elizabeth de Gabriel, así que dejé de hacerlo.

Me sentía como un espectador en mi propia vida, como si estuviera habitando un espacio que no me pertenecía del todo.

Por las noches, escuchaba al bebé llorar, pero no me movía de la cama, Había aceptado que era mi hijo, la cicatriz en mi vientre bajo, era un recordatorio constante, mis pechos habían crecido, aunque había dejado de producir leche materna debido a los medicamentos

que me suministraron mientras estuve en coma. Escuchaba los pasos de Gabriel dirigirse hacia él. En algunas ocasiones, cuando estábamos en una misma habitación, podía ver cómo para él era natural alzarlo, calmarlo, darle de comer.

Gabriel era atento, amable, paciente, tierno, y una parte de mí sabía que alguna vez lo había amado. Lo sabía porque mi cuerpo no lo rechazaba, porque su presencia no me incomodaba. Pero amar no era solo reconocer a alguien con la piel… era sentirlo en el alma.

Y mi alma caminaba en penumbras.

Quizá no lo recordaba, pero era un buen hombre, eso podía reconocerlo, a pesar de estar junto a él hacía unas pocas semanas.

Una mañana Gabriel no pudo llevarme a la sesión con la terapeuta debido a una reunión virtual de último minuto. Entonces Karen se ofreció a llevarme, cuando salimos de la consulta le pedí que me llevara a un lugar sin hacer preguntas, aunque pareció pensarlo por unos minutos al final accedió.

Llegamos rápidamente a la casa donde había pasado los últimos dos años de mi vida, al menos los dos últimos que recordaba. Karen insistió en acompañarme, pero necesitaba hacer esto sola.

Caminé por el sendero de la entrada hasta llegar a la puerta, dudé en tocar, pero al final lo hice. Se escucharon voces y luego pasos, antes de que la puerta se abriera y Erick apareciera con solo un pantalón de chándal, sonreí, al fin un rostro que me resultaba familiar además del de Kim y su novio.

Erick se vio levemente sorprendido, pero su expresión cambio rápidamente; al dedicarme esa sonrisa que tanto amaba.

—Vaya, vaya… —dijo atónito. Su voz era la misma, ese tono arrogante y encantador a la vez—. ¿Qué tenemos aquí?

Antes de que pudiera decir algo, su mano colocó un mechón de mi cabello tras mi oreja. Un gesto íntimo, como si nunca hubiéramos dejado de vernos, sin embargo, algo en mi interior se retorció, de repente, empecé a sentirme nerviosa, una voz en mi memoria me gritaba que no tenía nada que hacer ahí.

—Hola, Erick. ¿Puedo pasar? Necesito hablar contigo.

Él miró hacia adentro y luego salió cerrando la puerta.

—Está un poco sucio, preciosa —dijo con una sonrisa ladina. Entrecerré los ojos, pero siguió con la misma sonrisa—. ¿Te aburriste del imbécil?

—Gabriel. —La mención de su nombre hizo que la boca me supiera a hiel y el anillo en mi dedo se sintió pesado—. Sigo con él.

—Ya veo. —Se recostó sobre la puerta—. ¿Entonces qué haces aquí?

Tragué el nudo en mi garganta.

—Necesito saber una cosa. —Mi mente era un rompecabezas con piezas faltantes. Piezas que necesitaba urgentemente encontrar—. ¿Qué nos pasó? —interrogué con la esperanza de poder encontrar esas piezas. La expresión en su rostro se suavizó—. Tengo amnesia, Erick —declaré rápidamente.

La mano de Erick buscó la mía, entrelazando nuestros dedos antes de acercarse a mí.

—Oh, nena… —Su mano libre acarició mi mejilla—. Tú y yo nunca debimos separarnos, todo fue un malentendido, yo siempre te amé y tú me amabas… Fue ese imbécil quien se interpuso entre los dos —farfulló entre dientes—. Lo único que he querido este tiempo es que vuelvas a mí, Eli. —Sus palabras me envolvieron en un espiral cálido, por primera vez desde que desperté, me sentí como si estuviese pisando tierra firme. Erick tocó mi barbilla y su rostro bajó hasta que estuvo a centímetros del mío—. Podemos empezar de nuevo y… —Él iba a besarme y yo sentía que no podía moverme.

La puerta se abrió y él se apartó abruptamente.

—Bebé… ¿quién es? —Una mujer alta, morena, vestida solo con una toalla se materializó frente a nosotros.

A mi memoria llegaron recuerdos fugaces como especie de *flash back* de mi relación con Erick; las discusiones, una marca de labial en su camisa, un perfume que no era el mío en su chaqueta, mensajes comprometedores en su celular.

El silencio cayó espeso entre nosotros, siendo roto abruptamente por la mujer.

—Hola, soy Leyla —dijo extendiendo su mano—. Soy la novia de Erick.

Una especie de escalofrió recorrió mi columna, entonces recordé la llamada que hice desde el celular de Kim.

—Tu novia se llama Emily —dije antes de poder detenerme. Los ojos de Erick se abrieron con premura, mientras la mujer nos observaba desconcertada

—¿Emily? —dijo mirando a Erick—. Se supone que ibas a terminar con ella —masculló furiosa antes de dar media vuelta volviendo al interior de la vivienda.

—No sé qué hago aquí —susurré antes de empezar a caminar hacia la salida.

—Tenías preguntas…

La voz de Erick me hizo detener. Cerré los ojos y respiré hondo antes de negar con la cabeza.

—No son necesarias, ya entendí por qué terminamos —susurré para mí misma.

—No miento cuando digo que te amo, Elizabeth —dijo Erick.

Sus palabras se sintieron cómo rocas pesadas cayendo en mi interior, sin embargo, no me giré, ni regresé a él.

Comprendiendo que ese capítulo de mi vida no merecía la la pena reabrirlo.

Karen estaba en el celular cuando me subí al auto, terminó la llamada rápidamente sin decirme una sola palabra, cosa que agradecí. Mi cabeza era un tumulto de preguntas sin respuestas, pero tenía claro que mi relación con Erick se había terminado, porque me di cuenta de que él nunca iba a cambiar.

Una vez aparcamos en la casa, tomé la mano de Karen mirándola suplicante.

—Podemos no decirle a Gabriel adónde me llevaste —le supliqué con un nudo en la garganta.

Ella me miró con esos ojos tan idénticos a los de su hijo.

—¿Encontraste respuestas en ese lugar? —preguntó con cautela. Asentí—. ¿Volverás a ir?

Negué rápidamente.

—No tengo nada qué hacer en ese lugar —dije con determinación.

Fue el turno de Karen para asentir.

—Bien, si pregunta por qué nos demoramos, di que fuimos de paseo al parque que está en el hospital. —Inventó rápidamente una excusa creíble—. Lizzy, te quiero, eres como una hija más para mí.

—Gracias…

—No he terminado —me interrumpió. —Cuando Gabriel y tú se conocieron, él acababa de terminar una relación de años y nunca lo había visto tan triste, pero tú luz y tu amistad, lo ayudaron a salir adelante, fuiste como un faro encendido cuando él más te necesitaba creo que es hora que lo dejes ser tu faro o lo abandones. Pero no puedes estar con él a medias. —me aconsejó; abrió la puerta y salió del auto.

Me quedé unos segundos pensando en lo que había dicho.

****

Un par de semanas después del día en que fui a ver a Erick, desperté, y al salir de la habitación, me encontré a Karen en la cocina.

—Buenos días, querida. Siéntate, te serviré el desayuno.

No había vuelto a ver a Karen desde ese día, así que me sentí levemente incomoda con su presencia, tragué el nudo en mi garganta y me senté en la mesa que estaba en la cocina. Karen dejó frente a mí un plato con huevo, tocino y tostadas francesas.

—¿Café o jugo?

—Café, por favor —murmuré, sin querer molestarla demasiado.

Ella buscó dos tazas en la alacena y luego me tendió una.

—¿Dónde está Gabriel? —pregunté mientras ella servía dos tazas de café.

—Tuvo que atender una emergencia en el trabajo.

Algo debió reflejar mi rostro.

—Gabriel es abogado, querida. Trabaja para una empresa de arquitectura como parte del departamento legal. Al parecer hubo un inconveniente y tuvo que salir a solucionarlo, pero no te preocupes, te acompañaré hasta que él regrese. —Estiró su mano hacia la mía —. ¿Cómo estás?

Abrí la boca para hablar, pero el llanto del bebé la hizo levantarse de la silla.

—Dame un segundo, desayuna tranquila.

Karen salió de la cocina, pero unos segundos más tarde la escuché en el cuarto del bebé.

—Shh, pequeñito… ya estoy aquí. ¿Tuviste una pesadilla?

La voz de la madre de Gabriel era un murmullo cariñoso. Busqué el origen del sonido y encontré un monitor de bebé al lado de la estufa. Podía escuchar a Karen moverse de un lado a otro. El llanto se convirtió en sollozo rápidamente.

—Papá, está en el trabajo y mamá está desayunando. Mamá te ama mucho, pequeñito.

El bebé balbuceó y un nudo obstruyó mi garganta.

—Ella, pronto se va a enamorar de ti y no te va a querer soltar nunca. El amor necesita espacio y tiempo para florecer.

Cerré los ojos, fingiendo no haber escuchado nada. Cuando escuché los pasos de Karen, tomé el tocino aparentando que era lo más delicioso que había comido en mucho tiempo.

Entró con el bebé en brazos, sacó un biberón y lo preparó rápidamente, luego se sentó en la silla que había estado ocupando antes. El bebé succionó rápidamente de su biberón.

Por un instante, mi mirada se encontró con la suya. Tenía las mejillas redondas y un poco rojas, el cabello castaño, algo rizado, y se parecía mucho a Gabriel, aunque sus ojos eran exactamente iguales a los míos.

Karen le hablaba en susurros, derramando cada gota de amor sobre él, que la veía mientras tomaba su leche. Verlos me hacía preguntarme si sería capaz de sentir ese mismo amor algún día.

Y eso hacía que mi interior temblara de miedo.

Miedo por no ser suficiente.

Miedo de nunca poder amar al bebé, mi bebé.

Miedo a nunca volver a ser quien había sido.

Capítulo 20

Lazos

«Los brazos de una madre son más reconfortantes que los de cualquier otra persona».
Lady Di.

Elizabeth

Gabriel volvió al trabajo después de esa mañana a tiempo completo.

Cada día, Karen venía a casa, se hacía cargo del bebé, de las comidas y de la casa en general. Al principio intenté ayudarla, pero me di cuenta de que Karen Lautner era una fuerza de la naturaleza con la que era mejor no discutir.

Las semanas seguían pasando; pronto, mayo, se fue dándole paso a junio. Dejando una nueva rutina. Gabriel se iba al trabajo a las siete en punto y llegaba poco después de la una treinta, lo escuchaba todas las mañanas antes de que se fuera al trabajo, pero no salía de la habitación hasta que él ya no estuviera en casa. Entonces compartía el desayuno con Karen. La mujer tenía una calidez que, poco a poco, empecé a encontrar reconfortante. Inicialmente no hablábamos mucho, pero luego me di cuenta de que teníamos cosas en común: a ambas nos gustaban los libros de romance y las series de televisión de más de diez años, como Friends y The Big Bang Theory.

Como tenía una excedencia en el trabajo pasaba mucho tiempo en casa viendo de reojo la dinámica de Karen y Gabriel con Matthew, cada día que pasaba, observaba con mayor interés sus rutinas, lo alimentaban con paciencia cada cuatro horas, lo vestían de acuerdo con el clima y pasaban horas junto a él, estimulándolo con juegos o simplemente sosteniéndolo en posición de canguro.

Aún no sentía la conexión que seguramente Gabriel y él tenían y que yo debería sentir por ser su madre. Sin embargo, algo en mi interior estaba cambiando al punto de que ya podía distinguir su

llanto. Empezaba con un quejido, un mínimo lloriqueo que iba *in crescendo* cuando tenía hambre; un llanto fuerte y estridente cuando pasaba mucho tiempo solo en la habitación; un gemido lastimero cuando su pañal estaba húmedo; un llanto angustioso cuando tenía atrapado un gas, ese era el peor y, por último, un llanto con gritos incluidos cuando tenía sueño y no quería dormir.

Ni Gabriel ni Karen habían vuelto a insistir en que lo alzara, aunque podía ver el anhelo en el rostro de Gabriel cuando llegaba cansado del trabajo; y, aun así, se hacía tiempo para atender las necesidades del pequeño.

Estaba leyendo el último libro de una serie de fantasía y romance cuando Karen salió apresurada de la cocina. Cada día le preguntaba si necesitaba ayuda, pero ella siempre negaba con la cabeza y me enviaba fuera, aprovechando así ese tiempo para hacer un poco de yoga o sumergirme en la lectura.

—Necesito ir al supermercado. —Me avisó. Dejé el libro en la mesa y la miré a los ojos—. Solo me tomará unos minutos. Gabriel no tiene espárragos ni queso de cabra para acompañar el risotto.

—¿No puedes cocinar otra cosa?

—Cariño, hoy es el cumpleaños de Gabriel. Su comida favorita es y siempre será el risotto con espárragos; lo ha comido desde que era un niño, no voy a demorar nada.

—Puedes darme una lista de lo que necesitas y entonces iré… —esperaba que ella no notara el miedo que sentía de quedarme sola con el bebé, en una casa que no sentía como mia.

—Tranquila, son cosas que necesito escoger personalmente. —me dio una sonrisa. —estarás bien. Matthew está dormido, acabo de darle de comer y me aseguré de que no le quedara ni un gas. —dijo como si adivinara mis miedos —. Estaré de regreso en quince minutos como mucho. —Tomó su bolso y caminó hacia la puerta—. Por favor, no abras a nadie.

Asentí mientras escuchaba la puerta cerrarse.

Me dejé caer en el sofá, abrazándome a mí misma.

«Estarás bien, Lizzy, estarás bien».

El silencio en el lugar era completamente abrumador. Solo se escuchaba el leve tic-tac del reloj en la pared y el susurro lejano del

viento golpeando las ventanas. Por un instante sentí que un ataque de ansiedad me envolvía.

Cerré los ojos recordando los consejos que la psicóloga me había recomendado.

—Cinco cosas que puedo ver —musité en voz baja—. El libro, la taza de té, el reloj colgado en la pared, la ecografía de Matthew y mis medias de lana. —Inhalé de nuevo—. Tres cosas que puedo sentir: la alfombra bajo mis pies, la cobija de mi abuela, el libro que está en mis manos.

Poco a poco, el ataque fue cediendo hasta dejarme agotada en la silla. Inhalé y exhalé un par de veces más y, cuando por fin me sentí un poco más calmada, el llanto de Matthew llenó cada rincón de la casa.

Ese no era un llanto normal. Era como si algo le estuviese sucediendo. Mi cuerpo entero se tensó y caminé hacia la salida buscando a Karen, pero ella no se veía por ningún lado. Cada segundo que pasaba, el llanto se intensificaba mientras mi corazón latía con fuerza.

Antes de siquiera pensar en lo que debía hacer, subí las escaleras rápidamente y corrió hasta el cuarto de Matthew. Estaba acostado en su cuna, tenía su carita completamente enrojecida y sus manitas convertidas en puños.

Por un instante, me quedé paralizada mientras él lloraba sin cesar. Me arrepentí de no haber aceptado alzarlo las veces que Gabriel me lo pidió. Nunca había calmado a un bebé, pero tampoco podía dejarlo llorar hasta que Karen volviera.

Algo en su llanto hizo que mi interior se removiera con fuerza, como si despertara en mi un instinto primario, una urgencia que no podía ignorar. Temblorosa, estiré los brazos y lo levanté con cuidado, justo como había visto a Gabriel hacerlo. Una mano en su cabeza, la otra debajo de su trasero.

Era más liviano de lo que había imaginado. Su cuerpecito se acomodó rápidamente contra mí, buscando calor en mi pecho. Sin darme cuenta, empecé a tararear una canción en voz baja mientras lo arrullaba, como había visto a Gabriel hacerlo.

Close your eyes
Have no fear
The monster's gone
He's on the run and your daddy's here
Beautiful, beautiful, beautiful
Beautiful boy
Beautiful, beautiful, beautiful
Beautiful boy.

Before you go to sleep
Say a little prayer
Every day, in every way
It's getting better and better.

Beautiful, beautiful, beautiful
Beautiful boy
Beautiful, beautiful, beautiful
Beautiful boy[2].

Mathew dejó de llorar, poco a poco hasta permanecer en un leve sollozo.

Y, por primera vez, no me sentí tan ajena a él.

Miré a Matthew de nuevo. Sus ojitos húmedos, sus mejillas sonrojadas, le di un beso en la frente y él me recompensó con una sonrisa, una que llenó mi cuerpo de calidez.

No recordaba ser su madre, pero tal vez, solo tal vez… podía aprender a hacerlo.

Capítulo 21

Sombras de un ayer

«A veces, el corazón necesita perderse para poder encontrarse de nuevo».
Anónimo.

Gabriel

Habían pasado ocho semanas desde que Lizzy regresó a casa, o al menos su cuerpo lo hizo. Pasaba el día leyendo o viendo capítulos repetidos de Friends o cualquier otra serie. En el peor de los casos, se recluía en nuestra habitación, que ahora era solo suya.

Matthew y yo éramos casi invisibles para ella, aunque en ocasiones podía ver cómo lo observaba con curiosidad. Pero solo hacía eso: observar. Cuando intentaba hablarle de su vida, me interrumpía diciendo que tenía dolor de cabeza y se encerraba. No había nada que me rompiera más que saber que estábamos tan cerca, pero al mismo tiempo, a miles de kilómetros de distancia.

Eventualmente, tuve que volver al trabajo. Seguía en la oficina solo medio día; el resto trabajaba desde casa.

Había sido una semana dura.

Estacioné el coche mirando hacia la entrada de la casa.

—¡Feliz cumpleaños, Gabs! —murmuré, cerrando los ojos y recostándome en el asiento del auto.

Mi mente evocó los recuerdos de mi cumpleaños del año anterior. Lizzy y yo solo teníamos un par de meses de habernos mudado juntos. Tan pronto abrí la puerta, la encontré con el conjunto de lencería más *sexy* que había visto en mi vida.

El sonido de un claxon me sacó de mis recuerdos. Respiré profundamente, preparado para sonreír y ser el esposo más paciente por fuera, aunque por dentro sentía que me estaba desmoronando. Salí del auto y vi a mi madre caminar desde la otra calle con unas bolsas del supermercado en las manos.

Fruncí el ceño y caminé hacia ella rápidamente.

—Mamá, ¿dónde estabas? —pregunté, intentando mantener la calma.

—No tenías algunas cosas que necesitaba para la cena —respondió con tranquilidad.

—¿Dejaste a Elizabeth sola? ¿Con Matthew? —La desazón se filtró en mi voz.

No estaba listo para dejarla sola con el bebé. No aún.

—Solo fueron diez minutos, además Matty está dormido. Debes empezar a confiar en ella, pregonas que es su madre pero te haces cargo de cada necesidad de Matthew sin darle tiempo a ella de acercarse.

Pasé una mano por mi rostro, exasperado, antes de correr a la casa. Abrí la puerta esperando encontrar a Lizzy en la sala, pero al entrar, todo lo que encontré fue silencio. Dejé las llaves sobre la mesa y empecé a llamarla mientras subía las escaleras.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth!

El sonido de un sollozo ahogado me detuvo en seco.

—¡Maldita sea!

Mi corazón dio un vuelco cuando empujé la puerta del cuarto de Matthew. Lizzy estaba ahí, sentada en la mecedora con Matty en brazos mientras lo arrullaba. Lo observaba con una mezcla de miedo y dolor. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras nuestro hijo dormía.

—Eliz… —murmuré, entrando a la habitación con pasos lentos.

Ella levantó la mirada y vi en sus ojos un torbellino de emociones. Por un instante, pensé que ella había vuelto, que la mujer que amaba estaba regresando con nosotros.

Entonces, sus palabras me dieron un golpe de realidad justo en el pecho.

—Lo intento, pero… —susurró, sacudiendo la cabeza—. No lo recuerdo, no recuerdo nada… No recuerdo lo que sentí al llevarlo en mi vientre, no recuerdo haberlo dado a luz, ni si me sentía feliz por su llegada. Pero… lo siento. Aquí, dentro de mí. —Se llevó la mano al pecho, sobre su corazón—. Y me duele tanto no poder recordarlo. Me duele haberlo tratado como un extraño todos estos días… Es mi hijo, Gabriel.

Su voz rota, sus lágrimas, me hicieron caer de rodillas frente a ella. Mi mano se posó sobre la suya, que había tomado la manito de Matty.

—Él no recordará eso, no recordará que su mami no estuvo para él.

—Pero yo sí lo recordaré. —Sus lágrimas calaron hondo desgarrándome el alma. Respiré profundamente intentando ignorar el dolor punzante que toda esta situación me provocaba.

—Estás aquí ahora… —susurré con suavidad—. Estás aquí con él ahora y eso es lo que importa.

Ella miró nuevamente a Matthew y yo limpié sus mejillas y me levanté, sentía que necesitaba tiempo y estaba más que dispuesto a dárselo.

—Los dejaré solos. Estoy abajo si necesitas algo.

Asintió.

Quería creer que verlo en sus brazos, sentirlo, comenzaría a hacerla reaccionar.

Lizzy bajó a la sala media hora después de que abandoné la habitación de nuestro hijo. Tenía los ojos irritados y la nariz colorada. Mi madre le dio un abrazo fuerte, diciéndole palabras de aliento mientras ella asentía.

Lo que era una simple cena con mis padres, mi esposa y mis hermanos se volvió toda una celebración cuando Theo, mi mejor amigo, y Mia su esposa, llegaron acompañados de varios amigos más. Amigos que saludaron a Elizabeth con la misma efusividad de siempre, pero a ella le hizo sentir incómoda.

Estaba hablando con Theo cuando vi a Lizzy subir las escaleras. Pensé que había ido con Matthew, pero mi hijo estaba dormido en su cuna. Toqué la puerta de nuestra habitación y la empujé, encontrándola sentada en el alfeizar de la ventana, mirando hacia afuera con el monitor del bebé en la mano.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

—Ya estás dentro —dijo ella con una sonrisa.

Cerré la puerta y me senté sobre la cama, frente a ella.

—No pensé que esto se convertiría en una fiesta y te abrumaría tanto. Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No me abruma. Es la manera en la que todos me miran, como si esperaran que de repente recordara todo y volviera a ser la misma de antes —murmuró, frustrada.

—No tienes que ser la misma —le dije con honestidad—. Solo quiero que seas… lo que necesites ser ahora.

Ella bajó la mirada y jugó con el dobladillo de su suéter.

—Gracias por dejarme con Matty esta tarde —dijo en un susurro. Empecé negando con la cabeza, pero ella continuó—: Me gustaría poder acercarme más a él.

—Es lo que más deseo —argumenté rápidamente.

—Quiero ser la madre que él necesita —dijo con determinación. Sonreí, había esperado esas palabras—. Pero Gabriel, quiero ser totalmente sincera contigo —su voz se volvió un susurro. Asentí—. No sé si podré ser la Elizabeth que tú amabas.

Sus palabras se sintieron como un puñetazo en el estómago. Me dolieron, pero no podía culparla.

Aunque tampoco perdería la esperanza.

Capítulo 22

Perdido en tus recuerdos

«El amor no se encuentra, se construye. Día a día, elección tras elección».
Haruki Murakami.

Elizabeth

Transcurrieron tres meses desde que me dieron el alta en el hospital, tres meses desde que llegué a esta casa que supuestamente yo escogí y amé y que, al mismo tiempo, me es ajena.

Todo aquí me resultaba familiar y extraño a la vez. Las fotografías enmarcadas de mí sonriendo, abrazada a Gabriel. Rostros felices congelados en momentos que yo no recordaba. Cada día miraba esas imágenes con la esperanza de que algo despertara dentro de mí, pero lo único que sentía era vacío.

Como si estuviera viendo la vida de otra persona.

Lo que más me inquietaba no era la falta de recuerdos, sino la manera en que Gabriel me miraba. No había reproche en sus ojos, solo paciencia y algo más… algo que me hacía sentir expuesta. No importaba cuánto intentara evadirlo, él siempre estaba ahí, dispuesto a darme mi espacio, pero también asegurándose de que supiera que no estaba sola.

Mathew era diferente. Con él, todo fluía de manera más natural. Pasaba tiempo a su lado, observando cada uno de sus movimientos. Al principio, me costó un poco, pero teníamos más interacciones cada día que pasaba.

Le hablaba en voz baja cuando lloraba, acariciaba su cabecita con la yema de los dedos, le daba su biberón antes de dormir y, aunque aún sentía el peso de la culpa en mi conciencia por haberlo rechazado, cada vez que sus pequeñas manos se aferraban a las mías, sentía que, tal vez, aún tenía la oportunidad de ser su madre.

Y quería ser su madre.

Gabriel nunca presionó ese proceso. Me dejaba ir a mi ritmo, pero cuando se trataba de nuestra relación, era diferente.

Si se acercaba demasiado, si intentaba recordarme lo que habíamos sido, mi primera reacción era alejarme. No porque me desagradara, sino porque me aterraba la idea de sentir algo que no entendía.

Porque lo sentía. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Gabriel era atractivo, seguro, tenía un tono de voz ronco y *sexy*, que hacía que mi piel se estremeciera, y me miraba como si nada en este mundo importara más que yo.

Había momentos en los que lo observaba sin que se diera cuenta. Cuando se inclinaba sobre la cuna de Matthew y sus jodidos pantalones se ajustaban a su trasero como una segunda piel. O cuando se veía malditamente *sexy* al pasarse la mano por el cabello con frustración, o por la sonrisa que se tatuaba en su rostro cuando me veía con Matty.

Verlo cada día hacía que mi corazón empezara una carrera, una especie de calor se formaba en mi pecho y bajaba directamente a mi entrepierna.

No quería darle un nombre a lo que estaba sintiendo.

Estaba en la alfombra jugando con Matty y unos cubos cuando él llegó de su carrera matutina.

—Hola —me dedicó esa sonrisa que descargaba mil voltios en mi sexo—. ¿Ya se despertó el caballerito? —Se acostó junto a nosotros.

A pesar de que venía de correr, olía fantástico. Una mezcla de sudor y menta. Me perdí en los músculos de sus brazos, que se flexionaban gracias a la camiseta sin mangas, mientras jugaba con un peluche del bebé.

—¿Lizzy? —llamó mi atención y salí de mis pensamientos cuando movió su mano frente a mis ojos—. Estabas medio ida.

—Lo siento… Yo solo… ¿me decías algo?

—El próximo mes es tu cumpleaños.

—Lo sé, el dieciséis. Eso no lo olvidé. —Me senté y empecé a recoger los juguetes. Generalmente él bañaba a Matty luego de su carrera,

—¿Qué quieres hacer? —preguntó sin desatender al bebé.

—¿Qué iba a hacer la antigua Elizabeth? —pregunté, enfocando mi mirada en Matthew.

—Nada especial… —Había un toque de melancolía en su voz.

—Vamos, dime. Quizá me gusta su plan.

Él me miró por un par de minutos y acomodó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

—Iríamos a Hawái por nuestra luna de miel —me dijo por fin. Bajé la mirada sin saber qué decirle—. Íbamos a casarnos antes de tu cumpleaños, pero no te preocupes he cancelado todo y recuperado la inversión, así que ya pensaremos qué hacer.

Nos quedamos en silencio, el vacío fue llenado por los balbuceos de Matthew.

—Sal conmigo esta noche.

—¿¡Qué!?

—Déjame llevarte a cenar. Solo los dos.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría pasar un tiempo a solas contigo —respondió con sinceridad.

No sabía qué responder. No estaba lista para estar con él a solas.

—Sin presión, es solo una salida a comer, nada especial. Has estado encerrada en estas paredes desde que saliste del hospital y…

—Está bien.

No sé qué me impulsó a decir que sí, pero la sonrisa que me dio, hizo que valiera la pena y en ese momento supe que no había vuelta atrás.

Capítulo 23

Una primera vez

«El amor es un experimento en el que entras sin garantías. Las primeras citas son solo el comienzo del misterio».
Alain de Botton.

Pasé más de una hora eligiendo qué ponerme, modelando vestidos para Matthew, que descansaba sobre las almohadas de mi cama. Al final, opté por un vestido sencillo, tipo dama de honor, en color negro con cuello en V. Tenía la espalda descubierta, perfecto para una primera cita.

Me sentía nerviosa; aunque no era la primera vez que pasábamos tiempo juntos, sí era la primera en la que estaríamos completamente solos.

La puerta se abrió y el rostro de Karen apareció.

—Gabriel te espera, linda —murmuró sonriente—. Te ves preciosa, Elizabeth. —Caminó hacia la cama y tomó a Matthew en brazos—. Mamá y papá saldrán un rato, y la abuela hará galletas —murmuró, saliendo de la habitación con él en brazos.

Terminé de peinarme y respiré profundamente.

«Siempre puedo decirle si quiero regresar»

Gabriel me esperaba al pie de la escalera. Vestía un traje oscuro, sin corbata, y se veía tan jodidamente guapo que mi corazón dio un vuelco.

Me miró de arriba abajo, y vi cómo su mandíbula se tensaba antes de sonreír.

—Te ves hermosa.

No supe qué responder, así que desvié la mirada hacia Karen y le di un beso a Mathew.

El camino al restaurante transcurrió en silencio. Gabriel encendió la radio, y Taylor Swift llenó el ambiente.

Taylor era una de mis cantantes favoritas.

El restaurante era elegante, pero acogedor. La luz tenue creaba un ambiente íntimo y, durante la primera parte de la cena, hablamos sobre Matty. Sin embargo, en algún momento, la conversación tomó un rumbo más serio.

—¿Cómo te sientes?

Lo miré sin entender.

—¿Esto… nosotros? —Solté el tenedor y lo observé con cautela —. No lo digo románticamente. Hablo de nosotros como padres, de cómo nos ves en el futuro. —Tomó mi mano sobre la mesa—. ¿Te asusta pensar en el futuro? —preguntó con suavidad.

—No es que me asuste. Es solo que… no sé qué esperar.

Gabriel asintió.

—Elizabeth, he estado pensando en lo que dijiste en mi cumpleaños, sobre no ser la Elizabeth que yo amaba. —Tragó y respiró profundamente—. Lo que eras antes ya no importa tanto como lo que podemos ser ahora. —Su voz bajó un poco—. Quiero que sepas algo: no me importa si vuelves a ser la misma Elizabeth que amé antes. No espero que recuerdes cada momento ni que finjas que todo es igual.

Sentí mi respiración volverse más lenta.

—Entonces, ¿qué esperas de mí?

—Nada —respondió con tranquilidad—. Solo quiero la oportunidad de enamorarte de nuevo. Lo hice una vez. Puedo hacerlo otra vez.

Podía ver en sus ojos que hablaba en serio, que estaba dispuesto a esperar.

Gabriel

El camino de regreso a casa fue tranquilo.

Elizabeth miraba por la ventanilla del auto; las luces de la calle iluminaban su perfil. Fue un silencio cómodo y, cuando estacioné el coche en casa, giró su rostro hacia mí.

—Gracias por esta noche —dijo en voz baja.

Tragué el nudo en mi garganta.

—Gracias a ti por darme la oportunidad.

Me dio una pequeña sonrisa y, por un segundo, vi a la antigua Lizzy en ella. Era cierto lo que había dicho en el restaurante: quería a mi mujer, recordara o no. Estaba dispuesto a ser tan paciente como ella necesitara que fuera.

La casa estaba en silencio. Había un pijama sobre el sofá, por lo que intuía que mis padres probablemente estaban dormidos en la habitación de invitados. Juntos subimos hasta la habitación de Matthew y lo encontramos dormido en su cuna. Salimos antes de despertarlo, y la acompañé hasta la puerta de nuestra habitación.

Elizabeth se giró y, como si fuese en cámara lenta, se inclinó y dejó un beso en mi mejilla… Fue solo un roce ligero, pero mi cuerpo se estremeció como si me hubiese alcanzado un rayo.

—Ten buena noche —murmuró, entrando a la habitación.

Me quedé de pie frente a su puerta, sin atreverme a respirar demasiado. Era la primera vez que me tocaba de forma consciente desde que regresó a casa.

No era mucho.

Pero, viniendo de ella, lo era todo.

Capítulo 24

Día tras día

«La vida empieza cada cinco minutos».
Andreu Buenafuente.

Gabriel

Un rayo de luz se colaba por la ventana de mi habitación temporal. Una parte de mí extrañaba mi antigua cama, mi esposa, mi espacio; la otra esperaba pacientemente. Abrí los ojos y notando que el sol estaba en lo alto, por lo que debía ser tarde.

Matthew.

Mi madre no solía venir los fines de semana, así que Matthew era mi responsabilidad. Salí de la cama y caminé hasta la habitación del bebé, pero no estaba en la cuna.

Un olor intenso a tocino y café flotaba el aire. Bajé las escaleras rápidamente y me detuve al ver a Elizabeth frente a la estufa. Ella no había cocinado desde que volvió del hospital.

Por un segundo, fue como si nada hubiera sucedido, el accidente desapareció de mi memoria, como si todo hubiera sido solo un mal sueño. La escena frente a mí era tan normal, tan nuestra, que me costaba recordar que ya no éramos los mismos.

Un balbuceo seguido de una risotada infantil me sacó de mi ensoñación, vi a Matthew en su sillita para comer, riendo a carcajadas mientras Elizabeth se movía al ritmo de la intro de Bluey, que sonaba en la televisión.

Me recosté contra el pasamanos de la escalera y me quedé mirando el espectáculo. Ella era adorable, y nuestro hijo se estaba divirtiendo. La relación entre ellos se había afianzado en los últimos días. Mi madre, incluso me dijo que Elizabeth estaba lista para cuidar de Matty, pero una parte de mí aún sentía miedo.

Elizabeth giró, y nuestras miradas se encontraron, lo que hizo que se tropezara.

—Lo siento —dije al notar sus mejillas encendidas. Entré a la cocina dejando un beso en la cabeza de Matty, vi en su plato unas galletitas de avena, especiales para bebés, y tenía otro puñado entre sus manitas—. No quería interrumpir.

Elizabeth desvío la mirada.

—No te escuché bajar —murmuró con timidez. Una que nunca había visto en ella.

Sirvió dos platos y los puso en la mesa, desayunamos como una familia, en silencio, pero con los balbuceos de Matthew no resultaba incómodo, de hecho, se sentía... natural.

Una vez terminamos, le pregunté si quería ir al centro comercial.

—Tienes dinero en tu cuenta de ahorros, la editorial depositó tu finiquito ahí cuando terminaron tu contrato —dije y pude ver que dudaba, insegura de si aceptar o no.

—Está bien.

Tomé a Matthew y lo llevé al baño mientras ella limpiaba la cocina. Una vez estuvimos listos, conduje hasta el centro comercial.

—No te lo había preguntado porque no sabía qué reacción tendrías, pero... ¿has pensado en conseguir un auto?

—¿Tenía uno? —pareció sorprendida.

—Sí —me reí—. Fue el auto en el que tuvimos el accidente. —Un silencio tenso llenó la cabina.

—El seguro me hizo el depósito hace un par de semanas, pero no sabía si querías o no comprar otro.

—No estoy lista para un auto... aún. Pero sí me gustaría tener uno cuando esté mejor.

—Cuando estés lista, solo tienes que decírmelo.

El camino al centro comercial fue rápido, aparqué en el sótano después de un par de minutos.

—¿Por qué íbamos en mi auto? ¿Y qué clase de auto tenía?

—Era un Mini Cooper, azul rey.

—¿Y tú manejabas mi auto? —preguntó arqueando una ceja mientras acomodaba a Matthew en su cochecito.

—¡Diablos, no! ¿Con esta estatura? —bromeé—. Ese día, en particular, mi llanta estaba ponchada y me había levantado tarde porque la noche anterior… —El recuerdo de Lizzy recostada en los

azulejos del baño mientras le daba placer hizo que mis mejillas se enrojecieran—. No tuve más opciones. Cuando pasé por ti al trabajo, no quisiste conducir, tu vientre parecía mucho más grande que uno de siete meses, por eso yo iba al volante.

Caminábamos por el centro comercial, y aunque me moría por tomarla de la mano no lo hice. No quería que se sintiera incomoda y arruinar la primera salida de los tres juntos como familia.

—Podemos ir al cine. Hay un par de películas infantiles aptas para Matthew —su voz era dulce, y mi corazón aleteaba emocionado al ver que ella pensaba en nuestro hijo. Que estaba siendo su madre después de tantas semanas de rechazo y miedo.

Vimos una película sobre un robot que se pierde en la selva. Matthew se quedó dormido después de veinte minutos. Elizabeth se recostó contra mi costado, y yo tomé su mano. Ella no la retiró.

Al salir de la sala, se rio al ver mi camisa llena de babas del bebé.

—Creo que ese es el certificado oficial de ser padre —dijo, tomando un pañito húmedo para ayudarme a limpiarme.

—Lo tomaré como un honor —respondí, observándola con atención.

Su risa fue genuina.

—¿Te parece si comemos antes de ir a casa? Hay un local de hamburguesas que se convirtieron en tus favoritas mientras estabas embarazada.

Asintió.

—Marca el camino —murmuró, tomando el cochecito—. Pero antes necesito encontrar un sanitario demasiada soda.

La acompañé hasta el lugar y esperé fuera con Matthew. Mientras ella estuvo en el sanitario, me propuse hacerla recordar lo que fuimos.

Capítulo 25

Celos

«De cualquier forma, los celos son en realidad una consecuencia del amor: os guste o no, existen».
Robert Louis Stevenson.

Elizabeth

El baño del centro comercial estaba vacío. Entré a uno de los cubículos rápidamente y me senté sobre el toilette; Había bebido demasiada soda durante la película. El recuerdo de Gabriel cuando tomó mi mano llegó a mi mente, sonreí al revivir esa sensación que me provocó el contacto con su piel, pues se sintió natural. Estaba a punto de salir del cubículo cuando escuché voces que captaron mi atención.

—¿Lo viste? Santo cielo, ese hombre con la camisa gris y el bebé en brazos. Joder, está buenísimo. Dijo una mujer

—¿El bebé será suyo? — respondió otra.

No tenía que recuperar la memoria para saber que estaban hablando de Gabriel.

—Lo más probable —exclamó la primera voz femenina.

—¿Qué clase de injusticia es esa? —chilló la segunda.

—Injusticia para nosotras, justicia para quien sea su esposa — respondió la primera, riéndose.

—Por favor, nadie que se vea así puede estar casado. ¿Tú viste cómo me miró cuando pasé a su lado? Estoy considerando ir a preguntarle el nombre.

Ambas rieron, y mi estómago se tensó.

Salí del cubículo, y ambas mujeres me dieron una mirada de reojo. Me lavé las manos y fingí arreglarme el cabello en el espejo.

Una de las chicas entró a un cubículo, mientras la otra repasaba su lápiz labial.

—¿Será que es papá soltero? —preguntó la que estaba en el cubículo.

—No me molestaría ser madrastra —contestó la otra con diversión.

La sangre hirvió en mis venas y mi expresión en el espejo cambió por una enojada porque hablaban de él como si fuese un pedazo de carne. Gabriel no era mi novio, no era un hombre al que estuviera tratando de conquistar, ni siquiera recordaba nuestra historia juntos. Sin embargo, la idea de que otras mujeres lo miraran con deseo, hacía que todo mi interior ardiera.

¿Celos?

Negué con la cabeza y salí del baño antes de decir algo a las mujeres.

Gabriel estaba allí, con Matthew en brazos, moviéndolo suavemente mientras el bebé balbuceaba con una sonrisa. Alzó el rostro y nuestras miradas se cruzaron. Una tímida sonrisa iluminó su rostro.

Mi sonrisa.

—Lo ves, está sonriéndome —dijo una de las chicas detrás de mí.

Un riachuelo de lava ardiente recorrió mis venas, parpadeé, tratando de sacudir la sensación, y me acerqué rápidamente a él tomando su mano mientras las mujerzuelas pasaban a nuestro lado.

—Pidamos para llevar —mascullé entre dientes.

—¿Todo bien? —preguntó confundido.

Asentí.

—Solo quiero ir a casa.

—Está bien, no hay problema. — Tomé el coche de Matty, dispuesta a irnos, enredé mis dedos con los suyos y dándoles un ligero apretón; asegurándome que las mujeres nos vieran, una especie de electricidad recorrió mi cuerpo cuando me incliné para dejar un beso en su mejilla.

«¡Es mío, perras!»

Aunque sorprendido, Gabriel no soltó mi mano, en vez de ellos apretó más sus dedos entre los míos, mientras me guiaba hacia el lugar donde compraríamos las hamburguesas.

Estacionó el auto un par de cuadras antes de llegar a casa; conocía el parque porque había venido un par de veces con Karen

para el paseo de Matthew.

—No quiero ir a casa aún, ¿podemos comer aquí? —propuso. Había algunas personas en el lugar y un grupo de niños jugando.

Asentí y bajamos, buscando un lugar en el césped. Gabriel tendió una cobija que tenía en su auto y dejó a Mathew boca abajo antes de tenderme la bolsa de papel con mi comida. Me regaló una sonrisa brillante que no tardé en corresponder, y luego se entretuvo con su propia comida. Lo miré por unos segundos y, por primera vez desde que regresé a casa, me sentí normal.

No la mujer que había olvidado a su esposo. No la madre que aún estaba aprendiendo a querer a su hijo. Solo… yo.

Por ratos Gabriel me dedicaba miradas suaves, de esas que hacían que mi estómago se encogiera.

El resto de la tarde transcurrió tranquila. Volvimos a casa con Matthew dormido en su sillita y yo subí temprano a mi habitación, más cansada emocional que físicamente.

Capítulo 26

Un sentimiento desconocido

«El corazón tiene razones que la razón no entiende».
Blaise Pascal.

Elizabeth

La melodía de mi nuevo teléfono celular me despertó. Gabriel me sorprendió después del parque; al llevarme a una tienda Apple y comprarme el último modelo, se sentía extraño recibir cosas de él. Hacía suficiente con darme un lugar donde dormir y alimentos; sin embargo, insistió tanto sobre el porqué necesitaba mantenerme en contacto, que al final, terminé cediendo.

La música cesó solo para volver a escucharse minutos después. El nombre de Karen titilaba en la pantalla.

—¿Karen? —respondí con voz somnolienta.

—¡Gracias al cielo! Sí, cariño, soy yo. ¿Estabas dormida?

—Sí, pero tranquila, la alarma estaba a punto de sonar —mentí.

—¿Sabes si Gabriel ya se fue al trabajo? He intentado comunicarme con él, pero no me contesta el celular.

—Dame un momento. —Me levanté y salí de la habitación, bajando las escaleras.

Gabriel estaba con Matty en la cocina dándole de comer.

—Buenos días. —Le entregué el teléfono—. Es tu mamá.

—Bien, ya se le estaba haciendo tarde… Mamá…

Él caminó hacia el lavaplatos y yo me acerqué al bebé, haciéndole carantoñas.

—Veré qué puedo hacer… Sí, mamá, no te preocupes.

Alcé la mirada, observándolo caminar. Joder, no sabía cómo hacía para verse más guapo cada día.

Las emociones del día anterior aún pululaban en mi interior. La rabia, los celos, la frustración; solo eran algunas que seguían atoradas en mi corazón.

—Mierda —murmuró, dejando mi celular en la encimera y sacó el suyo, para marcar rápidamente—. Vamos, Mel, contesta el teléfono. —Colgó y marcó de nuevo—. ¡Demonios! —gritó frustrado golpeando el mármol.

—¿Qué sucede? —pregunté, acercándome a él.

—Jadeen tuvo un accidente mientras regresaba del trabajo esta madrugada.

—¿Él está bien? —pregunté, alarmada.

—Sí, al parecer resbaló de la motocicleta y se fracturó una pierna, mis padres están en la clínica con Kim. Mel no contesta y yo tengo una junta que he aplazado en varias ocasiones. —Se pasó la mano por el cabello evidentemente alterado—. Necesito que alguien cuide de Matthew.

—Yo puedo cuidarlo —respondí sin pensarlo. No noté lo natural que me salió decirlo.

—No, yo…

—Puedo hacerlo —sentencié con convicción—. Gabriel, si bien no quería tener hijos, por alguna razón decidí tener a Matthew. Sé cuidar bebés, fui niñera cuando era adolescente y esa parte de mi memoria sí la recuerdo perfectamente.

Él me miró con la preocupación marcando sus facciones.

—Lizzy…

—Es mi hijo, ¿no? —Su vacilación empezaba a molestarme.

Él soltó un suspiro.

—Tienes razón. Tú eres su madre, no puede estar en mejores manos —accedió. Le di una sonrisa intentando tranquilizarlo—. Ya lo bañé y acaba de tomar su biberón. Dentro del refrigerador está su papilla y leche para sus siguientes tomas. Mamá dice que vendrá apenas pueda, y yo lo haré tan pronto como termine la reunión.

—Ve tranquilo, él y yo estaremos bien. —Tomé a Matthew de la silla—. ¿Cierto, bebé? —dije, haciéndole una pedorreta.

Gabriel miró su reloj.

—Tengo que irme.

Lo acompañamos hasta el auto y luego subí a mi habitación.

—Me acompañarás mientras me doy un baño rápido.

Pasamos un par de horas jugando en su gimnasio, Matthew había descubierto como sentarse, y hacía poco su pediatra había dicho que su crecimiento y desarrollo eran acordes para su tiempo de vida.

Gabriel llamó antes de entrar a su reunión, le aseguré que estábamos bien y que pediríamos comida a domicilio.

Después de su biberón, recosté a Matthew en su cuna para su siesta matutina y tomé el monitor de bebé antes de bajar al primer piso, para terminar el libro que estaba leyendo desde hacía varias semanas.

Un grito quejumbroso me despertó; no supe en qué momento me quedé dormida, quizá porque fue una mañana agotadora. Otros gritos seguidos de sollozos me hicieron levantar del sofá, pateé mi cobija y corrí escaleras arriba hacia el llanto agudo y desesperado de Matthew.

Tan pronto entré a la habitación, me di cuenta de que algo estaba mal. El niño se retorcía en su cuna, sus manos estaban empuñadas y su rostro estaba completamente rojo, su respiración era rápida y entrecortada, gemía como si no fuese capaz de respirar por su cuenta.

Toqué su cabeza y noté rápidamente que estaba ardiendo. Lo saqué de la cuna y lo sostuve contra mi pecho. Su pequeño cuerpo temblaba ligeramente contra el mío y cada sollozo suyo me atravesaba como una aguja en mi piel. Un dolor crudo me envolvió, aplastándome con intensidad mientras lo sujetaba con más firmeza, balanceándolo suavemente, intentando calmarlo.

No pensé en mi memoria perdida.

No pensé en lo que sentía o no sentía.

Solo en él.

Capítulo 27

El amor no se recuerda, se siente

«Ser madre es ver las fortalezas que no sabías que tenías y descubrir los miedos que no sabías que existían».
Linda Wooten.

Elizabeth

—Shhh, mi amor, todo está bien, bebé… —Lo arrullé, intentando calmarlo—. Estoy aquí… mamá, está aquí.

Sentía que el pánico comenzaba a invadirme. Respiré profundamente, mientras pensaba en qué hacer. Bajé las escaleras con Matthew en brazos, buscando el celular, lo había dejado en el sofá, pero no podía hallarlo entre la cobija.

—Tranquilo, Matty, tranquilo —susurré, no supe si para él o para mí. Busqué el aparato en el sofá, quité la cobija y sacudí los cojines, estaba empezando a desesperarme cuando lo vi en el suelo al lado de una de las patas del sofá.

Marqué rápidamente el número de Gabriel. Un tono… Dos… Tres tonos.

«Por favor, contesta»

—Elizabeth —su voz profunda se escuchó al otro lado de la línea.

—Matthew, tiene fiebre —solté sin rodeos—. No sé qué hacer. Está muy caliente y no deja de llorar, yo… —Mi voz tembló, pero me obligué a respirar hondo—. Gabriel, tengo miedo.

La línea quedó en silencio por unos segundos que parecieron horas.

—Mantén la calma, ve a la habitación de Matthew y busca su pañalera. ¿Eres capaz de darle un baño con agua tibia?

Asentí, aunque él no podía verme.

—¿Lizzy?

—Puedo hacerlo.

—Bien. Voy en camino, me tomará entre quince a veinte minutos llegar. —Podía escuchar sus pasos acelerados.

Colgué el teléfono y subí con Matthew, lo dejé en su cuna, a pesar de que su llanto se intensificó. Llené la bañera con agua tibia y volví por él, mientras acariciaba su mejilla ardiente, sus ojitos llorosos me observaban con dolor.

—Vas a estar bien, bebé —murmuré—, ya viene papá.

Le quité la ropa cubriéndolo con una toalla blanca y me senté en el suelo antes de sumergirlo en el agua, se estremeció al contacto y su llanto fue más fuerte, sus piernitas chapoteaban, mientras el llanto no cesaba.

El agua lo cubría mientras él se retorcía, sus manitas temblaban, veía su carita colorada, sus ojitos hinchados, las pestañas mojadas; lo peor, era que no tenía idea si lo estaba haciendo bien. Lo sostuve con cuidado, con una mano bajo su nuca y la otra mojándolo despacio. Su cuerpo se sentía aún más pequeño pero su presencia era enorme.

—Vamos, mi amor... —susurré con voz cortada.

«Mi amor». Lo dije sin pensar.

Como si mi corazón entendiera lo que mi mente no recordaba, tomé uno de los paños sumergiéndolo en el agua y se lo pasé con cuidado por la frente, por sus bracitos febriles, por su pecho que subía y bajaba rápidamente. Sus ojos estaban fijos en los míos y por un minuto me perdí en su mirada dulce como la de Gabriel. Su llanto mermó poco a poco, como si empezara a aclimatarse, o como si yo pudiera transmitirle calma, como si él comprendiera que conmigo estaría bien.

—Ya casi terminamos, pequeñito —susurré, mirando de reojo mi celular en el suelo, llevamos un poco más de diez minutos, pero cada uno se sentía como si fuese una eternidad

Escuché la puerta principal abrirse y unos pasos firmes acercándose rápidamente. Gabriel entró en el baño, su mirada recorrió la estancia hasta detenerse en Matthew que seguía llorando en su bañera.

—¿Cómo está? —preguntó con voz tensa pero controlada.

—Todavía tiene fiebre —respondí.

Levanté la vista hacia él y me di cuenta de que, a pesar de sostener el pequeño cuerpo de Matty con seguridad, mi propio cuerpo estaba temblando.

Gabriel pareció notarlo también, porque se acercó y, con un gesto firme pero gentil, puso una mano en mi espalda.

—Ven, yo lo tengo. Alista su pañalera, vamos a llevarlo al hospital —murmuró, tomando la toalla y envolviéndolo en ella.

Dejé que tomara el control de todo, mi confianza estaba puesta en Gabriel.

No supe cuánto tiempo estuvimos en carretera antes de llegar a urgencias. Cada sollozo de Matty se sentía como si estuviesen dándome una puñalada. Gabriel habló con las enfermeras y, un par de minutos después, nos trasladaron a un biombo donde una doctora nos atendió.

Puso a Matthew en la camilla, y yo sostuve su manita mientras ella lo revisaba. Podía escuchar a Gabriel responder las preguntas de la doctora; datos que no sabía de mi hijo, que hacían que me lamentara por haberlo apartado de mi tanto tiempo.

Matthew gimoteó y acaricié su cabecita.

—Tranquilo, bebé… Mamá, está aquí —susurré con voz baja.

Gabriel levantó la cabeza y me miró, sorprendido, ante lo que acaba de decir. La doctora siguió atendiendo a Matty como si nada hubiese pasado, como si tres simples palabras no fuesen tan trascendentales.

No dije nada más, porque cada palabra era real. Yo era su madre, no importaba si no recordaba haberlo llevado en mi vientre o si no había estado junto a él los primeros meses. Ahora estaba aquí, y eso era lo único que importaba.

Esta vez no sentía miedo de mí, de sentirme como una extraña en mi propia vida.

Era miedo de madre.

Era miedo de perder algo que, tal vez, nunca había perdido del todo.

Capítulo 28

Más fuerte que la memoria

«A veces, el corazón recuerda lo que la mente olvida».
Anónimo.

Gabriel

Me quedé inmóvil.

Por un segundo, pensé que lo estaba imaginando.

Mi corazón se detuvo un instante y luego se aceleró.

Ella lo había dicho, había reconocido en voz alta que era la mamá de Matthew.

Todo este tiempo, intenté no presionarla ni exigirle que sintiera algo que no recordaba. Acepté su distancia, su frialdad, su necesidad de reencontrarse a sí misma antes de reencontrarse con lo que éramos. Y aunque cada día junto a ella, era un recordatorio doloroso de que no era la misma mujer que amaba, nunca dejé de esperar.

Esperar a que ella me viera como algo más que un desconocido con el que compartía un pasado borroso.

Pero ahora… ahora había dicho «mamá».

No en un tono frío o distante. Lo dijo como lo hacía antes del accidente. Como cuando Matthew pateaba en su vientre y ella acariciaba su piel hasta que él se calmaba.

Ella sintió que era su madre.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y tragué el nudo que obstruía mi garganta.

Elizabeth aún estaba inclinada sobre nuestro hijo, con una de sus manos acariciando su cabecita, su rostro tenso e inquieto.

Se veía agotada.

Se veía vulnerable.

Se veía... como la mujer que amaba.

Me acerqué con calma, apoyando una mano en su espalda, acariciando lentamente de arriba abajo. Ella no se apartó, no se

tensó; de hecho, recostó su cuerpo en mi pecho mientras la doctora chequeaba a Matty. Cerré los ojos unos segundos, si no fuese porque mi hijo estaba enfermo, podría disfrutar de esto.

—Parece ser una infección viral común —dijo finalmente la doctora con un tono tranquilizador un par de horas después—. La fiebre es una respuesta normal. Le administramos medicamentos para bajarla, pero hay que asegurarnos de que se mantenga hidratado.

Sentí cómo Elizabeth dejaba escapar toda la tensión de su cuerpo en un suspiro entrecortado.

—¿Está segura? ¿No tiene que hacerle más pruebas? —su voz era un susurro.

—Primerizos, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa. Elizabeth asintió y la doctora tomó su mano sobre la de Matty—. Sé que da miedo, pero esto es algo común y completamente manejable. Si la fiebre no baja en las próximas veinticuatro horas o si notan algún otro síntoma preocupante, tráiganlo de vuelta.

Cuando salimos del hospital, Elizabeth insistió en llevar a Matty en brazos, como si necesitara tenerlo cerca. Abrí la puerta del auto y ella se subió rápidamente; antes de que pudiera cerrarla, tomó mi mano.

—Gracias por llegar tan rápido —su voz era baja y en su mirada no había más que agradecimiento.

Bajé la vista hacia Matthew, que dormía con la frente aún cálida apoyada en su pecho. Sus dedos acariciaron su espalda con ternura y devoción; por lo que, me agaché hasta quedar a su altura.

—Siempre estaré cuando me necesites, Lizzy. —Acaricié su mejilla con delicadeza.

Ahora que sabíamos que Matthew se recuperaría, todas las emociones se desbordaban en mi interior, viendo a mi bebé en sus brazos siendo amado por su madre hacía que quisiera comérmela a besos. Quería que volviese a confiar plenamente en mí, quería que fuésemos una familia.

—No sabía que podía sentir esto —susurró, más para sí misma que para mí—. Miedo… vulnerabilidad…

Tragué con dificultad.

—Lo sientes porque eres su madre —dije suavemente.

—Tú eres su padre —sorbió—. Guardaste la calma y no tuviste miedo.

—Estaba aterrado… —sonreí—. Pero uno de los dos tenía que ser fuerte. Lo importante es que él está bien y que con tus cuidados va a mejorar. Vayamos a casa.

Ella asintió, cerré la puerta y rodeé el auto, me puse detrás del volante y encendí el auto.

El camino a casa fue tranquilo y silencioso. Una vez allí, Lizzy llevó a nuestro hijo a su habitación con pasos lentos y delicados, como si fuese de porcelana y temiera romperlo. Caminó hacia la mecedora y se sentó en ella, como si separarse de él, le resultara inaceptable.

Me quedé de pie en el marco de la puerta, incapaz de moverme. Por meses imaginé esta escena, una y otra vez, pero nunca se sintió tan jodidamente perfecta como verla hacerse realidad.

Algo nuevo se asentó en mi interior.

Quizá Elizabeth no recordaba su pasado.

Me permití de verdad creer que eso tal vez no me importaba tanto.

Capítulo 29

Tentación

«La tentación es como un cuchillo que puede cortar la carne o la garganta de un hombre; puede ser su alimento o su veneno».
Jhon Owen.

Gabriel

El fin de semana llegó más rápido de lo que imaginé. Nuestro hijo se había recuperado completamente, lo que fue un gran alivio tanto para Elizabeth como para mí. El día estaba soleado, perfecto para lo que necesitaba hacer en el tejado. Con el accidente, el nacimiento de Matthew y lo ocurrido con Elizabeth, había ido posponiendo el arreglo de unas filtraciones que estaban justo en la habitación del bebé. Aunque no eran grandes, sí eran insistentes y necesitaba repararlas antes de que volviese el invierno.

—¡Gabriel! —la voz de Elizabeth hizo que dejara lo que estaba haciendo para buscarla en el jardín—. Iré con Kim al parque que está a dos calles, Matty necesita aire fresco.

—¡Esta bien! —respondí—. ¿Puedes traer soda del supermercado?

—¡De acuerdo! —gritó.

Seguí acomodando las tejas, las vi salir junto con el cochecito de Matthew. En la última semana su relación había avanzado a pasos agigantados, Elizabeth estaba atenta a cada necesidad de nuestro hijo e incluso lo había llevado a su habitación un par de noches, a pesar de que siempre dijo que nunca lo haría.

No dije nada porque disfrutaba verla con él, darle de comer, bañarlo o incluso cambiarle un pañal apestoso, eran escenas que pensé jamás sucederían.

Elizabeth empezó un tipo de terapia de apoyo para pacientes que pasaron por situaciones similares a la suya, además de la individual, cada semana se reunía con su grupo y compartían experiencias.

Me pasé la manga del suéter por la frente, para quitarme los restos de sudor, y ajusté las últimas tejas, probando su resistencia; si bien no me dedicaba a esto, sabía cómo acomodarlas.

Una vez que estuvo todo listo, bajé del techo y me estiré, sentía los músculos tensos por estar encorvado tanto tiempo. Caminé hacia la cochera, guardé las herramientas y me quité la camisa sucia de sudor y polvo. Necesitaba una jodida ducha caliente.

La casa estaba en silencio, me quité los zapatos al pie de la escalera y subí los peldaños mientras me desabrochaba los pantalones; total, estaba solo. Entré al baño, abrí el grifo y gradué la temperatura.

El agua caliente se sintió fantástica sobre mis músculos adoloridos; podía sentir cómo la tensión abandonaba por completo mi cuerpo. Cerré los ojos y una imagen de Elizabeth entrando al baño unos días antes del accidente, hizo que mi miembro se empalmara.

Joder, la extrañaba.

Extrañaba a mi esposa, a mi amor, extrañaba abrazarla, nuestras noches de películas, nuestras conversaciones tontas. Extrañaba nuestra chispa, nuestra risa y… joder, extrañaba el sexo. Con el agua resbalando por mi piel, llevé la mano a mi miembro, no era la primera vez que me masturbaba pensando en ella, pero joder, sí desde el accidente. Antes de poder pensar en que esto estaba muy mal, mi mano ya se deslizaba por mi eje.

Mi mente evocó recuerdos de Elizabeth frente a mí, de rodillas, llevando la punta de mi polla a su boca. Un gemido salió de mi interior mientras me frotaba fuerte y rápido. Imaginé sus muslos abiertos, sus jadeos entrecortados. Una corriente atravesó mi cuerpo, invadiéndome por completo; la sensación fue tan fuerte que nubló mis sentidos.

—Mierda… —Mi liberación llegó mucho más rápido de lo que pensé. Siseé, arqueando la cabeza y mi cuerpo vibró, mis testículos se tensaron y me corrí, jadeando el nombre de mi esposa.

Me recosté contra los azulejos, dejando que el agua cayera sobre mi rostro por unos segundos. Luego limpié la ducha, cerré el grifo y

abrí la mampara que separaba la ducha del resto del baño, buscando la toalla.

¡Maldita sea!

Vine directo del garaje al baño, estaba goteando y haciendo un jodido desastre. Abrí la puerta del baño y caminé hacia mi habitación, pasándome la mano por el pelo, tendría que buscar el trapeador y limpiar todo antes de que ocurriera un accidente.

Solo había dado un par de pasos cuando Elizabeth salió de la habitación de Matthew. Todo mi cuerpo se congeló y mi respiración se detuvo.

Ninguno de los dos dijo nada, los ojos de Elizabeth se abrieron, su mirada recorrió mi cuerpo desnudo desde mis pectorales, paseándose por mis abdominales hasta llegar a mi sexo, que cubrí inmediatamente con las manos.

Ella pestañeó varias veces y su mirada volvió a la mía.

—Tuvimos que volver antes… Matthew se vomitó… —sus palabras fueron rápidas y nerviosas—. Yo… lo siento. —Se giró y corrió escaleras abajo.

Exhalé lentamente, sintiendo que el calor en mi piel no tenía nada que ver con la ducha o lo que había sucedido en el baño.

Era la forma en la que Elizabeth me miró.

No como la madre de mi hijo.

No como la mujer que olvidó nuestro pasado juntos.

Me miró como una mujer que veía a un hombre con deseo.

Capítulo 30

Pensamientos prohibidos.

«El deseo es la más peligrosa de las memorias.»
Anónimo.

Elizabeth

Gabriel y yo evitamos hablar de lo ocurrido el resto del día, y por la noche me encerré en la habitación, fingiendo que me dolía la cabeza.

Y vaya que me dolía; si Gabriel vestido era guapo, sin ropa era un maldito adonis, una deidad bajada del cielo para hacer feliz a las mujeres que tuviesen el placer de observarlo. Su cuerpo estaba esculpido, sus pectorales fuertes, abdominales marcados y su polla… joder… Tenía un miembro largo, grueso coronado con un glande rosa pálido. El hombre era un completo espectáculo en su desnudez, a pesar de ser delgado, sus piernas estaban fornidas y los músculos delineados.

El recuerdo de Gabriel gimiendo mi nombre mientras se duchaba, hizo que mi cuerpo temblara, el calor se concentró en mi entrepierna y la parte interna de mi sexo empezó a palpitar. No me sentía tan excitada desde…

—¿Lizzy? ¿Estás despierta? ¿Puedo entrar? —La voz de Gabriel hizo que mis pensamientos se difuminaran—. ¿Lizzy?

—Estoy despierta, puedes seguir. —La puerta se abrió, y Gabriel y Matthew aparecieron con un plato que contenía una magdalena y una velita.

—*Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños, Elizabeth…* —Estiré mis brazos hacia Matthew, que batía sus bracitos hacia mí—. Cumpleaños feliz. Ahora sopla la vela y pide un deseo.

«Deseo poder recordar mi vida».

—El desayuno te espera abajo, y tenemos una parrillada en casa de mis padres —me dijo rebosante alegría en la voz. Fruncí el ceño; aún no me sentía del todo cómoda rodeada de personas que

conocían a la Lizzy de hace menos de tres años—. No te preocupes, solo estarán Mel y su esposo, Kim, Jadeen, papá, mamá y nosotros.

—Bien…

—Te esperamos abajo.

Después de un rico desayuno, fuimos a casa de Karen para celebrar mi cumpleaños con la familia de Gabriel. Recibí una llamada de mi abuela mientras desayunaba y le prometí ir a verla pronto. Desde que desperté en el hospital, me había olvidado completamente de ella. Entre mis terapias, Matthew y mi vida con Gabriel, me mantenía ocupada.

El jardín de los Lautner estaba decorado con globos, el día era precioso, el sol estaba en lo alto y no había una sola nube oscura en el cielo. El padre de Gabriel estaba en la parrilla, mientras su madre y hermana preparaban las guarniciones.

Me ofrecí a ayudar, pero se negaron tajantemente enviándome al jardín. Matthew estaba dormido, y Gabriel estaba afuera, en la piscina, junto a su sobrino y el esposo de Mel, Paul. Kim y Jadeen estaban sentados en unas tumbonas bajo unas sombrillas gigantes mientras ella dibujaba corazoncitos en el yeso de su pierna.

—¿Quién diría que eras tan cursi? —dije, sentándome a su lado.

—Lo dice quien se casó y tuvo un hijo. —Me empujó con su hombro.

—¿Es extraño no? — Kim me miró sin entender. —Me casé y tuve un hijo, después de que dije una y mil veces que no quería hacerlo.

—Bueno, así es el amor Lizzy. —Mi mirada se detuvo en Gabriel, estaba jugando con una pelota, lanzándosela al pequeño Nico, el sol empezaba a enrojecer sus hombros. Sonreía hacia el niño, viéndose malditamente guapo.

De nuevo la imagen de él completamente desnudo, el día anterior, invadió mis recuerdos. Mi cuerpo empezaba a calentarse, y nada tenía que ver con el clima.

—Y parece que nada ha cambiado… Vas a desaparecerlo con la mirada —rumió Kim en mi oído. Fue mi turno de pegarle con el hombro.

—Empiezo a entenderla —murmuré, en un susurro. Ella me miró, confundida. —A la Lizzy que quería todas esas cosas. Gabriel es…

—Lo sé Liz… Lo sé —ella me abrazó.

Vimos a Mel salir de la casa con una jarra con limonada y cervezas, mientras el aroma a carne asada flotaba en el aire. Nos dio de beber a Kim, a Jadeen y a mí.

Sonreí sintiéndome cómoda y feliz. El último cumpleaños que recordaba, Erick me dejó plantada en el restaurante donde íbamos a cenar.

Gabriel salió del agua, sacudiendo la cabeza y las gotas resbalaron de su cabello oscuro por su piel bronceada. Apoyó las manos en el borde de la piscina, sus fuertes brazos se flexionaron mientras se impulsaba para salir. Llevaba una simple bermuda de baño oscura, aferrada a sus caderas, sacudió la cabeza y pasó una mano por su cabello, apartando la humedad.

Un escalofrío recorrió mi nuca. Era la imagen de la masculinidad sin esfuerzo, del tipo de hombre que, sin siquiera intentarlo, podía hacer que el aire se sintiera más pesado a su alrededor.

Joder.

Tomó una toalla, y mi mirada se perdió en sus abdominales. Las gotas de agua descendían por su piel bronceada, deslizándose por los surcos definidos que parecían tallados por un escultor, estaba tan absorta en su cuerpo, que prácticamente no noté cuando llegó frente a mí.

—¿Estás disfrutando de tu día?

Iba a contestar cuando Karen lo llamó. Todos miramos hacia la entrada, donde ella sostenía del brazo a una mujer alta, de ojos verdes y pelo negro.

—¡Sorpresa! —gritó, y tanto Mel como Gabriel prácticamente corrieron hacia ella.

—Y esa, ¿quién demonios es? —dijo Kim, mirando a la recién llegada.

—No me preguntes a mí, a duras penas sé quiénes son ustedes —bufé, mirando a la recién llegada.

—Es Andy —respondió Jadeen.

—Y ¿quién es Andy? —preguntó Kim una vez más.

—Es la mejor amiga de Mel… y exnovia de Gabriel. Vivían juntos en Londres, así que debe estar de visita.

Gabriel y Mel se acercaron rápidamente, un pequeño suspiró de satisfacción brotó de mi interior, cuando Gabriel me presentó como su esposa. Una vez más mi mente se abstrajo mientras ellos hablaban de Londres y no sé qué cosas más. Un dolor crudo me envolvió, aplastándome con intensidad. Ella parecía conocerlo tan bien, era extraño ver a Gabriel sonreírle a otra mujer. De pronto, pequeños gemidos se escucharon a través del monitor de bebés que Karen tenía en su casa para Matthew.

—Ya despertó Matthew. Tienes que conocerlo, Andy, es muy guapo —murmuró Gabriel con emoción

—Entonces debe parecerse mucho a ti.

Me levanté para ir con Matthew, pero él me detuvo.

—Yo voy por él, Elizabeth.

¿Elizabeth y no Lizzy?

—Tranquilo, voy —mascullé entre dientes, una vez más mi sangre parecía haberse convertido en lava ardiente.

Un nuevo gruñido de Matty fue la excusa perfecta para escapar del jardín. Subí las escaleras y encontré a mi pequeño completamente enfurruñado. Lo sostuve contra mi pecho mientras lo arrullaba, intentando calmarlo; a través de la ventana de la habitación vi a Gabriel y a su exnovia. Él se veía relajado, tenía la toalla en el cuello y su cabello ligeramente revuelto por las veces que se había pasado la mano.

Ella era guapa, el vestido blanco resaltaba su figura esbelta; a pesar de que estaba lejos, podía ver que ella se inclinaba hacia él, tocándolo por más tiempo del políticamente correcto.

Bajé con Matthew justo cuando Gabriel padre empezaba a servir la comida. Gabriel intentó tomar al bebé, pero nuestro hijo se aferró a mi camisa, llorando cuando él los presentó.

«Ese es mi niño»

Los dejé solos y acompañé a Kim y Jadeen, sin quitar la mirada de Gabriel. Mi mente gritaba que no tenía razones para sentirme así; después de todo, él y yo solo éramos esposos en papel. Sin embargo, no podía dejar de sentirme como lo hacía, estaba

completamente enojada, mi piel hormigueaba, y por más que lo intentaba, no podía apartar la mirada y notaba cada gesto, cada sonrisa, y a cada segundo que pasaba, me incomodaba más.

—Parece que alguien está interesado en tu amorcito —susurró Kim con tono divertido. Entrecerré los ojos buscando la pañalera de Matty, pero al parecer la había olvidado en la habitación—. Vamos, te apuesto cincuenta a que te estás muriendo de los celos, él es tu marido y ella fue su exnovia.

—No estoy celosa —le aseguré, pero sí, lo estaba, y mucho—. Además, él y yo solo somos compañeros de casa.

Kim arqueó una ceja.

—Claro. Y yo soy astronauta.

—Voy a la habitación por la pañalera de Matty. —Me levanté de la silla, acomodándolo en mi cadera.

—Si quieres yo voy por ella —se ofreció Kim—. Necesitas vigilar a tu *roomie* —se burló.

Rodé los ojos.

—Hoy estás imposible —mascullé, caminando hacia la casa.

En mi interior quería tomar a Gabriel de la mano y sacarlo del jardín, marcar mi territorio ante su ex. Pero en vez de ello, solo me aferré a Matty y subí las escaleras.

Capítulo 31

Susurros del pasado

«A veces, los recuerdos son el mejor camino para volver a casa».
Haruki Murakami.

Gabriel

La visita de Andy me tomó por sorpresa, nuestra relación terminó cuando decidí volver a Estados Unidos y ella optó por quedarse en Londres. Antes de conocer a Elizabeth.

No fue una ruptura bonita; sin embargo, antes de ser novios, fuimos buenos amigos, y prefería conservar los buenos recuerdos.

Ella solo estuvo una hora en casa, porque su prometido la esperaba para conocer la ciudad. Y esa había sido la razón de su visita, entregar a mi madre la tarjeta de su boda, ella estaba feliz por mí, y yo estaba genuinamente feliz por ella; al final, cada uno de nosotros encontró su camino.

La acompañé hasta la puerta e intercambiamos números de teléfono antes de que se marchase. Volví al jardín y noté que Elizabeth no estaba, algo en mi interior se tensó, no era común que ella simplemente desapareciera.

Entré a la casa y subí las escaleras con agilidad, abrí la puerta de mi antigua habitación, donde mi madre había puesto una cuna para Matthew. Y afortunadamente ahí estaba, dormida en la mecedora, con Matty acurrucado en su pecho.

Los observé por unos minutos incapaz de molestarlos, pero si queríamos llegar a la reserva que hice para celebrar su cumpleaños, deberíamos irnos pronto. Alcé mi hijo con cuidado para no despertarlo y lo dejé con suavidad sobre la cuna, faltaban dos horas para la reserva que había hecho, pero aun teníamos que ir a casa y vestirnos para la ocasión. Matthew se quedaría con mis padres hasta después de la cena.

—Elizabeth —murmuré, rozándole el hombro—. ¿Lizzy?

Ella parpadeó lentamente, desorientada por un instante.

No era justo lo hermosa que se veía así, con el cabello algo revuelto y la expresión tranquila.

—¿Qué hora es? —masculló, somnolienta.

—Casi las cinco, te esperan abajo para partir el pastel.

—¿Ya tu visita se fue?

Podía escuchar el desdén en sus palabras y una sonrisa pugnó por salir, pero no lo permití. Sabía que estaba molesta y no me avergonzaba decir que había usado a Andy para despertar en ella un poco de celos. No habíamos hablado de lo ocurrido el día anterior.

Una de las virtudes que me dejó el accidente fue la paciencia, pero sabía jugar sucio también, yo sabía cuándo mi esposa me deseaba, y ella lo hacía.

—¿Andy? Sí, tuvo que marcharse lastimosamente…

—Lastimosamente —replicó con sarcasmo, levantándose de la silla, luego puso una cobija sobre Matty, antes de salir de la habitación.

Cuando bajamos, la familia nos esperaba en la sala con el pastel y una vela encendida; de inmediato, todos comenzaron a cantar *Feliz cumpleaños*. Cuando los aplausos y abrazos cesaron, me incliné un poco hacia ella, susurrándole al oído que la noche aún no terminaba.

Después de la cena quería llevarla a bailar, sabía que amaba hacerlo; la música latina era su favorita, y Kim me había recomendado un nuevo lugar.

Nos despedimos de mis padres y mis hermanos, después de los obsequios y conduje de vuelta a casa. Lizzy seguía tensa y cuando pregunté si sucedía algo, argumentó que se sentía extraña de regresar a casa sin nuestro hijo. Le aseguré que volveríamos por él cuando termináramos la noche.

Me vestí con un traje de tres piezas de color oscuro y lo combiné con una corbata color vino. Había hecho una reservación en el restaurante en donde le pedí matrimonio. Bajé las escaleras y me senté en el sofá para revisar mi bandeja de correo, aprovechando que ella parecía no estar lista.

Estaba respondiendo un mensaje urgente cuando escuché los tacones repiquetear contra el parqué. Alcé la mirada y la vi bajando las escaleras, llevaba un vestido que le abrazaba las curvas con delicadeza; el maquillaje resaltaba sus ojos y sus labios tenían un brillo sutil. Por una fracción de segundo, no pude apartar la mirada.

—Estás… preciosa —murmuré, acercándome hasta ella cuando llegó a la planta baja.

—Tú también estás muy guapo —respondió, con sus mejillas tiñéndose de un rosa suave.

Le tendí mi brazo y entrelazó el suyo mientras salíamos de la casa.

El camino hacia el restaurante transcurrió en silencio entre nosotros, solo la voz de Adele se escuchaba por el sistema de sonido. Le había pedido que fuese mi novia con *Make You Feel My Love,* de fondo, mientras viajábamos en el auto hacia nuestra tercera cita. Justo la canción que sonaba en ese momento.

Tarareé la melodía mientras ella miraba por la ventana. Se giró por un segundo y me miró como si estuviera recordando algo. Mi corazón latió con fuerza y apreté las manos al volante.

—Me encanta esta canción —murmuró, subiendo el volumen.

Intenté no sentirme decepcionado mientras ella empezaba a cantar. En vez de eso, me uní a ella hasta que la canción terminó.

Capítulo 32

Destellos del ayer

«Lo que una vez disfrutamos, nunca lo perdemos. Todo lo que amamos profundamente se convierte en parte de nosotros».
Helen Keller.

Gabriel

Aparqué el coche frente al restaurante y le pedí que esperara para abrir su puerta. Se río, pero lo hizo. Entramos al lugar tomados del brazo, y el maître nos llevó a una mesa íntima, como aquella noche, hacía poco más de un año.

Un mesero llegó rápidamente ofreciéndonos los menús.

—Antes de que ordenemos —dijo Elizabeth, cerrando el menú una vez que estuvimos solos—, quiero hablar contigo.

Cerré mi carpeta y apoyé las manos sobre la mesa.

—He estado pensando mucho estos últimos días… —empezó bastante seria. Tragué el nudo en mi garganta—. Amo a Matthew —sonrió—, y por él quiero intentarlo.

Mi pulso se disparó. Ella estaba…

—No puedo prometerte que recordaré todo, pero quiero que seamos buenos padres para Matthew. Y, Gabriel, yo quiero… ser tu esposa.

Me quedé sin palabras. Por un instante pensé que me daría un infarto ante los latidos acelerados de mi corazón. Quería abrazarla, quería besarla, quería…

Ella se acomodó en su asiento, incómoda por mi mutismo.

—Bueno, si aún quieres que lo…

—Yo quiero —la interrumpí—. Por supuesto que quiero… —dije atropellando las palabras.

Ella sonrió.

—Supongo que hay muchas cosas que tenemos que empezar a poner en marcha… como, por ejemplo, crear nuevos recuerdos.

«Te amo, Elizabeth. Te amo más que a nada en este mundo, más que a nadie en el universo entero».

No dije nada, no quería asustarla o que se sintiera presionada a decirlo de vuelta.

—Me gusta eso… crear nuevos recuerdos —dije, forzando mis cuerdas vocales—. Además, desde que te conocí, he querido ser tu esposo.

Deslicé mis manos por la mesa hasta apretar la suya, que temblaba levemente. Ella apretó mis dedos y me regaló una gran sonrisa, iba a decir algo más, pero el mesero nos interrumpió preguntando si estábamos listos para ordenar. Cuando negamos, se retiró, dándonos un poco más de tiempo.

Elizabeth abrió su menú y, por una pequeña fracción de tiempo, ambos estuvimos absortos en la carta o, quizá, dándonos algo de tiempo para procesar nuestras emociones. Esperé a que ella eligiera algo. Por lo general, la antigua Elizabeth siempre pedía algo de mar que pudiésemos compartir.

—Podemos pedir un *fritto di mare* y compartir —dijo sin mirarme. Intenté esconder la sonrisa que pugnaba por salir—. ¿Qué vas a pedir para la cena?

Mi mente evocó los recuerdos de la última vez que estuvimos aquí.

«—¿Estás bien? —Sacudí la cabeza, dándole una leve sonrisa…

—Sí, todo está bien. —Llevé una cucharada a mi boca—. Has estado actuando raro desde que te dije del embarazo… —Observó su plato haciendo círculos con la cuchara. Había pedido salmone alla griglia*.*

Elizabeth disfrutaba mucho de la comida de mar, y este restaurante era especialista. La música de fondo, un suave sonido de violines, hacía de la atmósfera algo casi mágico.

—Podemos interrumpirlo, sabes. Sé que apenas tenemos unos meses viviendo juntos y que… —Un leve rubor subió a sus mejillas.

—Te amo —susurré, acariciando el dorso de su mano con mi pulgar. Ella alzó su mirada hacia la mía—. Casémonos.

—¿Qué?

—Cásate conmigo —repetí.

—Si esto es por el bebé, yo…

—No —la interrumpí—. Encontrarte en esa fiesta de disfraces ha sido lo mejor de mi vida. Ser tu amigo mientras superabas al idiota y convertirme en tu novio es lo mejor que me ha sucedido. En mi lista de las diez cosas más fantásticas de mi existencia, las cinco primeras tienen que ver contigo. —Con mi mano libre, saqué la caja con el anillo que había comprado para ella—. Ya vivimos juntos, me amas, te amo y vamos a tener un bebé.

—Gabs… —Ella tiró de su mano, alejándose—. Yo ni siquiera sé si quiero ser madre y no me veo como una esposa.

Apreté su mano.

—No tienes que ser una esposa, solo tienes que ser Lizzy… —continué antes de que ella pudiese hablar—. No me imagino mi vida sin ti. Yo quiero ser tu familia.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dios… ni siquiera sé qué decir.

—Bueno, un «sí» estaría bien.

Ella dejó escapar una carcajada y asintió antes de tomarme por el cuello de la camisa y atraerme para besarme. Los comensales de algunas de las mesas a nuestro alrededor empezaron a aplaudir.

—Sí —susurró contra mis labios—. Sí, quiero casarme contigo».

—¿Gabriel? —Elizabeth estaba chasqueando sus dedos frente a mí—. ¿Qué vas a pedir para cenar?

—Perdón, me abstraje un poco. Pediré la *cotoletta alla milanese.* ¿Tú estás lista para ordenar?

—No logro decidirlo. —Llevó el pulgar a su boca y pasó la hoja del menú—. Estaba pensando entre el *salmone alla griglia* o el *salmone en costra con finas hierbas*, aunque la última vez que estuvimos aquí, el *salmone alla griglia* me dio acidez y tuvimos una noche infernal…

Mi mente tardó medio minuto en procesar sus palabras. Por un segundo pensé que no había escuchado bien.

—¿Cómo dices?

Elizabeth parpadeó un par de veces y dejó el menú sobre la mesa.

—Dije… que la última vez que estuvimos aquí, el *salmone alla grigli*a me dio acidez y tuvimos... Una noche…

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

El silencio se extendió entre los dos, un nudo se instaló en mi garganta y lo único en lo que podía pensar era en esa noche, en cómo tuve que llevarla a urgencias en la madrugada porque el salmón le había dado acidez por el embarazo.

Una extraña mezcla entre miedo e ilusión se aferró a mi pecho como tenazas atrapando mi corazón y mis costillas.

Elizabeth frunció el ceño al caer en la cuenta de sus palabras.

—Fue una noche infernal —repitió.

Permanecí en silencio, esperando que ella me dijera algo más. Sus ojos se abrieron y alzó la mirada hacia mí.

—Tuve acidez y pasamos una noche infernal, Gabriel. —La emoción era evidente en su rostro, sus ojos brillaban con lágrimas retenidas—. Recuerdo esa noche, recuerdo la vez que estuvimos aquí.

Y mientras ella me sonreía, emocionada por ese pequeño fragmento de su vida, sentí que encontraríamos nuestro camino.

Capítulo 33

Fragmentos

«Era un fragmento diminuto del universo, pero también era exactamente del tamaño del universo».
Elizabeth Gilbert.

Gabriel

La emoción de aquella noche volvió a mi mente como un vendaval. El sonido de su risa, el rubor en sus mejillas, la forma en que sus dedos se entrelazaban con los míos después de que le pedí que se casara conmigo... Y después, el pánico de la madrugada, la angustia cuando me dijo que tenía un dolor insoportable en el estómago, el miedo de que algo le ocurriera a ella o al bebé. Y el alivio cuando el doctor mencionó que era un episodio común en el embarazo.

Y ahora ella lo recordaba.

—¿Recuerdas algo más? —pregunté con voz baja, conteniendo la urgencia que sentía en ese momento.

Elizabeth cerró los ojos, como si intentara concentrarse en esos fragmentos de su memoria.

—No mucho... Es una imagen difusa —susurró—. Recuerdo estar aquí, contigo. ¿Me pediste matrimonio?

Asentí, sonriendo.

—Demonios, estaba aterrada y emocionada… terminamos en el hospital por la maldita acidez. —Soltó una risa entre dientes y se cubrió la boca con la mano—. ¡Dios! Eso fue terrible.

Sonreí, a pesar del torbellino de emociones que me sacudió por dentro.

—Lo fue. Nunca había estado tan asustado en la vida...

El mesero regresó e hicimos nuestra orden rápidamente. Pedí una botella de prosecco, una de sus bebidas favoritas.

Quería celebrar.

—Gabriel... —Su expresión se tornó seria y su voz, más baja que de costumbre—. Si recordé esto, significa que quizá haya una esperanza… Tal vez, si dejo de presionarme tanto, todo vuelva con el tiempo.

—No tienes que forzarte, nena. —Las palabras salieron con certeza—. No importa cuánto tiempo tome... Estaré contigo en cada paso del camino.

—Eres un magnífico esposo, Gabriel, y siento que no he agradecido lo suficiente todo lo que has hecho por mí.

Negué con la cabeza.

—Nunca podría pedirte nada. —Atraje sus dedos a mis labios, dejando un beso suave sobre su piel—. Yo te amo, Elizabeth —dije sin despegar mi mirada de la suya—. Y cuando se ama como yo lo hago, no se necesitan agradecimientos.

Elizabeth me miró sus ojos brillantes y llenos de dudas, por un instante, podía sentir el peso de su confusión. Apretó mi mano, como si el contacto entre los dos fuera una memoria que su cuerpo no había olvidado.

Le devolví la mirada, intentando trasmitirle todo el amor que sentía por ella, sin presiones, sin condiciones sin reservas.

La cena llegó rompiendo el momento, el mesero dejó el plato de Elizabeth primero, luego el mío y después de servir nuestras copas nos dejó solos, pero el momento había pasado y, aunque la conversación derivó en temas más ligeros, la emoción se mantuvo flotando en el aire.

Manejamos de vuelta a la casa en silencio. La música de Adele sonaba de fondo nuevamente, pero ni siquiera la armoniosa melodía podía apaciguar los pensamientos en mi cabeza. Miré de reojo a Elizabeth; como yo, ella también parecía estar sumida en sus pensamientos.

La luz cambió de verde a rojo y tamborileé mis dedos en el volante.

—Llamaré a mamá para que tenga a Matty listo.

—Y si no vamos por él? —dijo sin mirarme.

—¿Qué?

—Crees que tu madre pueda cuidarlo por esta noche?

—Seguramente sí, podemos…

—Entonces dejémoslo esta noche con ellos —me interrumpió—. Quiero ver esos videos de los que una vez me hablaste, videos de nosotros.

—Lizzy… —Sus palabras me tomaron por sorpresa—. ¿Estás segura?

—Sí —asintió, girándose hacia mí—. Quiero ver cómo éramos nosotros juntos.

Conduje hacia casa no sin antes enviarle un mensaje a mi madre. No le dije que Elizabeth tuvo un recuerdo significativo de nosotros dos, ni que por fin pidió ver los videos que bajé para ella desde el momento en que llegó a casa y que se negó a ver tajantemente después de un par de semanas.

Quería esperar, darle tiempo y que no se sintiera agobiada por preguntas inapropiadas.

Aparqué frente a la casa y bajamos.

Me quité la chaqueta y la corbata, ella dejó los tacones en la sala, sentándose sobre el sofá, y yo fui a mi estudio por la caja.

Cuando volví, ella me esperaba. Dejé la caja en el suelo y ella miró los CDs; cada uno estaba marcado con su puño y letra.

—Pon este —murmuró, entregándome el vídeo de nuestra boda.

La pantalla se llenó de imágenes del jardín de la casa de mis padres: la decoración con luces colgantes, flores blancas y lavanda, las sillas adornadas con listones dorados. Jadeen había sido el camarógrafo ese día.

Mi madre y yo de pie en el altar, junto al juez esperando, mientras nuestra canción de Adele sonaba y ella caminaba hacia mí, con un vestido color beige. Cada segundo del video evocó los recuerdos de esa mañana: mis manos temblorosas mientras sostenía las suyas, su mirada llena de amor y aceptación.

Sin duda, el día más feliz de mi vida.

Intenté no mirarla mientras se reproducía el momento en el que intercambiamos nuestros votos.

«—Desde el primer momento en que te vi, supe que estabas destinada a complicarme la vida. Y lo hiciste… —mascullé haciendo

reír a nuestros pocos invitados—. Nunca me consideré un hombre de muchas palabras —le di mi sonrisa torcida—, pero contigo… contigo todo cambió, tú hablas por los dos. —Más risas—. Aun no sé cómo me enamoré de ti, eres sexy, pero te robas mis papas fritas y nunca devuelves mis suéteres. Has llenado mis días de risas, de caos y de amor. No puedo imaginarme un solo amanecer sin despertar a tu lado ni una sola noche sin escuchar tu voz diciéndome «buenas noches» antes de dormirte en mis brazos. Prometo ser tu refugio cuando el mundo se sienta demasiado pesado, tu compañero de travesuras y el hombre que siempre estará a tu lado, incluso cuando insistas en adoptar más plantas de las cuales yo tengo que hacerme cargo. Prometo bailar contigo en la cocina sin música, escribir «te amo» en la condensación del espejo y robarte besos hasta que lleguemos a viejos. Elizabeth, hoy, ante estas personas yo prometo amarte incluso cuando quieras ver una comedia romántica en lugar de una de acción, cuando cantes en la ducha como si estuvieras en un concierto, a pesar de que estés desgarrando la letra. —Un murmullo se extendió entre los invitados. Los ojos de Elizabeth brillaban con lágrimas contenidas, pero su sonrisa iluminaba todo el lugar—. Yo prometo amarte cada día hasta mi último respiro.

—Ahora me toca a mí, ¿cierto?

El Juez asintió.

—Gabriel Anthony Lautner, desde que llegaste a mi vida, todo ha sido un desastre —dijo ella con una risita suave—. Pero el mejor desastre de todos… Nunca creí en el destino hasta que te conocí. Nunca pensé que alguien podría mirarme como si fuera la mejor historia jamás contada. Pero entonces llegaste tú, con tu terquedad adorable, con tu manera de sostenerme la mano cuando me siento insegura, con tu amor incondicional que me hace sentir la mujer más afortunada del mundo. Prometo amarte incluso cuando ronques como un oso hibernando, amarte aun cuando insistes en que la pizza fría es un desayuno válido, y amarte pacientemente cuando intentes armar muebles sin leer las instrucciones.

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Eso fue un ataque innecesario —mascullé con diversión.

—No lo niego. Pero te amo y por eso prometo amarte incluso cuando dejes la tapa del inodoro levantada o cuando insistas en ver películas de terror que después no me dejan dormir. Prometo robarte las sábanas en invierno y acurrucarme en tu pecho para que me caliente. Prometo besarte cada mañana como si fuera la primera vez y amarte cada día como si fuera el último. Para siempre —dijo ella. Y sin importarle el protocolo, se lanzó a mis brazos, fundiéndonos en un beso que hizo suspirar a todos.

—Bueno… creo que eso significa que ya pueden besarse.»

Jadeen cortó el video en el momento de los abrazos.

La pantalla quedó en negro y suspiré. Elizabeth giró el rostro hacia mí mientras secaba mis lágrimas.

—Gracias —murmuró ella, y yo sonreí.

—¿Puedes poner otro?

—No hay afán, es algo tarde, podemos tomarlo despacio. —Saqué el CD y lo guardé en su empaque—. ¿Tienes alguna pregunta?

—La expresión en nuestros rostros es toda la respuesta que necesito… no he cumplido mis promesas. —La miré sin entender, y ella continuó—: Besarte cada mañana como si fuese la primera vez.

—Lizzy… yo…

—Tienes razón, es tarde y ha sido un día movido, lo mejor es que me vaya a la cama.

—Te acompaño —dije, apoyando mi mano en su espalda baja mientras subíamos las escaleras, acompañándola hasta su puerta.

—Gracias por un grandioso día de cumpleaños

—No hay de qué... Buenas noches, Lizzy…

Antes de que pudiera terminar la frase, su mano sujetó la mía, jalándome suavemente, y sus labios se posaron sobre los míos.

El beso comenzó con dulzura, pero pronto la necesidad se apoderó de ambos.

No hubo palabras.

No hubo dudas.

Solo ella, yo y la puerta de su habitación cerrándose detrás de nosotros.

Capítulo 34

Entre Susurros

«Amar no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección».
Antoine de Saint-Exupéry

Elizabeth

Fue un impulso inesperado, tal vez, por todo lo que había sucedido durante el día, los celos que sentí al escuchar lo que decían esas mujeres, el pequeño atisbo de mi vida tras ese recuerdo, el video de la boda, nuestras miradas, los votos, las lágrimas de Gabriel mientras me esperaba en el altar; o quizás, el deseo que experimentaba desde que vi a Gabriel desnudo.

Lo que me hizo atraerlo hacia mí y besarlo. Necesitaba el contacto, necesitaba ser besada por él, acariciada por él, era algo que ni siquiera podía explicar.

Él respondió mi beso, la puerta se cerró y caminamos a tientas por la habitación oscura hasta llegar a la cama. Sus manos se deslizaron por mis piernas y las mías acariciaron su espalda. Nuestro beso se volvió más frenético, salvaje; podía sentir su erección presionada contra mi vientre, mi sexo palpitaba con cada segundo que pasaba.

Había hambre, necesidad, estaba absorta en su aroma, su calor y sus caricias. Una especie de fuego recorrió mi cuerpo, encendiéndome como una jodida antorcha. Él gruñó cuando mis dedos encontraron su cabello y tiraron de sus mechones; en un movimiento rápido nos giró, sentándose sobre la cama, dejándome a horcajadas sobre él.

Mis manos se movieron frenéticas por sus pectorales, mis dedos torpes desabotonaban su camisa. Gabriel rompió el beso, su respiración acelerada, su mirada cargada de deseo y adoración, se encontró con la mía, haciéndome estremecer. Exhalé temblorosamente y sus manos enmarcaron mi rostro.

—Calma, calma —musitó con voz entrecortada. Acarició mi mejilla, su pulgar moviéndose sobre mi piel con una devoción silenciosa—. Se suponía que iríamos despacio.

—Gabriel… llevamos tres meses viviendo juntos. ¿No crees que eso ya es ir despacio?

Su risa fue baja, ronca.

—Quiero que estés segura antes de dar este paso.

Presioné mis labios contra los suyos de nuevo, dejándome llevar, saboreando el momento y la dulzura impregnada en su caricia. Sin embargo, él no profundizó el beso; fue más como un roce ligero que me dejó con ganas de más, lo miré fijamente cuando, una vez más, se alejó de mí.

—Estoy segura… No es solo deseo o agradecimiento. Gabriel... Te quiero, tú me gustas mucho. —Me alejé un poco más, observando los botones abiertos de su camisa que dejaban al descubierto los músculos de su abdomen y su piel—. Y mírate, tendría que estar loca para que no me gustaras porque, vamos, eres *sexy*.

Él soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Dijiste lo mismo cuando te pedí que fueras mi novia.

Yo también reí.

—Pues sigue siendo cierto.

Me bajé de su regazo, sentándome a su lado, a pesar de que todo mi cuerpo me gritaba que continuáramos donde lo habíamos dejado.

Su mano buscó la mía y nuestros dedos se entrelazaron. Gabriel se recostó, llevándome con él.

—No podría soportarlo si tú te lamentas después…

—No podría hacerlo —suspiré—. Yo te deseo —murmuré a centímetros de su rostro —. Quiero ser tuya.

Él cerró los ojos y exhaló con fuerza. Su mano puso un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Dios Elizabeth…—murmuró como si fuese una plegaria, no pude evitar sonreír antes que mi mirada se desviara a sus labios húmedos, carnosos, de un intenso color carmesí; en un movimiento rápido me dejó bajo su cuerpo. Sus labios se movieron sobre los

míos, firmes pero suaves al mismo tiempo. Nuestra respiración era una sola y nuestras lenguas se mezclaban, feroces, intrépidas.

Separé mis muslos en una invitación silenciosa, lo quería dentro de mí, piel con piel.

Estaba segura de lo que sentía por él. Del por qué mi antigua yo lo había escogido como marido e incluso le había dado un hijo. El pensamiento escapó de mi memoria cuando sus manos acariciaron el contorno de mi cuerpo hasta llegar a mi trasero.

Las manos de Gabriel se deslizaron entre la tela y la piel, haciendo que mi cuerpo se estremeciera, haciéndome gemir ante el cúmulo de sensaciones que me asaltaban ante el contacto tibio de nuestros cuerpos.

Su boca abierta se deslizó por mi cuello, tiró del lóbulo de mi oreja, solo para regresar a mis labios, mientras sus manos masajearon mi trasero.

—Por favor —imploré, cuando empezó a tirar de la tela de mis bragas—. Por favor… —Se levantó de la cama, sacándose la camisa por la cabeza, me maravillé con su piel. Desabrochó su cinturón, nos desnudamos torpemente, sin pausas, entre besos y risas, una vez estuvimos en ropa interior nos observamos.

—Estoy segura —dije al ver la vacilación en su mirada.

—Tú… —su voz se rompió—. He querido esto desde hace mucho tiempo, Lizzy —confesé. Su mirada era intensa, arrasadora, encendía cada poro de mi cuerpo. Sus labios se movieron por mi rostro, erizando mi piel, haciendo presión contra mi pómulo—. Yo te amo, Elizabeth, te amo.

—Gabriel…

—No digas nada, no tienes que decirlo.

Volvimos a besarnos, sus labios serpentearon deteniéndose en mis pechos. Nuestras miradas se cruzaron y asentí a su pregunta silenciosa arqueándome para que él pudiese soltar el sostén; tan pronto como lo hizo, su boca cubrió mi pezón haciéndome gemir, mi piel se erizó ante el vaho cálido que salía de su boca, su mano libre acarició el pezón desatendido, mientras con su boca succionaba, lamía y besaba cada espacio de mi piel. Recorrió mi abdomen con sus labios y acarició con ternura la cicatriz de la cesárea, haciendo

que mi cuerpo se sacudiera, inhaló profundamente cuando estuvo frente a mi sexo, y sin detenerse a preguntar, tomó el elástico de mis bragas y las rodó por mis piernas, dejándome desnuda y expuesta ante su mirada. Un suspiró tembloroso escapó de sus labios y sus dedos se deslizaron entre mis pliegues, haciéndome estremecer.

—Mírame, Elizabeth —murmuró, llevándose los dedos a su boca. La imagen de Gabriel semi desnudo lamiendo mi excitación, encendió en mí un nuevo grado de deseo.

—Gabriel… Por favor…

Su cuerpo cubrió el mío y abrí las piernas en una invitación silenciosa, nuestras bocas se encontraron una vez más, la punta de su glande rozó mi clítoris, haciendo que todo mi cuerpo se electrificara, entró en mi interior con un gruñido áspero. Mi cuerpo se arqueó bajo el suyo, chillé una maldición, mientras una explosión de color rojo estalló detrás de mis párpados y el calor se expandió por mi columna. Mis dedos se enredaron en su cabello y mis talones se enterraron en el colchón.

—Mierda —susurró sin aliento, sin moverse. Sus caderas se sentían cálidas contra la parte interna de mis muslos, era incapaz de apartar la mirada de él. De sus ojos, de la intensidad de su mirada y de lo mucho que me decía una y otra vez que me amaba.

Mi mente se llenó de chispas, pequeñas imágenes borrosas de los dos, de su mano acariciando mi mejilla o mi cabello, pequeños destellos que se nublaban ante sus embestidas lentas y dulces. Largas y frenéticas, pasamos del anhelo al frenesí, se sentía como un infierno incontrolable que crecía con cada segundo que él se movía en mi interior.

No había esperado la conexión que se acumulaba en mi interior. No había esperado los movimientos fáciles y hábiles de sus caderas, o la manera correcta en la que se encajaba dentro de mí. No había esperado cómo me miraría, cómo me haría sentir; todo se sentía tan poderoso, casi abrumador.

—Te sientes tan bien —masculló, tomando mi rodilla y doblándola de tal manera que pudiese cambiar el ángulo de la penetración.

Jadeé mientras sus embestidas regresaban más fuertes, su fuerza provocándome una reacción descontrolada por dentro.

Aumentando mi placer, me abracé a él mientras me acercaba al borde. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos oscuros de deseo, sus jadeos erráticos.

El placer vibró profundamente a través de mi cuerpo cuando caí en picada a un abismo oscuro. Ante el éxtasis, él comenzó a temblar conmigo, dentro de mí, su voz se alzó mientras sucumbíamos, uno contra el otro, calientes y húmedos por el sudor. Nuestras posturas tensas se disolvieron y él cayó a mi lado atrayéndome a su cuerpo, jadeantes contra la piel del otro, mientras las vibraciones por lo ocurrido mermaban.

Capítulo 35

Nueva Era

«El amor no se trata de encontrar a alguien con quien vivir, sino de encontrar a alguien sin quien no puedas vivir».
Rafael Ortiz.

Gabriel

Extendí la mano sobre la cama encontrando las sábanas vacías. Abrí los ojos y el sol ya estaba en lo alto. En cuestión de segundos me di cuenta de que estaba solo en la habitación y una especie de miedo irracional me envolvió: ¿Se arrepintió? ¿Decidió que todo fue un error?

El pánico se instaló en mi interior mientras me sentaba en la cama, me levanté apresuradamente para buscar el pantalón que tenía la noche anterior, me lo puse y salí de la habitación. Elizabeth no estaba en el baño, ni en la habitación de invitados.

El solo hecho de pensar que la noche anterior no hubiese significado nada para ella, hacía que una punzada de ansiedad me atacara. Me pregunté si a lo mejor no habíamos actuado demasiado rápido.

Bajé las escaleras con prisa, intentando mantener los pensamientos negativos al costado de mi memoria. La pesada carga en mis hombros se desplomó cuando vi a Lizzy sentada en el sofá, tenía la cabeza apoyada en sus rodillas mientras sostenía mi teléfono en su mano.

Bajé los peldaños faltantes, y noté rápidamente la humedad en sus mejillas. Se limpió las lágrimas con la manga de la camisa, la misma que me quitó la noche anterior, ante la desesperación de volverla a tener.

Mi pecho se apretó y di un par de pasos hacia ella escuchando mi voz. Estaba reproduciendo un video de nosotros, lo recordé rápidamente, fue en nuestra última Nochebuena, ella estaba radiante, la maternidad había aportado una luz extra a la que ella

misma irradiaba, acariciaba su vientre con adoración mientras yo leía un cuento, tenía mi cabeza descansando sobre sus piernas; era como si hubiese sido ayer y no hacía nueve meses.

Ella levantó la vista, me vio y se mordió el labio con fuerza, y otra lágrima rodó por su mejilla. No lo dudé, eliminé la distancia que nos separaba y la envolví entre mis brazos. Se tensó al principio, pero luego se aferró a mí con la misma necesidad con la que la sujetaba. Dejé que se desahogara y luego la separé de mi pecho para limpiar su rostro.

—¿Por qué nos pasó esto? ¿Por qué no puedo recordarte? —Sus manos acariciaron mis mejillas—. Éramos tan felices, Gabriel.

—Volveremos a ser felices, no importa el tiempo que nos tomé. Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo —le prometí, y sonrió, llorosa.

—Ya lo haces —sollozó—. Me haces muy feliz.

Dejé un beso sobre sus labios y sonreí cuando ella no me rechazó.

—Vamos, te haré panqueques para desayunar. —Extendí mi mano hacia ella y la tomó rápidamente.

Caminamos a la cocina, mientras buscaba los ingredientes, ella se sentó en una de las sillas, observándome en silencio; era como si sus emociones estuviesen luchando por aplacarse. No dije nada, quería dejarla con sus pensamientos. Antes del accidente, solía decir, que verme cocinar la relajaba, siempre le refutaba que solo lo decía para no cocinar ella, pero ahora me aferraba a que eso fuera cierto.

Después de un tiempo el aroma a vainilla y canela pronto llenó el ambiente. Mientras vertía la mezcla en la sartén, sentí su mirada sobre mí. Cuando volteé, la encontré con una expresión serena, observándome como si intentara grabar cada detalle de ese momento.

—¿Qué? —pregunté, sonriendo.

—Nada… solo… esto se siente bien.

Sonreí.

—Ya está listo. —Serví en dos platos, los puse en la mesa junto a dos tazas de café y me senté frente a ella. Por varios minutos comimos en silencio, el tipo de silencio cómodo entre una pareja.

Después de un par de bocados, Elizabeth dejó el tenedor en el plato y levantó la vista hacia mí.

—Sobre anoche… —empezó titubeante. Me tensé, pero la dejé hablar—. Fue… intenso. La manera en cómo simplemente pasó… Y yo… me sentí bien, me sentí… amada… Y luego tu alarma sonó y tomé tu celular, me vi tentada a revisar la galería, no debí hacerlo, sé que es algo personal y…

—No hay problema, no estoy molesto, ni nada que se le parezca.

—No quiero que esto nos haga daño —continuó—. No quiero perderme en lo que sentimos y olvidar que hay cosas que aún no recuerdo. Y también está Matthew… No podemos hacer promesas solo porque anoche nos dejamos llevar.

—Eso fue lo que significó para ti… —Tragué el nudo que tenía en la garganta—. Simplemente te dejaste llevar.

Ella negó con la cabeza.

—Siento cosas muy fuertes por ti. Y quiero redescubrirme… redescubrirnos, pero quiero que Matthew esté sobre todo esto, funcione o no.

—Nena. —Me llevé su mano a los labios y la besé—. Siempre seremos los padres de Matty —sentencié, mirándola a los ojos—. Y quiero que sepas que lo que sea que esté pasando aquí… no lo voy a apresurar, pero tampoco lo voy a dejar ir. Porque te amo, Elizabeth. No a la Elizabeth que se casó conmigo, yo te amo a ti, con recuerdos o sin ellos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se levantó de la silla, acercándose a mí, esta vez fue ella quien dejó un beso sobre mis labios. Deslicé mis brazos por su cintura, atrayéndola más a mí, su cabello creó una cortina alrededor de nosotros y nos besamos, sin prisas, pero con la certeza de que algo estaba cambiando entre nosotros.

Capítulo 36

«De la tranquilidad surge el poder y la fuerza».
C. Joybell C.

Gabriel.

Después del desayuno, Elizabeth subió a asearse, mientras yo limpiaba la cocina, intentaba ponerme en sus zapatos. Dios sabía que no era un hombre paciente; sin embargo, luego del accidente encontré serenidad para enfrentar la prueba más grande de nuestro matrimonio, recordé la mirada de Lizzy cuando la traje a casa del hospital. El miedo que cubría sus facciones era tan contradictorio, no era como el día que nos mudamos juntos; en donde había brillo y felicidad, solo había temor y angustia.

Y fue ahí cuando lo entendí. Tenía dos caminos, el primero era rendirme y el segundo luchar: Elegí luchar.

Por mi familia, por la mujer que amo, por mí.

Una vez la cocina quedó limpia, subí las escaleras tarareando una de mis canciones favoritas de Imagine Dragons: *Believer*, más que una canción era una especie de himno, sentía que después de mucho tiempo podía respirar de nuevo.

Pasé por nuestra habitación, deteniéndome al ver a Lizzy sentada en la cama, mientras desenredaba su cabello con una expresión lejana.

—¿Nena? —pregunté. Su mirada se encontró con la mía—. ¿Todo bien? —insistí; ella afirmó. Entré a la habitación y me acuclillé frente a ella—. Te ves desconsolada.

—He estado pensando —susurró. Centré mi atención en lo que quería decirme y no como su labio me incitaba a devorarlos—. Me gustaría que esto, solo fuese entre los dos… lento.

—Tan lento como tú quieras, amor —sonreí porque había dicho lo mismo la noche anterior.

Escuchamos la puerta principal abrirse y luego la voz de mi madre, llamándonos.

—Bajaré primero —le dije con una sonrisa tranquilizadora.

Esperaba que mi madre no notara que las cosas habían cambiado, que mi sonrisa no delatara lo feliz que me sentía.

—¡Gabriel!

—Aquí estoy, mamá. —Bajé las escaleras y mi madre me lanzó una mirada llena de reproches.

Jadeen, Mel y mi padre también estaban ahí.

—¿Por qué no contestas tu celular? —me riñó—. Te estuvimos llamando y ya estábamos preocupados. —Me miró ceñuda. Miré a mi padre que simplemente se encogió de hombros—. La última vez que no contestaste, fue por el accidente… y yo.

—Mamá, estoy bien —sonreí y tomé a Matty de sus brazos, para lanzarlo al aire de forma juguetona. Luego caminé hacia el sofá en donde Elizabeth había dejado mi teléfono—. Mi celular está sin sonido.

Giré el rostro al ver a Elizabeth bajando las escaleras. Tomó a Matthew de mis brazos y luego caminó hacia el sofá, seguida de mi madre y hermana.

Mel alzó una ceja al verme vestido solo con un pantalón formal, pero no le presté atención y subí las escaleras para darme una ducha.

Bajé veinte minutos después, mis padres y hermanos ya se habían marchado. Elizabeth jugaba con Matty que estaba boca abajo sobre la cobija de su abuela en el suelo, mientras ella apilaba unos cubos. Me recosté a su lado tomando un cubo y enseñandoselo a Matthew.

—Salgamos al parque, es un día precioso —exclamé con una sonrisa.

Pasamos el resto del día en el parque; por la noche, luego de dejar a Matty en su cuna, fuimos a nuestra habitación y una vez más le hice el amor.

Elizabeth.

Se deslizó hacia fuera casi por completo, para luego volver a introducirse en una larga e interminable embestida, cerré los ojos sintiendo cómo se clavaba profundamente en mi interior, el ritmo de

sus arremetidas era incontrolable, incendiario, hacía que mi cuerpo se sintiera como si me quemara de adentró hacia afuera. Hundí mi cara en su pecho cuando el tono de mis gemidos aumentó, incapaz de poder limitar un poco más. Gabriel acarició mi costado derecho, tomó mi pierna y la subió a su cintura y luego con sus palmas trazó un camino hasta mi espalda baja.

Me arqueé cuando su mano cubrió mi trasero, levantándome hacia él. Estaba segura de que no podría aguantarlo más, sentía el goce acumulándose en mi sexo, enviando latigazos de placer hasta la punta de mis dedos. Las sensaciones de saberlo y sentirlo en mi interior, moviéndose con ritmo hacia dentro y fuera, hicieron que mis ojos se voltearan detrás de mis párpados.

—Por favor —murmuré sobre su hombro—. Por favor. —Mis neuronas apenas funcionaban.

—¿Qué quieres, nena? —la voz de Gabriel ronca y *sexy* envió escalofríos por todo mi ser.

Por el monitor de bebé escuchamos los primeros quejidos de Matthew.

—Joder —murmuró Gabriel con voz ronca—. Sí... déjate ir, cariño —animó, moviendo las caderas más rápido—, córrete.

—Por Dios... —Tuve que morderme el labio para no gritar a pleno pulmón.

El gimoteó de Matty fue subiendo de volumen.

Mi espalda se tensó, arqueándome para encontrarme con él, mi cabeza cayó hacia atrás y solté un largo gemido.

Gabriel, con una última acometida, se dejó llevar por el placer, abrí los ojos, viéndolo sostenerse en sus brazos que se marcaban ante el esfuerzo de no dejarlo caer sobre mí, abruptamente. Mi mirada atrapó la suya, tenía la frente perlada en sudor y el cabello alborotado por las veces que había pasado mis manos por él.

El llanto de Matthew empezó a ser más fuerte, por lo que Gabriel salió de mí con lentitud y luego bajó su rostro para besarme.

—Yo voy por él. —Salió de la cama completamente desnudo, mi mirada siguió su trasero hasta que desapareció por la puerta.

Habían pasado ocho días desde nuestra primera vez, pero de ahí en adelante, uno de los dos terminaba durmiendo en la habitación

del otro.

—Ya estoy aquí, Matthew, justo a tiempo. —Escuché a Gabriel decir a través del monitor del bebé—. Veamos qué regalito hay en este pañal, será el número uno, será el numero dos o serán los dos. —Nuestro hijo esbozó un par de gruñidos, como si estuviese respondiendo a lo que decía—. ¡Joder! Que apestoso estás. —Más balbuceos y gruñidos de bebé—. No puedes culparme, tienes una mami *sexy*. —Escuché sus pasos y luego ambos aparecieron en la habitación. Me puse el camisón de mi pijama mientras los escuchaba.

—Y tienes un papi exhibicionista.

—Eso tiene arreglo, si tan solo pudiese quedarme en tu habitación… Ya sabes, todas las noches, no tendría que estar caminando desnudo de una habitación a otra.

Mi corazón aleteó, solo habíamos estado juntos desde hacía ocho días, pero que él volviera a la habitación se sentía correcto.

Capítulo 37

Retazos de ayer

«La memoria es el centinela del cerebro».
William Shakespeare.

Elizabeth

Habían pasado siete meses desde el accidente. cinco meses desde que desperté casada, con un hijo y sin saber quién era el hombre que me miraba con una mezcla de preocupación y alegría. A pesar del tiempo que había transcurrido, y de que me había acostumbrado a la nueva etapa de mi vida, aún no recordaba mi pasado con Gabriel, tenía pequeños fragmentos borrosos, momentos fugaces que se activaban como si fuese un interruptor. Imágenes que más que alegrarme me frustraban por no poder recordar.

Gabriel se entusiasmaba con cada pequeño recuerdo, decía que algo en mí comenzaba a ceder, que los engranes de mi memoria necesitaban un poco más para funcionar correctamente. Seguía yendo a terapia y asistiendo a mis reuniones grupales.

Un par de semanas después de mi cumpleaños, decidí escribirle a mi ex jefe. La editorial, además de publicar libros, hacia parte de una red de medios digitales, me sentía capacitada para trabajar de *Freelance* desde casa, escribiendo artículos para diferentes publicaciones.

Escribir me resultaba familiar, me hacía sentir completamente cómoda, sentarme frente al computador y llenar una página en blanco con información al azar era como si el accidente no hubiese pasado. Mi relación con Gabriel seguía avanzando, el sexo con él era fantástico, pero sus detalles, su dulzura y la forma en la que me miraba me hacía entender muchas cosas de mi vida pasada; como, por ejemplo, porque me casé con él.

Incluso dejó la habitación de invitados y se mudó a la que había estado llamando mía desde que salí del hospital. Dormir arropada

por sus fuertes brazos, escuchando sus latidos, confortada por su calor, podía ser proclamado una maravilla del mundo.

Lo amaba, aunque no lo había dicho, pero cada beso, cada abrazo y cada «Te amo» que salía de sus labios era una bandita para mi memoria fragmentada.

Karen venía ocasionalmente, pero la mayor parte del tiempo me hacía cargo de Matthew, ser su madre desde cero, trabajar y poder pasar tiempo con Gabriel me hacía encontrar un equilibrio entre lo que me decían que había sido y lo que realmente sentía.

Estaba preparando los huevos mientas Gabriel se encargaba de Matty, cuando un recuerdo me golpeó de repente, tan vívido que casi me sentí como si estuviese viendo una película en mi memoria

«Estaba sentada en la barra de la cocina del departamento de Gabriel, bebiendo mi primera taza de café, cuando él llegó a la cocina, estaba descalzo, con unos pantalones de yoga y una camisa sin mangas, su cabello estaba revuelto gracias a mí, caminó hacia la encimera, y buscó entre los cajones un par de Pop-Tart y un frasco de mantequilla de maní.

—Eso es… ¿tu desayuno? —pregunté con evidente horror cuando lo vi untar una cantidad absurda de crema de maní sobre la Pop-Tart de fresa.

—Esto no es solo un desayuno… es arte culinario —respondió con una seriedad exagerada antes de darle un gran mordisco. Cerró los ojos y gimió de satisfacción—. ¿Quieres?

—No, gracias, valoro mi salud intestinal —me burlé, cruzándome de brazos—. Cómo mantienes ese físico comiendo cosas como esa.

—Secretos… secretos. Anda, nena, solo pruébalo —ofreció, tendiéndome la tortita. Negué con la cabeza—. Tu problema es que no te arriesgas lo suficiente en la vida. —Le dio otro mordisco a la bomba de carbohidratos y volvió a ofrecerme. Hice una mueca y al fin tomé un pequeño bocado. No estaba mal… aunque jamás se lo admitiría.»

El fragmento desapareció tan rápido como llegó, dejándome con una extraña sensación de vértigo, me quedé inmóvil, con la espátula

en la mano y la sartén caliente esperando. El sonido de pasos bajando las escaleras me sacó de mis pensamientos, vertí los huevos, revolviéndolos y giré el rostro justo cuando Gabriel entraba en la cocina, traía a Matthew recién bañado, vestido con un enterizo azul y él vestía un impecable traje de tres piezas color negro. Dejó a Matty en la silla para comer y se acercó a mí, sus manos se deslizaron por mi cintura hasta pegarme a su cuerpo

—Hola de nuevo —saludó con voz ronca, dejando un beso en mi mejilla

—Hola de nuevo —respondí, sirviendo los huevos.

Él caminó hasta la cafetera y se sirvió una taza. Lo observé mientras tomaba el primer sorbo, deleitándose con el sabor; había aprendido como lo prefería, fuerte y sin nata. Verlo sonreír cuando lo probaba, hacía que mi cuerpo palpitara por completo. Dejé un puñado de galletas de animalitos en la mesita de Matty y me senté frente a él.

—Mi mamá vendrá por ti en dos horas. Matthew tiene cita con el pediatra, y también tiene vacunas.

Asentí, tomando mi café

—Recordé algo —murmuré. Él detuvo su comida, mirándome—. Tú y yo estábamos en tu antiguo departamento, comías pop-tarts con mantequilla de maní.

—Aquellos buenos tiempos —se burló.

—¿Sigues comiendo cosas completamente bizarras? —pregunté, mostrando su sándwich.

—¿Quieres probar?

—Paso.

Por unos minutos ambos nos concentramos en nuestros platos, ocasionalmente nuestro hijo balbuceaba, llamando nuestra atención, tomé un sorbo de café y miré a Gabriel, que revisaba algo desde su celular.

—He estado pensando y creo que es hora de tener mi propio auto.

—¿Estás segura? —Su ceño se frunció ligeramente—. Dijiste que …

—Sí, sé lo que dije hace un par de meses, pero ahora me siento lista; además, creo que sería mejor para tu mamá y para mí, es incómodo depender de alguien para que me lleve o me traiga de un lugar a otro, siento que el auto me daría un poco más de independencia.

Él me miró con atención, como si analizara mis palabras, y luego se acercó con una leve sonrisa. Estiró su mano y la tomé.

—Como tú quieras, amor, ¿puedes esperar al fin de semana o prefieres que vayamos esta tarde?

—No hay afán, podemos ir el fin de semana.

—¿Has pensado qué tipo de auto quieres? ¿Quieres otro mini? —preguntó sonriente. Negué con la cabeza.

—Uno que sea cómodo, para los tres, dijiste que el mini era incómodo para ti.

—Pero era tu auto —murmuró.

—Que sea seguro para Matthew —repliqué—. El mini es bonito, pero no es un auto práctico.

—Está bien, cariño, como tú decidas. —Tomó otro poco de café y volvió al celular.

No sabía por qué, pero su aprobación me hizo sentir algo parecido al orgullo. Era un paso más, pequeño, pero importante. Y quizás, solo quizás, en algún punto de este camino, terminaría encontrándome a mí misma.

Capítulo 38

Una noche de Halloween y disfraces

«El amor no necesita ser perfecto, solo necesita ser verdadero».
Anónimo.

Gabriel.

Lizzy estaba recostada sobre mi pecho, sus dedos trazaban figuras invisibles sobre mi piel, estaba a mi lado, pero podía notar cómo, a la vez, estaba ausente.

—¿En qué piensas? —pregunté con voz ronca.

Elizabeth suspiró y deslizó su mano hasta la mía, entrelazando nuestros dedos.

La notaba ausente desde la cena; desde el accidente había aprendido a leer sus silencios, y en ese momento su mente parecía estar en cualquier lugar, menos en la habitación.

—¿Cariño? —Me moví intentando verla. Ella alzó el rostro y me observó por unos segundos—. Elizabeth.

—En la terapia de hoy… —hizo una pausa—. Benjamín, uno de los participantes, nos contó cómo su esposa se había ido de casa y cómo ahora estaba viviendo con sus padres… Él no ha tenido muchos avances, sigue sin recordar su vida, que está sumida en un abismo oscuro, y la mujer que decía amarlo lo dejó. Su relación me hizo pensar en lo afortunada que soy. Yo solo perdí una porción de mi vida y tú…

La giré un poco para verla a los ojos.

—Tú me tienes a mí. Y yo no voy a dejarte nunca.

Ella asintió, acercándose más a mí. Había tenido pequeños recuerdos en los últimos meses, fragmentos de nuestra vida cotidiana, como pasatiempos y nuestro último viaje a Hawái, que más que animarla, le producían ansiedad. Seguía diciéndole que no tenía que presionarse; estábamos creando recuerdos nuevos e intentaba que tuviésemos una cita semanal.

Mamá se quedaba con Matthew mientras nosotros íbamos al cine, a bailar o a comer en algún restaurante o cafetería. Hablábamos de todo y de nada, y hacíamos el amor con tanta frecuencia como era posible con un bebé en casa.

La habitación se sumió en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Se acerca Halloween —dije, acariciándole el cabello—. Siempre te obsesionabas con elegir disfraces que combinaran.

—¿Lo hacía? —Frunció el ceño.

—Nos conocimos en una fiesta de Halloween, así que te adueñaste de la idea de que siempre llevaremos disfraces a juego. Por ejemplo, el año pasado fuimos zombies. Kim hizo tu maquillaje y pegamos las extremidades de una muñeca a tu estómago. Fue grotesco, pero impresionante.

—Eso suena… perturbador —dijo, haciéndome soltar una gran carcajada.

—Mi disfraz era mucho más aterrador, créeme. Fuimos a un bar un rato porque estabas en los primeros meses de embarazo y todo te irritaba. Vomitabas casi todo lo que comías.

Ella rodó los ojos, pero continuó sonriendo.

—Suena como algo lógico en un embarazo.

—¿Pensarás en los disfraces de este año? Sería bueno incluir a Matty.

—Puedo hacerlo.

Acaricié su espalda. A pesar de que era de noche y la casa estaba en silencio, no tenía sueño.

—Hay una pregunta que he querido hacerte hace mucho tiempo.

—¿Y qué te detenía?

—Digamos que no quería hablar de ese tema, pero con todo lo que ha pasado en los últimos dos meses… Cuando pregunté por mi cumpleaños la primera vez, dijiste que no tenías nada planeado porque estaríamos de luna de miel —asentí para que continuara—. Eso significa que nuestra boda religiosa iba a ser antes de mi cumpleaños.

—Sería una semana antes de tu cumpleaños.

—Pero no fue. —Se levantó, sentándose frente a mí—. ¿Lograste cancelar todo a tiempo? —interrogó con la preocupación apoderándose de su rostro. Adopté su posición, acaricié su mejilla y luego atraje su rostro hacia el mío, dejando un beso sobre sus labios —. No te preocupes por ello.

—Pero quiero saber. ¿Cómo te sientes en cuanto a que no estemos casados?

Negué con la cabeza.

—Cariño, tú y yo ya estábamos casados. La boda por la iglesia era solo una formalidad, celebrar a lo grande que estábamos juntos…

—¿Perdiste mucho dinero tras la cancelación? He estado trabajando y quiero asumir el cincuenta…

—No —interrumpí—. Recuperé gran parte del dinero porque hice las cancelaciones a tiempo y, Elizabeth, nada de eso importa. No quiero que te sientas mal por lo que pudo ser y no fue. Quiero que te concentres en ti, que trabajes porque es lo que amas hacer, no porque sientas que me debes dinero. Tengo un buen empleo.

—Siento que no puedo ayudarte y que…

—Cuidas de Matty, estás en casa. Ayudas más que suficiente, amor. Por favor, no hablemos más de este tema.

—A mí me gustaría poder casarme contigo… Por la iglesia si aún quieres —me dijo en un susurro. Saber que ella estaba contemplando la idea hizo que mi sonrisa se ensanchara—. No hoy ni mañana.

—Qué tal si lo hablamos cuando tus recuerdos vuelvan —expresé con calma.

—¿Y si no vuelven, Gabriel? —Su voz estaba llena de temor.

Pensé muy bien las palabras que iba a decir a continuación.

—Si tus recuerdos no vuelven, veremos qué nos dicta el destino. —Y era completamente cierto, estaría con ella siempre que me quisiera —. No vas a librarte tan fácilmente de mí. —Le di un nuevo beso y empujé su torso suavemente hasta las sábanas.

Elizabeth siempre había sido receptiva a mis caricias en la alcoba, y no pasó mucho para que el deseo nos invadiera, dando rienda

suelta a nuestras pasiones, dejando los pensamientos indeseables guardados en un baúl.

Capítulo 39

Dudas que matan.

«La confianza es como un espejo, una vez roto, puedes pegar los pedazos, pero las grietas siempre estarán ahí».
Anónimo.

Elizabeth.

Di vueltas en la cama sin poder dormir, una parte de mí se sentía como si hubiera hecho algo terrible, quizás porque no fui del todo sincera cuando Gabriel me preguntó cómo fue mi día. Me había olvidado completamente de Erick; así que verlo en la mañana me sorprendió.

Giré el rostro, viendo a Gabriel dormir. Tenía una buena vida con él, me convertí en su esposa, le di un hijo. ¿Cómo había sido tan estúpida de ir a buscar a mi ex meses atrás? Los recuerdos se mezclaban con las sombras de lo que aún no podía recuperar; realmente no imaginé que me toparía con él de nuevo.

Bajé los pies de la cama y salí de la habitación, las luces de las lámparas del exterior alumbraban el primer piso. Caminé hacia el sofá, cubriéndome con la cobija de mi abuela y cerrando los ojos.

La conversación con Erick volvió a mí rápidamente.

«—Hola, Eli. —Estaba recostado sobre su viejo Camaro—. Necesito hablar contigo. ¿Puedo invitarte a almorzar?

—Yo tengo que ir por mi hijo y…

—Es un niño. —Él se veía realmente emocionado—. Déjame invitarte a un café, Eli. Tienes que saber la verdad.

Pasé las manos por mi cabello, mirando hacia la ventana, a pesar de que las cortinas estaban cerradas. Debí subir al auto e irme, por lo que Gabriel y yo estábamos construyendo; sin embargo, tenía curiosidad.

—¿A qué verdad te refieres? —pregunté una vez estuvimos en la cafetería. Erick rio entre dientes, aunque su sonrisa no llegó a sus

ojos.

—Directo al grano. Pudiste haber perdido parte de tu memoria, pero sigues siendo mi Eli.

—Técnicamente, no lo soy. Me casé con Gabriel.

—Ese imbécil… —Él jugueteó con la servilleta sobre la mesa, como si estuviera debatiéndose entre decir algo o no.

—Si no vas a decir nada, será mejor que me vaya, necesito ir por mi hijo. —Me levanté, dispuesta a irme, pero él me tomó de la mano.

—Espera… —me pidió. Algo en su mirada me hizo sentir incómoda—. Te estuve buscando, Eli, desde que tocaste a mi puerta esa mañana. Él no te lo contó todo, ¿cierto? —El peso de sus palabras dejó una sensación de inquietud en mi estómago.

—¿A qué te refieres?

—Solo necesito unos minutos.

Instó a que me sentara, y lo hice. Erick apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos, inclinándose hacia adelante.

—Estabas harta de él. No te sentías lista para ser madre ni esposa. Dijiste que me extrañabas —empezó a contar. Negué con la cabeza—. No tengo por qué mentirte, Elizabeth. Tú no querías ser madre. Era una de las cosas por las que nos llevábamos tan bien. Lo nuestro era sin compromisos, sin ataduras. Era lo que querías.

—¡Estás mintiendo! Yo no haría eso.

—Esperarías a que el niño naciera y luego lo abandonarías.

—Eso no es cierto. Yo quería a Matthew…

—¿Lo querías? —Erick arqueó una ceja—. ¿O te han dicho que lo querías? —Mis ojos ardieron—. Porque la última vez que nos vimos, estabas furiosa. Querías volver a como era tu vida antes de él.

Negué con la cabeza, sintiendo que el mundo a mi alrededor se volvía borroso. Antes de que dijera una palabra más, salí del restaurante»

—¿Lizzy? —La voz de Gabriel me hizo levantar la cabeza de mis rodillas. Aun con la escasa luz, corrió hacia mí, al ver mi rostro húmedo—. ¿Qué pasa, nena?

Mi mundo, el que había construido durante estos meses, se estaba derrumbando; algo en mi interior gritaba que no podía ser real, que Erick estaba manipulándome… pero ¿y si no lo estaba? ¿Y si de verdad había querido dejar a Gabriel? ¿Y si no lo amaba tanto como él decía, o como se veía en los videos?

—Elizabeth, dime algo.

Mis labios se separaron, pero no salió ningún sonido, sentía la garganta cerrada, mis manos temblaban. Gabriel se separó de mí, lo vi ir a la cocina y volver con un vaso de agua.

Bebí un sorbo e intenté calmarme.

—Nena, ¿tuviste una pesadilla? ¿Es eso? ¿Recordaste algo?

Tragué grueso.

—Vi a Erick ayer…

Gabriel se separó de mí, como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Dónde? —preguntó con voz tensa.

—Fuera del centro de terapias… Él quería hablar conmigo… me estaba buscando desde…

—¿Desde?

—Hace unos meses fui a verlo a su casa —confesé, sintiendo de nuevo un nudo asentarse en mi garganta—. Quería respuestas.

—¿Respuestas de él? —Un músculo en su mandíbula se tensó.

—Sí —confesé con un hilo de voz. Gabriel soltó una risa seca, incrédula, y bajé la mirada, intentando no ver la expresión en su rostro.

—Y dime, Elizabeth, ¿qué creíste que él podía decirte que yo ya no te hubiera dicho? —Se escuchaba tan roto.

—No sé, ¿qué importa? No significó nada —respondí rápidamente.

—Para ti, tal vez. Pero para él…

—No se trataba de él, se trataba de mí, de lo que yo necesitaba saber, tener claridad sobre mi pasado, sobre lo que sentía.

—No puedo creer esto… —Pasó la mano por su pelo—. ¿Y qué descubriste?

—Nada. Él estaba con una mujer. Salí de ahí y no volví a verlo hasta hoy. Quería hablar conmigo.

—¿Hablaste con él? —su tono era frío y sus labios se apretaron en una línea dura—. ¿Qué quería?

—Hablamos. Me dijo cosas…

—¿Qué cosas, Elizabeth? No le des más vueltas al asunto y dime qué demonios te dijo ese bastardo.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Él dijo que nos veíamos a escondidas. Que estaba molesta por estar embarazada… que no quería casarme contigo y que tú me obligaste.

El silencio que cayó entre nosotros fue asfixiante. Por varios minutos, ninguno de los dos dijo una palabra. Rodeados de oscuridad, enfrentábamos nuestros demonios.

—Le creíste? —su voz bajó unas octavas.

Me sentí vulnerable. Él se rio sin humor.

—Sí, le creíste… —afirmó con rotundidad.

—Gabriel…

—Si no le creyeras, no estarías… así. Llena de dudas sobre todo lo que hemos construido desde que despertaste.

—¿Y si algo de lo que dijo es cierto? ¿Y si tú no lo sabías y yo realmente quería irme? No dudo de lo que siento por ti ahora. Pero, ¿cómo puedes pedirme que ignore lo que no recuerdo? ¿Cómo puedes esperar que no busque la verdad?

Gabriel me sostuvo la mirada, sus ojos estaban oscurecidos por la decepción.

—¿Sabes lo difícil que ha sido para mí verte cada día sin saber si algún día volverás a mirarme como antes? —Él tiró de su cabello y negó con la cabeza—. Si alguna vez pensaste en dejarme, si alguna vez te arrepentiste de lo que teníamos, prefiero que lo recuerdes por ti misma, no porque él te lo diga.

—Gabriel… —Mi labio tembló.

—No —me interrumpió, su voz era apenas un susurro—. No puedo hacer esto ahora. —Se giró y caminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunté con desesperación.

—Creo que necesito pensar. —Y con eso, salió, dejándome en medio de la sala con el corazón destrozado.

Capítulo 40

Entre la duda y el amor

«El amor no prospera en corazones que se amedrentan ante la sombra de la duda».
Alejandro Dumas.

Gabriel.

Conduje sin saber realmente a dónde, di vueltas por la ciudad sin sentido; me sentía perdido, molesto. La imagen de Elizabeth, sus ojos llenos de duda, su voz temblorosa repitiendo las palabras de Erick, hacían que mi sangre hirviera, quería ir donde ese desgraciado y exigirle que se alejara de mi mujer.

Cuando el sol empezó a aclarar el cielo con las luces del amanecer, giré el volante y regresé a casa; al abrir la puerta, el silencio me recibió, Lizzy no estaba en el sofá. Subí las escaleras con pasos lentos, la puerta de nuestra habitación estaba cerrada y la de Matty vacía, no tenía ninguna duda de dónde podría estar.

Me dirigí a la habitación de invitados, que había estado usando hasta hacia un par de meses, algunos de mis trajes seguían ahí, por lo que me despojé de la ropa y me metí al baño. El agua caliente no logró aliviar la tensión de mis músculos ni despejar el nudo en mi interior.

Me vestí con parsimonia esperando que ella abriera la puerta y permitiera que habláramos una vez más, aunque internamente era lo último que quería hacer; lo que, en realidad quería era ir a partirle la cara a Erick

La puerta de nuestra habitación estaba cerrada, levanté la mano para tocar, pero me detuve, necesitaba pensar muchas cosas más antes de estar listo para enfrentarla, bajé las escaleras y tomé las llaves del coche porque necesitaba salir de ahí.

La mañana transcurrió en un torbellino de distracción, cada documento que revisaba se volaba de mi mente en cuanto lo dejaba

sobre el escritorio. No podía concentrarme, no cuando mi matrimonio pendía de un hilo.

¿Y si ella terminaba creyendo sus mentiras y se iba con él?

Sabía que no podría soportarlo.

Estaba a punto de empezar con los documentos para la construcción de las oficinas de la gobernación cuando Victoria, mi secretaria, asomó la cabeza por la puerta.

—Señor, ¿va a salir a almorzar?

Me froté las sienes, sintiendo la tensión acumulándose en mi cabeza.

—No. Podrías, por favor, traerme un sándwich del delicatesen de enfrente... y un par de aspirinas.

—Sí, señor

—Por favor, apaga las luces, mi cabeza está a punto de explotar.

Una vez las luces se apagaron y la puerta se cerró, me recliné en la silla, poniendo un pañuelo sobre mis ojos, mientras pensaba cómo podía hacerle ver a Elizabeth, que todo lo que Erick había dicho no era más que una mentira. No quería perderla, no cuando apenas la había empezado a recuperar.

No pasaron ni diez minutos cuando la puerta se abrió. Levanté el rostro, quitándome el paño de los ojos y el aire se agolpó en mi garganta. Elizabeth estaba allí, con Matthew dormido contra su pecho, envuelto en un cargador. Se veía cansada, sus ojos seguían irritados y la tristeza se reflejaba en cada línea de su rostro. Sin decir una sola palabra eliminó la distancia que nos separaba y me abrazó con fuerza.

—Te amo —susurró contra mi cuello—. Perdóname, soy una tonta. No importa lo que Erick haya dicho, la Elizabeth que está frente a ti, te ama.

Me quede completamente helado.

—¿Qué dijiste? —pregunté tartamudeando.

—Que te amo Gabriel y no quiero perderte.

La estreché contra mi cuerpo, absorbiendo su calor, su perfume, su esencia.

—Yo también te amo —susurré contra su cabello—. Erick siempre te ha querido de vuelta. Siempre lo ha hecho.

Elizabeth se separó un poco, con los ojos brillantes de emoción y vergüenza.

—Fui una estúpida por creerle. —Sonrió débilmente y luego levantó la bolsa de comida—. Recordé algo... Cuando estaba embarazada no soportaba el olor a curry, y tú dejaste de comer tu comida favorita para que yo no me sintiera mal.

Si el olor a curry y especias llenaba la habitación

La miré con todo el amor que sentía por ella, un amor que en ocasiones ni siquiera entendía, tomé su rostro entre mis manos y llevé su boca a la mía para besarla.

Matthew empezó a gimotear por el repentino apretón, haciendo que nos separáramos apenas unos centímetros.

La puerta de mi oficina volvió a abrirse

—Señor, aquí est…

—Cancélalo —interrumpí con una sonrisa—. Me tomaré el resto del día.

Conduje buscando un lugar tranquilo, con Matthew en su sillita y la mano de Elizabeth apretando la mía.

Entramos rápidamente al parque El Milenio, Elizabeth se encargó de bajar la comida y yo bajé las cosas de nuestro hijo. Tendimos una manta en el césped y abrimos las cajas de deliciosa comida hindú.

—Son tus favoritos —dijo Elizabeth, destapando el primer envase: *pollo tikka masala*, el segundo tenía *pan naan,* y por supuesto, *jalebi.*

La miré sorprendido. Mis labios se separaron ligeramente y, sin decir palabra, me acerqué para abrazarla con fuerza.

—Gracias, Lizzy… No tienes idea de lo que esto significa para mí.

Comimos juntos, mientras compartíamos miradas y sonrisas.

—Gabriel… —murmuró después de un rato, jugando con la tela de su camisa—. Quiero hablar sobre lo que pasó… con Erick…

Tensé un poco la mandíbula, pero asentí, indicándole que continuara.

—Cuando él me dijo esas cosas sobre ti… sobre cómo pensaba abandonarte… se sentía como algo que posiblemente hubiese hecho. —él negó con la cabeza — lo pensé el primer día que Karen

me dejó sola en casa sin Matthew… pero luego de ver un par de videos; Gabriel… El amor no se puede mentir y yo te miraba de la misma manera en que tú lo hacías, te miraba con amor y eso vale más que cualquier cosa que alguien me diga. —La observé en silencio, dejando que las palabras calaran en mi interior—. No quise hacerte daño —continuó Elizabeth, con la voz quebrada—. Pero estaba asustada. Me sentía tan perdida y confundida…

Tomé su mano y la besé con ternura.

—No tienes que justificar nada, Lizzy. Yo tampoco me comporté a la altura de la situación… Créeme, que si tú hubieses querido irte de mi lado…

Ella negó con la cabeza.

—He hablado con tu madre y Kim… Ellas me contaron sobre las veces que Erick intentó dañar nuestra relación… Me gustaría olvidar todo esto, lo único que me importa es lo que estamos construyendo. Gracias por no rendirte conmigo.

—Jamás lo haría.

Ella se puso a mi lado hundiendo su cabeza en el hueco de mi cuello, pensé que se había quedado dormida o algo así cuando me habló:

—Gabriel —susurró—. Quiero casarme contigo… Pronto, no importa si aún no vuelven mis recuerdos —susurró. Mi corazón se detuvo por un segundo—. Quiero una boda que recuerde.

Elizabeth sonrió, y en ese instante lo supe, sin importar las sombras del pasado, ella siempre me pertenecería.

Capítulo 41

Halloween, disfraces y acción

«El Halloween no solo se trata de dulces y disfraces, sino de enfrentar nuestros miedos con una sonrisa».
Anónimo.

Elizabeth

Me miré en el espejo y sonreí al verme vestida con un overol de mezclilla, camisa de cuadros y un sombrero de paja. Gabriel, a mi lado, tenía un atuendo similar, aunque a él todo le quedaba mejor, como si hubiera nacido para ser un modelo de ropa rústica.

—Esta noche voy a montar sobre usted, señor granjero —le susurré acercándome a su oído.

—Estaré esperando ese momento.

Matthew balbuceó, estaba sentado sobre la cama con su disfraz de corderito, tan adorable que sentía que en cualquier momento me lo comería a besos.

—¿Listos para pedir golosinas? —preguntó Gabriel con una sonrisa de lado.

—¡Sí! —exclamé, como si más que el primer Halloween de Matty, fuese el mío.

Gabriel me ayudó colocando todo en la pañalera, mientras yo lo acomodaba en el coche.

Salimos a dar una vuelta por el vecindario: brujas, hadas, tigres y superhéroes pululaban por el lugar. Aunque nuestro hijo aún era pequeño, parecía ir absorbiendo todo, encantado con la experiencia mientras sostenía entre sus piernitas una canasta de calabaza. Un par de horas después, decidimos ir a la fiesta de Halloween que Jadeen y Kim hacían todas las Noches de Brujas.

El bar donde Jadeen trabajaba se había transformado en un lugar fantasmagórico. Telarañas falsas colgaban del techo, velas parpadeaban sobre las mesas y una bruma artificial cubría el suelo,

dándole un aire sombrío. Matthew llevaba puestas unas orejeras antirruido para protegerlo de la música alta, y se aferraba a mi cuello cada vez que un disfraz espeluznante pasaba por su lado.

—Esto es impresionante —comentó Gabriel, maravillado con la decoración.

—Sabes que tu hermano ama el Halloween —respondí con una sonrisa.

Kim nos recibió con entusiasmo, vestida como una vampiresa, con un vestido negro de terciopelo y labios de un rojo intenso.

—¡Pensé que no llegarían! —exclamó, abrazándonos con cuidado de no lastimar a Matthew. Jadeen, estaba detrás de la barra, vestido de hombre lobo, sirviendo bebidas con una sonrisa junto a un Frankenstein.

—¡Vaya, los granjeros y su pequeño corderito han llegado! —bromeó al vernos.

Sonreímos mientras nos acomodábamos en una mesa cercana. Matthew se removió un poco en su fular, Jadeen y Kim hicieron un trabajo espectacular transformando el lugar en un sitio sacado de una historia de terror, aunque con un toque acogedor. Pidieron una ronda de cervezas; sin embargo, Gabriel que había rechazado todo el alcohol que le ofrecieron, terminó tomando un vaso de cerveza sin alcohol. La noche avanzó entre conversaciones, anécdotas y momentos de complicidad.

En un punto de la noche, Kim se quedó con Matty y Gabriel me llevó a la improvisada pista, me permití disfrutar de la celebración. Bailamos, riendo entre giros torpes y miradas llenas de complicidad.

Entendí que el verdadero amor estaba en los detalles, en las pequeñas acciones diarias que nos mantenían unidos. Lo único que faltaba para que mi vida fuese perfecta, era que mis recuerdos volvieran, sin embargo, ya no me preocupaba por ello.

Cerca de la medianoche decidimos volver a casa, estábamos abrochando la silla de Matthew en la parte trasera del auto cuando vimos a Jadeen correr hacia nosotros.

—¡Joder, hermano! Pensé que ya se habían ido. Mike se confundió, la cerveza que te bebiste no eran sin alcohol… Lo siento hermano, no puedes conducir.

—Yo no bebí —dije mirando a Gabriel que parecía preocupado—. Tomé tres sodas micheladas, no más.

—Mi auto es diferente al tuyo —dijo Gabriel mirándome con seriedad.

—Alguna vez tuve que manejar tu auto antes de… ya tú sabes.

Él me lanzó las llaves.

—Bien, cariño, llévanos a casa —dijo subiéndose en el asiento de copiloto.

La calle estaba iluminada por las decoraciones de Halloween, y el ambiente era tranquilo, conducía con suavidad.

—Si sigues conduciendo a veinte, podremos llegar a casa para Acción de Gracias —se burló Gabriel. Le saqué la lengua.

—Tu auto es enorme.

—Estoy bien, déjame conducir, estamos relativamente cerca de la casa.

—No, quiero hacerlo. —Me detuve justo cuando un semáforo cambiaba a rojo—. Ahora solo cruzamos la intersección y estaremos en casa.

El semáforo cambió y me disponía a cruzar cuando un auto apareció de la nada, derrapando sobre el asfalto, los neumáticos chirriaron, pisé el freno con fuerza. El estruendo fue un puñal en mis oídos. Las luces del otro auto me cegaron y mi cuerpo se lanzó hacia adelante, Un zumbido sordo llenó mi cabeza y mi memoria se llenó de imágenes… La risa entrecortada de aquella noche, mientras decidíamos el nombre del bebé. Los faros cegadores del auto que nos chocó. El grito ahogado de Gabriel. Y su mirada atrapada en el último segundo antes del impacto.

Los recuerdos llegaron como una secuencia de película. Todo. Cada emoción, cada detalle, cada instante que había estado perdido en mi mente. En ese instante, el tiempo se desgarró y todo volvió, como un tsunami, barriendo todo a su paso.

Capítulo 42

El peso de la memoria

«Los recuerdos no se pierden, solo esperan el momento adecuado para volver a nosotros».
Desconocido.

Mis manos temblaban sobre el volante y mi corazón latía desbocado mientras una imagen me sacudía con una fuerza abrumadora.

—Elizabeth… Lizzy —podía escuchar la voz de Gabriel, pero no conseguía responderle, era como si todo mi cuerpo y mi mente estuviese envuelto en una especie de película donde cada emoción, cada detalle, cada instante que había estado perdido en mi mente regresaba.

—Respira, amor…. Respira —escuché a Gabriel—. Mírame, Elizabeth. —Sus manos tomaron mi rostro con firmeza y ternura—. Mírame, Inhala… Exhala… Hazlo conmigo, nena.

Inhalé y exhalé como él lo hacía.

Matthew empezó a llorar y pude ver en los ojos de Gabriel su debate entre atender al bebé o quedarse junto a mí.

—Estoy bien —susurré—. Estoy bien.

Gabriel giró su cuerpo, sacó a nuestro hijo de su sillita y se lo llevó al pecho.

—Estamos bien, bebé. —Tiró de mí, abrazándome a su costado —. Estamos bien.

Ya no sabía si lo decía para mí, para Matthew o para sí mismo.

—Gabriel… —Mis ojos se llenaron de lágrimas y me alejé de él. Fue mi turno de tomar su rostro, observando el temor en sus ojos.

—Por un instante… Dios, pensé que se repetiría de nuevo, que…

—Lo sé, lo sé…. Gabs, lo recuerdo —mi voz tembló, y mis lágrimas cayeron por mis mejillas—. Lo recuerdo todo.

Él parpadeó, su cuerpo se tensó, y sus labios se separaron como si intentara procesar mis palabras.

—Me llamaste Gabs… —su voz se quebró—. Lo recuerdas. —No era una pregunta sin embargo asentí—. Lo recuerdas —dijo de nuevo, como si no pudiera creerlo, antes de atraer mi rostro hacia el suyo y besar mis labios—. Oh, Dios, Elizabeth… Oh, Dios… —Unió nuestras frentes.

—Recuerdo todo, nuestra boda, el accidente, la bendita noche de Halloween en que te conocí. —Mis manos tocaban su rostro como si no pudiera creerlo. Un sollozo escapó de su garganta—. Recuerdo cuánto te amaba, Gabriel. Cuánto te amo.

Cerró los ojos un momento, como si estuviera absorbiendo cada palabra.

—Lizzy… —susurró.

Me lancé hacia él, envolviéndolo con mis brazos. Nuestros labios se encontraron en un beso desesperado, pero lleno de todo lo que había estado contenido durante tanto tiempo. Matthew hizo un pequeño sonido entre nosotros, y miré a mi bebé, recordando aquellas noches en las que se movía en mi vientre, las veces que escuchamos su corazón en cada ultrasonido, lo asustada que estaba de su existencia y lo mucho que empecé a desearlo después.

Gabriel y yo nos miramos, compartiendo una sonrisa temblorosa antes de que él besara mi frente con ternura.

—Estamos bien. —Aunque de nuevo no era una pregunta.

Asentí.

—Vamos a casa —susurré.

—Déjame conducir, estoy sobrio. —Nos bajamos del auto reencontrándonos frente al capó.

—Llévame a casa —le pedí con lágrimas en los ojos.

Él me dio a Matty; a pesar de que quería llevarlo conmigo el resto del camino, lo dejé en su sillita y me senté a su lado.

Era como si estuviese viéndolo con otros ojos, a pesar de que lo tenía hacía mucho tiempo, Gabriel ajustó el espejo retrovisor y le di una sonrisa mientras él encendía el auto; durante el camino, podía ver a Gabriel observarme por el retrovisor como si necesitara asegurarse de que era real, mis recuerdos habían regresado. Yo le devolví la mirada, deseando memorizar cada línea de su rostro.

Una vez aparcó el auto en la casa, bajé a nuestro bebé y subimos las escaleras en silencio, en algún momento del camino se había dormido nuevamente. Lo coloqué sobre el cambiador, quitándole el disfraz de corderito, mientras Gabriel buscaba su pijama y me la tendía.

Había soñado con este momento y no podía creer que ahora era real. Que lo estábamos viviendo, no importaba cuántas veces lo habíamos hecho en el pasado. Matty gimió y Gabriel lo arrulló contra su pecho por unos minutos, luego lo llevó a la cuna y lo arropó con devoción.

—Duerme bien, campeón —murmuró.

Lo observamos unos segundos más antes de salir de la habitación, una vez que él cerró la puerta y estuvimos solos, su mirada se encontró con la mía, su mano acarició mi mejilla, haciendo que mi cuerpo temblara por su cercanía.

—Dime que no es un sueño —susurró.

—No lo es —dije sin titubear, puse mis manos en su pecho, sintiendo el latido fuerte y acelerado de su corazón bajo mi palma—. Perdóname —susurré—. Por todo. Por dudar, por lastimarte, por alejarme cuando lo único que debía hacer era correr hacia ti.

Gabriel negó con la cabeza, Sus manos tomaron mi rostro, inclinándose hasta que su aliento rozó mis labios.

—Lo único que importa es que volviste, Lizzy… Volviste.

Sus labios cubrieron los míos en un beso frenético, deslizó sus manos descendiendo por mi espalda, hasta mi cintura, y más abajo. Me alzó y mis piernas rodearon sus caderas mientras caminábamos hacia nuestra habitación, hambrientos, desesperados, como si quisiera borrar el tiempo que nos había separado. Sus labios se movieron sobre los míos con urgencia. Mis dedos se enredaron en su cabello mientras mi cuerpo se pegaba al suyo, necesitando sentirlo más cerca, podía sentir la dureza de su erección tallando mi sexo.

—Dios, Lizzy… —jadeó contra mi cuello, antes de dejarme caer sobre la cama. El peso de su cuerpo cubrió el mío mientras su lengua se deslizaba dentro de mi boca, reclamándome, poseyéndome.

—Dime que me necesitas tanto como yo te necesito —murmuró sin dejar de besarme.

—Te necesito —susurré, apretando mis piernas a su cintura.

Un gemido gutural escapó de su boca y nuestras manos cobraron vida propia, quitando la ropa que nos estorbaba. Se separó de mí y observó mi cuerpo desnudo por unos segundos.

—¿Tienes una idea lo hermosa que eres? —masculló con voz ronca.

—Gabriel —suspiré su nombre.

Hizo un camino de besos hasta mi pecho y se deshizo de mi sostén, luego envolvió mi pezón con sus labios; en respuesta, subí mis caderas, encontrándome con las de él, jadeé buscando aire, cuando sus dedos se colaron por mis bragas, sintiendo la humedad en mis pliegues.

—Eres mía, cariño —susurró, introduciendo dos de sus dedos en mi interior, moviéndolos con un ritmo tortuoso.

—Soy tuya —lloriqueé.

Mientras mi cuerpo se sacudía, mis manos apretaron sus brazos y una especie de escalofrío me envolvió. Estaba a punto de correrme cuando él se detuvo, se posicionó entre mis piernas, moviendo mis bragas con una mano mientras con la otra bajaba su bóxer, liberando su erección y arrastrándola por mi hendidura.

Estaba a punto de suplicarle, cuando embistió en mi interior con un movimiento firme, llenándome de él. Gemimos al unísono, quedándonos quietos mientras las sensaciones nos asaltaban, su frente se apoyó en la mía y sus labios rozaron los míos mientras mi interior se adaptaba a la sensación de sentirme completamente llena por él.

—Joder, Lizzy… —murmuró, moviéndose lentamente, como si quisiera saborear cada segundo. Como si tuviéramos toda la noche para redescubrirnos.

Penetró con suavidad, arrancándome gemidos, haciendo que me convirtiera en arcilla en sus manos… Quería más, necesitaba más… Yo…

—Más rápido —supliqué, hundiendo mis uñas en su piel.

Gabriel gruñó y obedeció. Sus embestidas se volvieron más profundas, más intensas, cada choque de su cuerpo contra el mío encendía cada fibra de mi ser.

Nos besamos entre jadeos y suspiros, nuestros cuerpos se movían en sincronía, enredándonos como si quisiéramos fundirnos en uno solo. Sentía la tensión acumulándose de nuevo en mi vientre y un calor abrasador que me arrastraba al borde del placer una vez más.

—Dios, Gabriel… estoy… —no pude terminar la frase antes de que un nuevo orgasmo me estremeciera, haciéndome aferrarme a él con desesperación.

Gabriel se introdujo en mi interior un par de veces más antes de correrse con un largo gemido ronco. La habitación se llenó del sonido de nuestras respiraciones entrecortadas; Gabriel, dejó su rostro apoyado en la curvatura de mi cuello.

—Te amo —susurró contra mi piel.

Sonreí, acariciando su cabello con ternura.

—Yo también te amo. —Y esa vez, se lo dije con toda la certeza de mi corazón.

Capítulo 43

El peso de los recuerdos

«La duda es un susurro peligroso que se infiltra en el amor».
Desconocido.

Gabriel

Elizabeth era mía. Y lo más importante; ella lo sabía, lo recordaba, nuestra historia que creía perdida en los confines de su memoria, volvió a ella.

La observé dormir, su rostro sereno, su respiración pausada y tranquila, los labios entreabiertos en una expresión de paz que, hasta hace poco, parecía inalcanzable. La habitación estaba en penumbras y la luz tenue del amanecer se filtraba por la ventana.

Mi mente estaba atrapada en un torbellino de pensamientos que se debatían entre la satisfacción y la duda. Aun no me relajaba por lo ocurrido con Erick, seguía queriendo buscar al maldito y romperle la cara por mentiroso.

La otra se moría de miedo... miedo porque sus mentiras tuvieran un poco de certeza, miedo porque realmente Elizabeth fingiera una felicidad que no sentía. Cerré los ojos, tratando de alejar esa incertidumbre en mi interior, que era como una especie de espectro burlón en mi mente.

Ella me pertenecía. No porque la poseyera, sino porque nuestros corazones latían al unísono. Lo sabía por la manera en que se había entregado a mí, lo sentía en mi ser. Sin embargo, los recuerdos de los días previos al accidente, hacía que una pequeña, una diminuta, maldita parte de mí no dejara de preguntarse si sus palabras tenían algo de verdad. Y eso me carcomía.

«Abrí la puerta de la casa una hora más tarde a lo que lo hacía normalmente, debido a un problema con la documentación del edificio que estábamos construyendo en el centro de la ciudad, la

televisión estaba encendida y Elizabeth estaba sobre el sofá con el computador apoyado en una almohada sobre su barriga. Sus ojos se encontraron con los míos y cerró la tapa de la laptop con rapidez.

—Hola... pensé que tu reunión se extendería más.

—Pudimos solucionar los imperfectos y evitar la multa. —Dejé un beso sobre su frente—. ¿Trabajando tan tarde? —pregunté mientras me aflojaba la corbata.

—Solo matando el tiempo —respondió con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—¿Ya cenaste? —pregunté y ella negó con la cabeza—. Voy a preparar algo sencillo, ¿quieres?

Ella negó con la cabeza, apartando las sábanas de sus piernas, se levantó.

—No, estoy cansada. Mejor me voy a la habitación. —Subió las escaleras y fruncí el ceño. Algo en su expresión me hizo sentir que no estaba bien, pero decidí no insistir. Quizá solo era fatiga.

Preparé unos sándwiches para mí y agregué uno más al plato por si ella se antojaba, subí las escaleras y entré a la habitación, observándola de pie frente al espejo, vestida solo con su ropa interior. Sus manos recorrían su vientre con una expresión indescifrable. No era vanidad ni inseguridad lo que reflejaban sus ojos. Era algo más profundo. Algo que no podía comprender. No se veía triste, ni molesta. Solo... distante.

—¿Amor? —Me acerqué, dejando la bandeja en la mesa de noche—. ¿Qué pasa?

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—No pasa nada, cariño. —Caminó hacia el closet y sacó una de mis camisas de la universidad, porque sus pijamas ya no le quedaban.

—¿Lizzy?

—Solo estoy cansada —dijo con un suspiro resignado—. No soporto mis pies, la barriga pesa y la espalda me duele demasiado.

Tomé sus manos con suavidad.

—¿Quieres que te dé un masaje? —propuse con una tierna sonrisa. Ella negó con la cabeza—. Estoy aquí para ti —susurré, guiándola hasta dejarla frente al espejo y con su espalda recostada

sobre mi pecho, deslicé mis manos por su cintura hasta acunar su vientre, alzándolo solo un poco, un suspiro escapó de sus labios—. Leí en un libro, que puedo ayudarte con esto —susurré, acariciando suavemente la piel tirante de su abdomen—. Solo avísame cuando se sienta mejor.

Ella recostó su peso en mi pecho, cerrando sus ojos con alivio, la arrullé suavemente y tomó mis manos. Quería sentir un poco de su carga, pero después de unos minutos, ella se apartó, se vistió con rapidez y se metió en la cama.

—Come algo —le pedí, alcanzándole el sándwich.

—No tengo hambre, pero ahora que estás aquí, me gustaría dormir un poco —murmuró, dándome la espalda.

La preocupación se instaló en mi pecho como una sombra persistente.»

—Buenos días... —murmuró Lizzy con voz somnolienta, trayéndome de nuevo al presente—. ¿Un centavo por tus pensamientos? —dijo con una sonrisa perezosa.

—Cosas del trabajo —sonreí, alejando mi tormenta interna para besarla suavemente.

Las manos de Elizabeth se anudaron en mi cuello, atrayéndome hacia ella, el besó que inició suave empezó a adquirir un matiz diferente, estaba a punto de subirla a mi regazo cuando el llanto de Matthew se escuchó por el monitor.

Elizabeth se separó de mi boca.

—Ese niño tiene un radar para joder polvos mañaneros —farfulló con frustración. Sonreí—. Voy por él. —Salió de la cama y tomó mi camisa del día anterior, deslizándola sobre su cuerpo desnudo antes de salir de la habitación.

La observé sin poder evitarlo, sintiendo mi pecho contraerse ante el temor de lo que seguía sin resolverse, al menos de mi parte.

¿Y si ella no era feliz conmigo? ¿Y si realmente se sintió presionada a casarse conmigo? ¿Se sentía prisionera en nuestro matrimonio?

La ansiedad era una maldita perra y estaba atacándome sin piedad.

Escuche su voz a través del monitor mientras le hablaba a nuestro hijo con dulzura. Cerré los ojos un instante, como si pudiera alejar mis pensamientos. Me pasé la mano por el cabello y me levanté de la cama, me puse el pantalón del pijama y bajé a la cocina para calentar el biberón. Sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarlo.

Capítulo 44

Donde siempre pertenecí

«El amor no es la ausencia de miedos, sino la decisión de enfrentarlos juntos».
Walter Riso.

Elizabeth

Observé a Gabriel preparar el desayuno como lo había hecho en innumerables ocasiones, sin embargo, era la primera vez que lo notaba tenso. Cortaba los vegetales con un ritmo constante, pero la rigidez en sus hombros era visible, su expresión era hermética, se movía por la cocina en modo automático. Ahora que mis recuerdos habían regresado, podía reconocer que su mente no estaba en la cocina, estaba perdida en sus pensamientos.

Matthew balbuceaba desde su sillita, aporreando una cucharilla contra la mesa. Ajeno a la tensión de su padre. Quería hacer preguntas, pero también tenía miedo de las respuestas.

Me sirvió huevos, tostadas y tiras de bacón, luego se sentó en la mesa dejando su propio plato en ella.

—Esto se ve muy delicioso —halagué y me dio una sonrisa a medias.

Me limité solo a observarlo, estaba segura de que algo lo preocupaba. Pero ¿por qué?

—¿Duchas a Matty o lo hago yo? —murmuró levantándose de la mesa. Miré mi plato—. ¿Lizzy?

—Tú cocinas, yo limpio, vaquero. Esa es la ley, ¿no?

—Bueno campeón, vamos a ponerte más guapo. —Dejó un beso en mi cabeza y salió de la cocina.

Terminé mi desayuno y lavé los platos, mi pecho se sentía pesado con una inquietud que no desaparecía. Como cuando esperas que algo malo suceda… y la actitud de Gabriel desde que desperté no había sido la que esperaba.

Caminé hacía el teléfono y marqué al número de la oficina de Gabriel.

—Buen día, Elsa. Soy Elizabeth, la esposa de Gabriel. Te llamo porque él está resfriado y no creo que pueda ir al trabajo. Podrías, por favor, pasarle al correo los asuntos urgentes —le pedí y ella me dijo que sí, que no había problemas—. Eres muy amable. —Terminé la llamada y marqué a la única persona que podía ayudarme.

—Karen, puedes pasar por Matty, por favor. Es que tengo algunos asuntos que atender y Gabriel tiene que irse al trabajo… —Fue una pequeña mentira, pero necesaria. Ella me dijo sin dudar que pasaría por su nieto—. Sí, te espero.

Sabía que Karen tenía en su casa todo lo necesario para el bebé; sin embargo, tomé la pañalera que había dejado sobre el sofá la noche anterior, empaqué sus biberones, la formula y algunos pañales.

No sabía que estaba sucediendo con Gabriel, pero tampoco estaba decidida a dejar que lo que estuviese pasando por su cabeza avanzara.

Estaba terminando de acomodar algunos platos cuando Gabriel bajó, traía a Matty ya vestido con un mono azul.

—Pensé que ya estabas listo.

—Se me fue un poco la hora.

Me acerqué a él y tomé a nuestro hijo de sus brazos.

—¿Todo bien? No eres de los que se te va la hora.

—Sí —me dijo, pero su tono no era convincente. Suavizó su expresión escondiendo lo que fuese que estuviese pasando por su memoria tras una sonrisa—. Estoy agradecido de que lo recuerdes todo... Y bueno, nos estábamos divirtiendo allá arriba.

Sus manos atrajeron mi cadera hacia su cuerpo.

—Desearía no tener que ir al trabajo.

—Entonces no lo hagas —dije, acariciando su cabello.

—Tengo que hacerlo. —Se separó—. Voy a cambiarme. —Me dio un beso en la frente y lo vi subir por las escaleras.

—¿Vas a contarme qué le pasa a tu papi? —le pregunté a mi bebé. Él balbuceó sin sentido—. Bien, ya sé que le cuidarás la espalda.

El timbre sonó y fui a abrir la puerta. Karen, prácticamente, me arrancó a su nieto de los brazos.

—Ven con la abuela —chilló emocionada.

Desde que pude hacerme cargo de Matty, las visitas de Karen habían mermado considerablemente.

Le entregué la pañalera, esperé a que se marcharan, cerré la puerta y subí las escaleras, podía escuchar el sonido de la ducha, por lo que me quité la camisa y recé para que la puerta no estuviera cerrada.

Gabriel estaba espaldas a mí, el agua de jabón se deslizaba por su espalda mientras él lavaba su cabello, abrí la mampara de la ducha y entre detrás de él, deslizando mis brazos por su cintura hasta atraerlo hacia mí.

—Lizzy, no tengo tiempo para…

—De hecho, no tienes que hacer nada… —susurré provocativa. Él se giró observándome de manera indescifrable—. Te reporté como enfermo en el trabajo y tu mamá tendrá a Matthew hasta que lo vayamos a buscar.

Su mirada recorrió mi rostro, como si intentara descifrar mis intenciones.

—Estás secuestrado. —Dejé que mi lengua serpenteara por sus pectorales, tirando de uno de sus pezones con mis dientes, mis manos agarraron su trasero y me arrodillé frente a su polla.

—Lizzy... —murmuró, con la respiración entrecortada.

—¿Te hice alguna mamada mientras estaba sin memoria? —Él negó con la cabeza, como si en ese momento no pudiera decir una palabra—. Oh, pobre esposo. —Tomé su naciente erección con mi mano derecha y llevé mis labios hasta dejar un beso en la punta de su glande—. Tu esposa tiene mucho que pagar.

Gabriel echó su cabeza hacia atrás, arrimándose contra la pared y soltó un lánguido gemido, cuando mi lengua dio una larga lamida al tronco de su polla.

—Li…

Con mi mano libre acaricié sus bolas, al tiempo que mis labios se envolvieron alrededor del pene.

—Maldita sea —masculló Gabriel, ante la primera succión.

Sus manos tomaron mi cabello, cuando me lo metí completo en la boca, dejando que mis dientes rozaran su piel; al sacarlo de mi boca, dejé que mi lengua lo envolviera y lo saboreé sin dejar de masajear sus testículos. Empecé a trazar un ciclo, succión, dientes, lengua. Succión, dientes, lengua. Los gemidos de Gabriel aumentaron y la fuerza que él ejercía en mis cabellos me instó a querer llevarlo más lejos, más profundo, sus bolas se tensaron. Sabía que poco le faltaba para correrse, pero él se apartó.

Estaba a punto de quejarme cuando tiró de mí y sus labios chocaron con los míos por unos minutos, antes de girarme y embestirme desde atrás, no fue romántico, ni suave, las embestidas de Gabriel eran firmes, tensas, sus manos apretaban mis pechos, haciendo que jadeara por aire, el agua empapaba nuestras pieles y el vapor cubría nuestros cuerpos.

—Eso es nena —gruñó en mi cuello—. ¿Te gusta duro? —Soltó mis pechos y una de sus manos se apoyó en el azulejo mientras la otra recogía mi cabello, amarrándolo en su puño, al tiempo que sus caderas se movían con un ritmo cadencioso, haciendo que todo mi interior delirara ante las sensaciones que me provocaba.

—Oh, Dios… —murmuré cuando el primer espasmo lo apretó en mi interior. Tiró de mi cabello, mordisqueó mi barbilla y besó mi boca, mientras olas de intenso placer me rodeaban consumiéndome y yo solo gritaba su nombre.

Gabriel se estremeció detrás de mí, empujando fuerte sus caderas, se corrió con un gemido ronco, haciendo que un nuevo orgasmo me sacudiera, como si fuese un vendaval.

Por unos minutos, ninguno dijo nada, me recosté en su pecho. Él besó mi cabeza y salió de mi interior con suavidad, tomó el jabón de baño para limpiar mi cuerpo y luego fue mi turno de hacerlo con él. Seguía viéndose rígido a pesar de lo que acaba de suceder.

Acaricié su rostro y me puse de puntillas, besándolo suavemente, mis brazos envolvieron su cuello y él deslizó su mano por mi cintura.

—Dime qué sucede, Gabriel.

Cerró la regadera y buscó una toalla para cubrir mi cuerpo. Luego tomó una y secó su cabello.

—Gabriel —dije con tono fuerte.

Dio un largo suspiro, negó con la cabeza y salió de la ducha, lo seguí rápidamente hasta nuestra habitación y cerré la puerta.

—No quiero volver a preguntarlo, por favor, no me mientas. —Estaba empezando a molestarme.

Su mirada se encontró con la mía y se sentó sobre la cama con una toalla en su cuello y la otra en la cintura.

—Es Erick —masculló con molestia.

—¿Erick? Pensé que ese tema estaba cerrado. No me digas que ese hijo de puta fue a verte.

—No, es solo… —Cerró los ojos e inhaló profundamente—. Llevo días pensando en lo que dijiste, lo que él dijo.

—Es un mentiroso, no recuerdo haberme encontrado con él o hablarle…

—No puedes hacer que no dude, Elizabeth. Tú no querías esto, no querías matrimonio ni bebés, y yo, en menos de tres años te empujé a una vida que no tenías contemplada… —Pasó la mano por su cabello—. Y luego recordé lo extraña que estabas antes del accidente, lo alejada que estabas de mí, lo poco que hablábamos.

—¿Has oído hablar de la dismorfia corporal? —pregunté. Negó con la cabeza. Caminé hacia él, sentándome ahorcajadas sobre sus piernas y puse mis manos en sus hombros—. El embarazo nos hace pasar por muchos cambios y es incómodo que tu pareja te vea, te salen estrías, tu abdomen se extiende, tus piernas parecen dos camotes… —respiré—. No quería que me vieras así.

—Tú eras la mujer embarazada más *sexy* del mundo —dijo.

Exhalé despacio, procesando sus palabras. Alcé una mano y acaricié su mejilla.

—No me sentía *sexy* la verdad, lo único que hacía era pensar en lo mucho que había crecido mi vientre, preguntándome si seguía viéndome atractiva, y no lo hablé contigo porque no quería trasmitirte mis miedos, tenías tu propia cuota de pensamientos jodidos.

—¿Lizzy ¿Tú eres feliz?

—Tú me haces feliz, más de lo que una vez pude soñar, yo te amo, Gabriel. Siempre te he amado. Incluso cuando no recordaba nuestro pasado, incluso cuando me preguntaba si pasaría el resto de

mi vida con un esposo al que no recordaba. Siempre hubo algo en ti que me decía que estaba haciendo lo correcto.

—Lizzy, mi Lizzy —susurró con embeleso y me besó con urgencia, como si necesitara grabar sus palabras en su piel.

Capítulo 45

Lo que siempre fue nuestro

«El verdadero amor no es algo nuevo que se descubre, sino algo eterno que se reconoce».
Anónimo.

Gabriel

El sol se filtraba por las cortinas entreabiertas, la cama estaba revuelta y la habitación olía a sexo. Estábamos en silencio, mientras Elizabeth reposaba sobre mi pecho con sus uñas haciendo patrones por mi piel, lo que me indicaba que estaba despierta, su cabello desordenado caía sobre mi hombro. Me sentía en paz, como si la tormenta hubiese pasado y por fin la calma se asentará en mi alma.

habíamos tenido la mañana más intensa desde el día que nos mudamos a esta casa. Ella dejó un beso en mi pecho y alzó el rostro hacia mí.

—Pásame tu teléfono —pidió con voz suave.

Fruncí el ceño, pero tomé el aparato desde la mesa al lado de la cama.

—¿Dónde está el tuyo?

—Abajo, en la cocina —murmuró, marcando un número, pensé que quizá quería saber cómo estaba Matty.

Cerré los ojos un segundo.

—Hola, Erick. —Ella saludó y sentí cómo mis músculos se tensaron; me moví intentando separarme, pero ella deslizó su pierna alrededor de mi cintura, manteniéndome en donde estaba—. He estado pensando y quiero verte. —Estaba acordando una cita con su ex. Busqué su mirada sintiendo la molestia crecer en mi interior. ¿Por qué demonios lo llamaba?—. Te parece bien en la cafetería que está a dos cuadras de tu edificio. A las —miró el celular—. Dentro de una hora, está bien, nos vemos. —Colgó la llamada y me entregó el teléfono—. Si sigues frunciendo el ceño vas a hacer que te salga una arruga ahí —musitó, deslizando un dedo por mi rostro.

—Quieres explicarme —mi voz estaba cargada de tensión. Su pierna bajó rozando la mía, un toque lento y tentador, que no alivió mi ira—. Elizabeth…

Ella se separó de mi pecho y su mirada se encontró con la mía.

—Quiero acabar con las dudas. —Su nariz acarició mi mejilla—. Quiero empezar un nuevo ciclo contigo… No puede haber sombras del pasado entre nosotros, no ahora que he recuperado mi memoria. Además, él sembró dudas en tu corazón y no quiero eso, hay que dejar a Erick como lo que es… Un mentiroso. —Me besó con dulzura y yo rodeé su cuerpo con mis brazos, atrayéndola hacia mí, alejando de una vez por todas cualquier indicio de inseguridad bajo la calidez de sus labios.

Elizabeth se subió sobre mi cuerpo guiando mi miembro a su sexo y me dejé llevar, olvidando que fuera de la habitación existía algo más.

Llegamos a la cafetería quince minutos antes de la hora pactada, no estaba de acuerdo, pero confiaba en Elizabeth.

—Estaré bien —murmuró, mordiendo mi barbilla—. Solo confía en mí.

—Confió en ti… No en él —le aclaré. Ella me dio un ligero empujón.

Le di un beso y caminé hacia la mesa más apartada. Me senté y empecé a tamborilear con los dedos sobre la superficie, los latidos de mi corazón aumentaron cuando vi a Erick entrar. Me coloqué el auricular inalámbrico y tragué el nudo en mi garganta.

Tenía una sonrisa, como si estuviera seguro de sí mismo que disimuló cuando llegó a la mesa, se veía confiado, como si ella le perteneciera. Apreté los puños y me obligué a calmarme, respirando lenta y profundamente, recordando las palabras de mi esposa mientras estábamos en la cama.

Encendí los AirPods justo cuando el imbécil hablaba.

—Me dio gusto que me llamaras —murmuró, intentando tomar su mano. Elizabeth no lo permitió—. ¿Pensaste en lo que te dije? ¿Te vas conmigo?

Sentía que mi sangre empezaba a hervir.

—¿Estás seguro de que me iré contigo? Terminamos porque tú no sabías lo que era la fidelidad.

—¿Por qué crees que estoy mintiendo, Eli?, aun sin memoria fuiste a buscarme, eso debe decirte más de lo que yo puedo hacerlo. No lo querías, nunca…

—Hay que ver lo buen mentiroso que eres —soltó Elizabeth fríamente—. Lo recuerdo… todo —murmuró, colocándose de pie, pero el imbécil la sujetó por el brazo.

—Suéltame —dijo ella con firmeza.

—Sabes que me extrañas, viniste a mí cuando te sentiste perdida, yo aún siento cosas por ti Elizabeth, tú y yo éramos perfectos, nena.

—Tú y yo, no éramos perfectos, yo era una idiota que creía ciegamente en ti, pero un día desperté. Desde hace mucho que no quiero nada contigo Erick, haces parte de mi pasado y ahí debes quedarte

—¿Pasado? —resopló—. No entiendes Elizabeth, yo te amo. Yo… tenía que intentarlo.

—¿Intentarlo? ¿Haciéndome creer que quería dejar a mi esposo cuando no era cierto? Eso no es amor, Erick. Es manipulación, quisiste aprovechar que estaba vulnerable —espetó ella, intentando zafarse de su agarre.

Decidí que ya era suficiente, eliminé la distancia entre nuestras mesas.

—No te atrevas a tocarla —dije dándole un empujón que lo hizo caer al suelo. De inmediato, la cafetería se llenó de murmullos.

—Gabriel. —Elizabeth tomó mi mano—. Vámonos, Erick no va a volver a aparecer en nuestras vidas. —Me instó a caminar, pero mi mirada no se apartaba del idiota que intentaba levantarse del suelo, estábamos a punto de salir cuando el bastardo habló:

—¡Te empujó a hacer cosas que no querías! ¡No querías hijos ni jugar a la casita, Elizabeth! —gritó furioso.

Ella se detuvo en seco. Soltó mi mano y se giró sobre sus talones, caminando hasta quedar cara a cara con él. Me obligué a no moverme y partirle el rostro a Erick.

—No los quería contigo —espetó con dureza—. Gabriel es de esos hombres que sí valen la pena. —Lo miró una última vez, con una mezcla de desdén y cierre definitivo en sus ojos, y caminó hacia mí, tomó mi mano y juntos salimos de la cafetería. Caminamos hasta al auto y abrí la puerta para ella, luego rodeé el auto y subí, miré a mi esposa y no pude evitar sonreír, ella también lo hizo.

—¿Y Ahora? —pregunté pacientemente.

—Ahora vamos por nuestro bebé.

Epílogo

Nuestro para siempre

«Lo que amamos profundamente se convierte en parte de nosotros».
Helen Keller.

Dos años después

Elizabeth

Observé a Matthew correr por el jardín, sus rizos ondeaban con cada paso torpe. Detrás de él, su padre fingía perseguirlo mientras imitaba ser un gran monstruo.

Me apoyé en el marco de la puerta, con una taza de café entre las manos y el corazón latiendo con fuerza, el bolsillo trasero de mi pantalón pesaba lo equivalente a una tonelada.

Matthew corrió hacia Jadeen que estaba en la piscina. Gabriel se lanzó al estilo bomba, mojando a Kim y a Mel que reposaban en las tumbonas.

El tiempo había pasado, pero no habíamos retomado nuestros planes sobre volver a casarnos, no necesitábamos demostrar nada, nuestro amor era fuerte, genuino y amaba nuestra pequeña e improvisada boda.

—Tienes esa mirada otra vez. —La voz de Karen me sacó de mis pensamientos. Se acercó a mi tomando un sorbo de su propio café.

—¿Cuál mirada? —pregunté, arqueando una ceja.

—Esa de me acabo de comer el pastel y nadie se ha dado cuenta —se burló, dándome un codazo suave.

Reí entre dientes, porque tenía razón.

—Matthew, ven aquí bebé —llamé. Jadeen lo sacó de la piscina, corrió hacia mí con los brazos extendidos. Lo levanté y lo besé en la mejilla—. ¿Quieres hacer algo por mami? —Saqué la prueba y se la entregué—. Dale esto a papá. —Bajé a mi niño que corrió de vuelta a los brazos de su padre.

—¿Qué tienes ahí, campeón? —dijo Gabriel quitando la varita de las manos de nuestro hijo.

Su mirada se encontró con la mía y sus ojos brillaron llenos de felicidad. Dejó a Matthew en los brazos de Jadeen y salió de la piscina de un solo impulso, dejando un rastro de agua en el césped, mientras se acercaba a mí con pasos apresurados.

—¿Estás…? —su voz se tornó ronca.

—Sí —respondí con emoción contenida. Él me envolvió entre sus brazos, apretándome contra su cuerpo húmedo y escondiendo su rostro en mi cuello.

—Otro bebé… —murmuró, casi como si lo estuviera probando en sus labios.

Mis manos se deslizaron por su espalda, sintiendo cada músculo tensarse y relajarse en cuestión de segundos. Se separó solo lo suficiente para tomar mi rostro entre sus manos mojadas y besarme con ternura, su beso fue suave y profundo, cargado con la certeza de todo lo que habíamos superado.

Dos años atrás, hubo momentos en los que dudé si sería posible llegar hasta aquí, pero ahora tenía la certeza de que no habría elegido otro camino. Porque al final del día, no importa cuánto nos haya costado el viaje; lo importante es lo que hemos elegido… Y yo siempre elegiría a Gabriel.

—¡Voy a ser papá de nuevo! —gritó, una vez terminó el beso, haciendo que todos en el jardín voltearan hacia nosotros. Kim y Mel dejaron escapar gritos emocionados, Jadeen levantó a Matthew en el aire como si hubiera ganado un trofeo, Karen y Gabriel Senior nos abrazaron con ternura, con amor.

Este era mi final feliz.

Agradecimientos

Tengo mucho que agradecer, primero que todo gracias a todas las personas que leen mis historias, ayudan a que mi sueño siga vigente aun con el paso del tiempo.

Gracias a mi ARC.

Gracias a mí siempre amiga Isabel Acuña por todas esas veces que me impulsaste a continuar.

Gracias a mi querida Lily Perozo que se midió a corregir mis desastres y A mi familia por apoyar mi pasión

A toda la comunidad de Instagram por su gran apoyo y divulgación de nuestras historias, nuestros libros viajan a tantos lectores gracias a sus reseñas, sus artes y sus hermosas palabras.

Pero sobre todo gracias a Dios porque sin él y su misericordia yo no podría estar aquí entregándoles una historia más.

Un beso

Ary.

Sobre la Autora

Aryam Shields nació y creció en Barranquilla, una ciudad ubicada en la costa norte de Colombia, en 2020 se graduó de contaduría pública, pero su verdadera pasión es contar historias románticas en donde pueda narrar el nacimiento del amor a raíz de cero.

Reside en Barranquilla junto a sus padres, su hermana y sus perritas (Scannie y Skye) que son su universo entero, empezó a escribir en 2009 en una plataforma de internet llamada fanfiction. Net, bajo el seudónimo de Ary Masen. pero fue en 2015 que decidió empezar a crear personajes propios y publicó su primera novela titulada Enséñame: Entrégate, la primera parte de dos libros, desde ese instante y hasta la fecha ha publicado veinte historias, entre romance erótico, comedia romántica romance contemporáneo y romance paranormal. Todas ellas han formado parte del top 100 de la plataforma de Amazon, sus novelas Enséñame y Cataclismo se encuentran traducidas al idioma portugués y pronto Enséñame y Recuérdame estarán disponibles en inglés.

Aryam quiere escribir hasta que sus dedos no puedan teclear más, es por ello que ahora se encuentra sumergida en lo que será su próxima gran historia.

OTROS TITULOS DEL AUTOR

1. Enséñame I: Entrégate
2. Enséñame II: Quédate
3. Nueve Meses
4. Seductor Domado
5. Recuérdame
6. Falsa identidad
7. Contigo Aprendí
8. Contrato I: Lo que esperas de mí.
9. Contrato II: Lo que quiero de ti
10. Y llegaste tú
11. Cataclismo
12. Entre una y mil maneras de amar (Historias cortas)
13. Un día de San Valentín (Antologia)
14. Honor y Venganza (Coautoria Isabel Acuña)
15. Salvación y condena (Coautoria Isabel Acuña)
16. Orgullo y Traición (Coautoria Isabel Acuña)
17. Dsex (versión masculina Enséñame)
18. Bajo la luz de la luna.
19. La princesa de la Oscuridad (relato Halloween)
20. The Wedding (Crossover Enséñame / Contrato)
21. Entre las Sombras
22. Un acuerdo perfecto

Un regalito muy especial

Nombre: Se busca novio para Mia.
Género: Comedia romántica
Fecha de Publicación: Julio 2025

Prologo

Mia

El sonido de la alarma retumbó en mi habitación golpeando mi cabeza como si fuera un tambor. Busqué mi celular entre las intentando apagarlo.

«¿En qué maldito universo se me ocurrió que APT era un buen tono para despertar?»

Apreté la pantalla con más agresividad de la necesaria, silenciando el estridente sonido y enterré la cabeza en la almohada. Solo quería quedarme así para siempre, en paz, sin que nadie me molestara. Pero la alarma volvió a sonar justo cuando estaba a punto de sumirme en la inconciencia, por primera vez en mi vida tuve unos enormes deseos de matar a alguien... a Rosé y Bruno Mars preferiblemente.

Solté un suspiro dramático, rodé sobre la cama y di dos palmadas. Las persianas de mi habitación se abrieron automáticamente, inundando la estancia de luz lo que hizo que frunciera el ceño.

Definitivamente hoy no era un buen día, sin embrago tenía que levantarme y apurarme si no quería llegar tarde a la oficina.

No había llegado hasta la cima de Valmont & Co. por llegar tarde y beber hasta altas horas de la noche. De hecho, mi éxito se basaba en tres cosas: disciplina, trabajo duro y una capacidad impresionante para ignorar mis emociones y ser una especie de robot sin corazón.

bajé los pies y me senté sobre la cama, la cabeza me palpitaba, mi boca desprendía un olor parecido al del shut de residuos del

edificio. Necesitaba un baño urgente y una taza de café con aun más urgencia.

El agua caliente relajo mis músculos y se sintió de maravillas sobre mi cabeza adolorida, intenté recordar que había sucedido la noche anterior para que bebiera hasta olvidarme de mi misma, tomé una toalla y caminé hacia la cocina, abriendo las persianas a mi paso con la misma energía de un perezoso atendiendo personal en la oficina de la gobernación.

Coloqué una cápsula en la cafetera y me recosté sobre la encimera de mármol mientras el bendito líquido negro de los dioses se preparaba. Cerré los ojos y pequeños fragmentos de la conversación con mamá la noche anterior me golpearon con la sutileza de un tren de carga.

«—Tienes que dejarlo atrás, Mia. Han pasado cinco años desde que huiste a Nueva York. Ethan no es el único hombre en la faz de la Tierra.

—No hui de casa, madre. Solo… busqué lo mejor para mi futuro.

—Ajá, claro. Y justo lo mejor para tu futuro era desaparecer sin dejar rastro.

—No desaparecí, estamos hablando por teléfono…

—Sabes a lo que me refiero —masculló ella molesta.

—Mamá soy una ejecutiva de una empresa importante, no tengo tiempo para volar hasta casa por un cumpleaños, además nos vemos cada año, para navidad o acción de gracias.

—Porque tu padre y yo volamos hasta Nueva York, Mia, en algún momento debes volver a casa —dijo mamá con evidente irritación — Que mejor momento que para la boda de tú prima. No ha habido una boda en la familia desde…*—Hizo una pausa dramática. No* hacía falta ser un genio para saber por qué se había callado. La última boda planeada en la familia había sido la mía. La misma en la que el novio *decidió no aparecer. —En fin, si no vienes a la boda, la gente pensará que sigues atrapada en el pasado. Es hora de que todos vean que ya pasaste la página. Además, sería una gran oportunidad para que presentes a tu novio.*

¡Mi qué!...

—Ese prometido exitoso de Wall Street del que siempre hablas, pero que nunca está en la ciudad cuando tu padre y yo vamos a visitarte.»

El timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos, con la paciencia de un gato malhumorado, tomé mi taza de café y fui a abrir. Thomas, el conserje, me entregó la correspondencia del día.

Facturas. Flyers de restaurantes. Facturas y un sobre dorado de papel fino, sellado con cera y las iniciales E&H.

Esto no puede ser lo que creo que es.

Rasgué el sobre con la rapidez de quien teme que contenga los resultados de un examen médico con muy malas noticias.

Harper Carter y Ethan Bolton
Tienen el placer de invitarte a su boda en Harbor Farm.
El día 14 de junio de 2025
A las 10:30 AM

Maldición, pensé que no lo harían.

Harper Carter. También conocida como la hija de la hermana de mi padre. Ethan Bolton También conocido como el imbécil que me dejó plantada en el altar.

Se iban a casar.

Y no solo eso.

Lo harían el maldito día de mi cumpleaños.

---

[1] Unidad de cuidados intensivos neonatales.

[2] Beautiful boy- John lennon